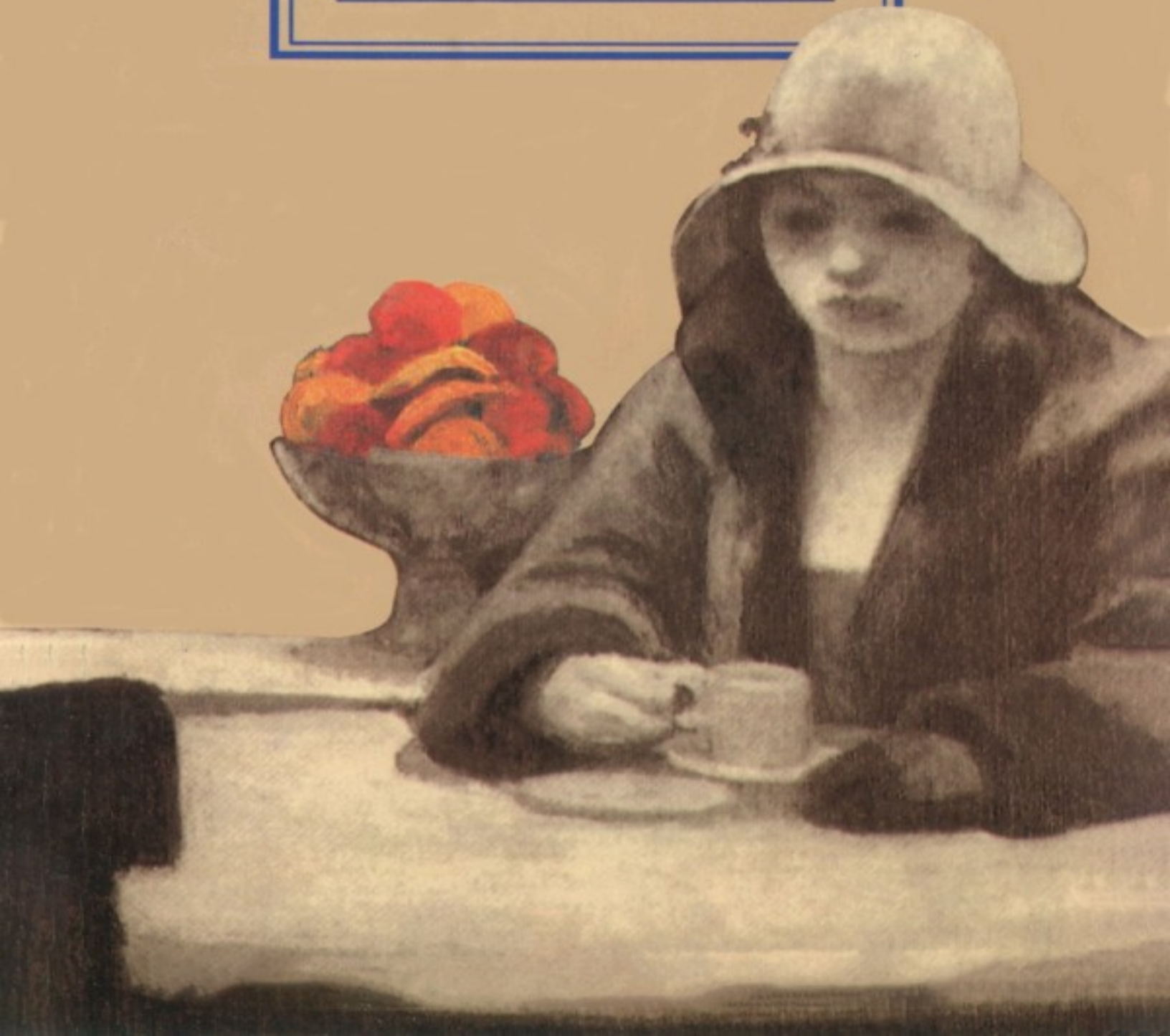
G.A. BORGESE

RETRATOS *de mujeres* GUAPAS



Mujeres guapas y bien guardadas «porque van cautas y vigiladas y se vigilan bien por sí solas y, si llueve, prefieren volver a casa con el borde de la falda salpicado por cazcarrias que con las medias mordidas por miradas ardientes como besos». Así comienza *La siracusana*, la primera miniatura de las dieciocho que componen este libro de Giuseppe-Antonio Borgese, donde el lector se reencontrará con el placer de la literatura.

Dieciocho relatos sanguíneos, que extraen su vitalidad de la Sicilia más áspera y más secreta, ésa que tanto amaba Leonardo Sciascia y que crió al único contemporáneo comparable a Borgese, Luigi Pirandello.

Giuseppe-Antonio Borgese

Retratos de mujeres guapas

Título original: *Le belle*
Giuseppe-Antonio Borgese, 1927
Traducción: Francisco de Julio Carrobles

La siracusana

En Megara todavía hay claveles en los balcones y las mujeres llevan las faldas largas, de modo que, si un tobillo queda al descubierto, veis literalmente estremecerse a los jóvenes. Pero esto sucede raras veces, porque van cautas y vigiladas y se vigilan bien por sí solas y, si llueve, prefieren volver a casa con el borde de la falda salpicado de cazcarrias antes que con las medias mordidas por las miradas ardientes como besos. Además, se ven pocas por las calles, salvo las criadas o ésas, propiamente plebeyas, que van —todavía— a la fuente con el cántaro en la cabeza.

Sí, todavía existen estas cosas; existen las callejuelas escarpadas y empedradas que suben desde la Marina hasta el Castillo, tan angostas que allí las mujeres resultarían estrujadas, arrolladas por el tumulto de varones (y por eso se quedan en casa), tan empinadas que los que suben por un lado parecen aprovecharse del peso de los que bajan por el otro, como hacen los dos convoyes de un funicular. Y siempre tumulto, como si fuera siempre día de mercado; un tumulto oscuro, vestido de oscuro incluso durante el mes de la canícula; pero las calles son estrechas, y las casas altas, con fachadas a menudo desplomadas y apuntaladas, y no dejan pasar el sol. Los pasos son lentos pero firmes, suenan contra el pedernal, y por aquí y por allá, como moscas sobre el borde de un plato, grupos de gente que se apiñan haciendo el tránsito todavía más lento; las voces son agitadas o misteriosas; los saludos, de uno al otro lado de la calle, fuertes como desafíos.

Recuerdo el retumbar de los portales al abrirse y al cerrarse; recuerdo las campanillas de las cabras que, enredándose entre sus tetas hinchadas, bajan por la mañana y rozan con sus cuernos las rodillas de los transeúntes. En mi oído se conserva hasta el chasquido de la cerilla de Maese Angelo, nuestro vecino de enfrente, que al volver a casa, ya de anochecida, enciende el último toscano.

Al caer de la tarde, en mitad de la Calle Larga, el olor descompuesto de la pesca entra en liza con el perfume del azahar, áspero, acídulo, casi como el del muguete; el hálito del mar se trunca entre el polvillo del siroco que llega de las Tierras Rojas —rojas como la misma melena de un león— donde las viñas dan un vino que es fuego.

Entonces las lugareñas se asoman a las puertas de los «bajos», a la altura de la calle; abren los ojos como si despertaran. Alzan los párpados, como rastrillos, sobre ojos dolientes e indolentes, llenos de oscuridad y de fulgores amarillos, de sueños indescifrables como los de los animales; si alguien las llama desde dentro, tuercen el cuello y responden con una voz que sabe a copla. Más arriba se abren los balcones; comparecen las señoras, se saludan y parlotean, monótonas, incesantes, desde un balcón a otro. Pero si se apoyan con los codos en la barandilla, echan hacia atrás su persona y, si se disponen a sentarse, antes que nada se ordenan bien los vestidos sobre los botines, por miedo a que los que pasen por la calle levanten la vista. Sobre todo han de andarse con mucho cuidado las que están en los balcones de barandilla arqueada; nunca se da el caso de que alguna de ellas, distraídamente, apoye el pie sobre los barrotes.

Las mujeres de Megara viven a esa hora, entre el ocaso y el anochecer, como los convólvulos que brotan en el crepúsculo.

Luego llega la noche. Nanas en los «bajos», o riñas, pero la voz de la mujer es pronto reprimida y, poco después, el hombre también se calla. Desde la casa de los señores no se oye nada, porque tienen los muros anchos como los de los reclusorios.

He nacido en aquella parte, no en la misma Megara, un poco más arriba, en una aldea a tres millas del Castillo. Mi familia era de Siracusa, pero mi padre salió de allí y poco después se estableció en Megara, cuando yo era todavía un niño.

¡Hacía tantos años que no pisaba esos lugares! Pero Galliani tuvo que ir a causa de unos estudios sobre el siglo XV siciliano y a mí me entraron ganas de acompañarlo. Luego, sin embargo, se enamoró del XVI nada más llegar, de los monasterios importantes como casamatas, de las iglesias rebosantes de música y de oro donde las estatuas de los santos parecen que van a echar a volar.

No sé cómo ocurrió; sin saber dónde iba, con mi amigo al lado, casi sin querer, doblé desde la Calle Larga hacia una calle lateral, ancha y desierta, pero interrumpida al cabo de cien pasos por jardines en pendiente. Era una jornada de junio que no quería morir. Al fondo, una oscura franja de mar.

Aquí volví a encontrar mis pasos de muchacho, a lo largo del alto y misterioso muro de un huerto; frente a mí, una extraña fachada, entre el amarillo y el naranja, con un único balcón con la barandilla de hierro negro exageradamente abultada, como si hubiera palpitado durante siglos al son de secretas serenatas.

—Este —dije con voz temblorosa— es el balcón de la tía Clementina, el balcón de la Siracusana.

Y me apoyé en mi amigo.

Durante mucho tiempo, hasta donde alcanzo a recordar, se llamó el balcón de la Siracusana.

Ella, la hermana de mi padre, era para todo el mundo «la Siracusana», como si viniera de quién sabe qué lejanías, mientras que desde su ciudad hasta Megara había sólo tres horas de mar. Se vino con nosotros para casarse con el socio de mi padre, Nicola Laudisi.

Era éste un hombre corpulento, enorme, con unos brazos redondos como mazas, que se veía obligado a mantener separados

del busto, y unas muñecas lustrosas y carnosas como las de un gigante recién nacido. Cuando echaba la siesta apoyaba las manos sobre el vientre. Yo lo vi así en un par de ocasiones y me dio miedo. Parecía un ogro. Era también muy alto y daba la impresión de que para tocarle la cara hacía falta un taburete. Los bigotes, agrisados, casi no se distinguían de la cara, sebosa y cansada. Respiraba asmáticamente, como un fuelle.

Como era rico quería hijos, para dejarles sus cosas; por eso buscó una esposa. Por eso le trajeron a la tía Clementina.

Cuando llegó a Megara ya no era lo que se dice una jovencita, pero estaba aún lejos de los treinta. Venía de un orfanato y era silenciosa.

La amé, ciertamente, mucho antes de saber lo que era el amor. Casi todos los días me las arreglaba para estar allí, delante del balcón de la Siracusana, a la hora en que ella lo abría para aparecer como una reina. Pero en la calle no había gente ante la que exhibirse; únicamente estaba yo. Ni siquiera había otros balcones al lado o enfrente del suyo, con otras mujeres con las que hablar, como hacían en aquella hora todas las señoras de Megara. Ella sólo veía jardines y una franja de mar.

No tuvo hijos. Una vez oí susurrar algo sobre no sé qué enfermedad. Sufría a menudo de jaqueca y entonces se ponía pálida como una sonámbula.

Se comprende que no me hiciera caso. Yo, para hacerme notar, me subía por el muro liso del huerto, haciendo una exhibición espectacular de mi valentía. Algunas veces, temiendo que pudiera herirme, ella me llamaba: ¡Alberto!, y era su voz la que me hería. Entonces me bajaba y me acercaba a su casa. La tía Clementina se apartaba de la barandilla y se ordenaba bien el vestido sobre los botines.

No creo haber visto nunca una mujer tan hermosa. Aparte de la cara, no se veía de ella ninguna otra cosa. Las mujeres de entonces no eran como las de ahora, que parecen fruta desnuda entre las hojas. Iban emboscadas en un laberinto de encajes y bordados, con

blancas enaguas almidonadas semejantes a ese rígido papel de adorno que por aquel entonces se usaba alrededor de los buqués de flores, y encima de las enaguas una gran falda de volantes floreada y con falbalá, majestuosa como una pagoda, y en el pecho, el busto armado, inexpugnable.

Pero por los dedos y por las muñecas se veía que era delgada y frágil, de un moreno ambarino. Sólo olía al espliego de la ropa blanca y al aceite de Macassar con el que cuidaba sus negros cabellos.

Y su cara era incomparable; con aquella nariz recta, con aquellos labios puros, con aquellos ojos que no sabría ya si decir de un azul sosegado o de un gris ceniciento sobre un fuego escondido.

Con la primera brisa del anochecer se cerraba el balcón. La sombra de la noche era transparente, como una envoltura donde ya trepidase la luz del alba. A veces, en las noches de verano, se abría una flor blanca de cactus y el perfume delirante se derramaba como un líquido.

Pero cuando regresé a Megara y volví sobre mis pasos a lo largo del muro del huerto, ya no había macizos de claveles ni espinas de cactus en el balcón de la tía Clementina. Los barrotes a los que en otro tiempo se empotraban las macetas de flores estaban torcidos como viejos puñales, enrojecidos por una herrumbre que parecía sangre antigua.

La vi por última vez una mañana de domingo, a la hora de la misa cantada. Yacía muerta, en la calle; cubierta hasta los pies por el bonito vestido de raso blanco estampado de flores rosas. Ya no se oían más las campanillas de las cabras desde la Calle Larga; se oía, en cambio —y parecía que no iba a acabar nunca—, la campanilla de la misa.

Fui el primero que la vio así. Todos los domingos por la mañana me ponía delante de su portal para verla salir. Cuando salía para la misa —y no era fácil verla otras veces por la calle a lo largo de la

semana— parecía que un baldaquín invisible se hubiera posado sobre su cabeza.

Yo busqué mi voz en el fondo de mi pecho y grité. Entonces bajó su marido y detrás de él la criada, Zulicchia; sin saber cómo, mi padre apareció al rato por la otra calle. Estábamos de pie al lado de la muerta. Se había tirado de cabeza desde el balcón.

Más tarde, mucho más tarde —cuando Nicola Laudisi murió de aneurisma— supe algo. El día antes, la tía Clementina, al abrir una puerta, había visto al marido acariciando a la criada. Zulicchia no significa otra cosa que Vicenzina, pero yo, que tenía trece años y leía a Byron traducido, la llamaba para mí Zuleika. Ella también era guapa y tenía un extraño parecido con el ama, salvo en la nariz, que era demasiado afilada y punzante y le daba aspecto de malvada. No se me borra de la memoria cuando, junto a la fuente, colocaba el cántaro en el suelo y se erguía de nuevo; el paño que llevaba enrollado alrededor de la frente para sostener el peso ponía sobre su hermoso rostro de esclava una especie de corona torreada.

Parece que estoy viendo a Nicola Laudisi en la penumbra de la habitación, grande, enorme, respirando fuerte, pero sin agacharse o alterarse, mientras acaricia los cabellos de la criada como se acaricia la cabeza de un perro.

Así lo vio su mujer y, puesto que nada tenía en la vida, ni siquiera vecinas con las que conversar al anochecer desde el balcón, decidió morir. No se confió a nadie, ni dejó nada escrito (casi no sabía escribir).

La mañana del domingo se vistió para la misa y abrió el balcón. Como la reja era gruesa y podía dificultarle la subida, o también porque, dada la poca altura, temía quedarse lisiada sin llegar a morir, vio que no había otra forma de hacerlo que tirándose de cabeza. Pero antes había que salvar el honor.

Aún no existían los imperdibles. Ella eligió un alfiler alargado, oscuro, de esos que tienen la cabeza redonda de color uva negra. Hizo un agujero a ambos lados de la falda y dobló el alfiler para cerrarlo. Pero se dio un fuerte pinchazo en un dedo y gritó.

Zulicchia apareció en la puerta.

—¿Vuecencia, que le ha pasado?

—Me he hecho sangre —dijo ella—. No es nada.

—Y volvió a quedarse sola.

Pasito a pasito, dado que la falda cerrada la entorpecía, llegó hasta la reja. Se asomó; sin duda hizo fuerza con los codos; consiguió fatigosamente quedarse colgando y cayó. La calle estaba desierta.

El alfiler no se movió. La falda floreada apenas dejaba asomar los tobillos. Mi madre se agachó para ponérsela en orden.

Mi madre dijo:

—Tenía que ir a misa y ha ido a reunirse con el Señor.

Nicola Laudisi se tambaleaba como si fuera a desplomarse; Zulicchia y mi madre, que le llegaban al hombro, lo sujetaban por ambos lados.

—Arrodíllate, Alberto —me dijo mi madre.

Yo me arrodillé al lado de la cabeza de la tía Clementina. Nunca había pensado que tendría que estar tan cerca de ella.

Sobre la yema del índice le había quedado una gota de sangre oscura. Un hilillo de sangre más clara le corría ahora desde el cráneo hasta una ceja. Yo saqué el pañuelo limpio que mamá me había puesto en el bolsillo y le sequé la frente. Luego empezó a llegar gente.

Ignacia

Puesto que el río se había deshelado, ya se podía pensar en bajar a Uipuri en balsa. Las bodas de la princesa Olimpia se habían fijado para el primer domingo de junio, y los campesinos y leñadores, que moraban en las tierras aradas y en los bosques de su madre, debían presentarse en el castillo, desde cualquier parte, antes del sábado al atardecer, para participar en una de esas fiestas incomparables que, exceptuando las del zar, las aguas que bajan al Báltico no habían tenido ocasión de contemplar desde hacía un cuarto de siglo.

Yo, durante aquel tiempo de mi juventud, era huésped de la princesa madre a la que había conocido en Berlín y que me había traído consigo. Pero durante los últimos días de los preparativos, que eran igual de suntuosos como se lee en las fábulas y colmaban de cestos, telas y retales todo el pavimento y hacían que órdenes y canciones resonaran por todos los corredores del palacio, había solicitado hábilmente poder aislarme y había partido a caballo hacia una finca forestal que mi castellana, rica como una marquesa de las Carabattole, poseía hacia el norte y que ya había sido destinada a formar parte de la dote de Olimpia. Aquí, con el pretexto de no sé qué investigaciones folklóricas, pasé más de tres semanas, viviendo en una espaciosa cabaña contra cuyos bastidores de lienzo crujían, cuando el viento las acariciaba, las ramas de los árboles como si se desperezaran por el mucho peso de la nieve que habían sostenido durante demasiados meses. Un poco más arriba, el bosque clareaba para acabar enigmáticamente en la orilla del Lago Pálido del que salía el hermoso río Mir, amplio y navegable de principio a fin, color

madreperla y ópalo incluso bajo el sol, como si hubiera capturado el plenilunio en medio de sus olas. Pero la otra orilla del lago, entre lóbregas brumas y desolaciones encantadas, apenas llegaba a vislumbrarse y parecía como si la tierra habitada acabara justamente entre aquellas pocas cabañas.

Los hombres eran barbudos e iban cubiertos de pieles; las mujeres tenían los ojos claros y las mejillas rojas en lo alto, como si el aire punzante las hubiera besado demasiado fuerte. Su lenguaje, redundante de diptongos, esdrújulas entre consonantes líquidas y silbantes, misterioso para mí, me sonaba parecido al parloteo de no sé qué extraños pájaros, hasta el punto de que cuando el cuquillo empezó a cantar me sorprendí a mí mismo sonriendo, casi como si escuchara una lengua conocida y familiar para mí de la que yo podía repetir y comprender cada una de sus sílabas. Las muchachas eran hermosas a su manera; Ignacia quizá más que las otras, con el ajustado corpiño blanco y negro como pluma de golondrina, con los largos pendientes de filigrana de plata y aquellos dos besos o mordiscos en lo alto de las mejillas como dos cerezas que hubieran sido estampadas allí. Algunas veces, al encontrarme entre los árboles, me saludaba y se ponía a charlar conmigo abiertamente, como si gracias al don de la simpatía yo pudiera aferrar el sentido de sus palabras; y al rato, entre risas, se alejaba.

Allí abajo, entre aquella gente tranquila, asistí por vez primera al prodigio de la primavera nórdica, cuando al despedazarse el fragor de los hielos es como un grito de alegría y el hacha del leñador, al golpear por la mañana contra los troncos que va matando, parece en cambio llamar a todo el bosque para que se despierte y nazca. En los nuevos cielos, en las breves noches, la luna llena de mayo era como un sol empalidecido por el sueño, un sol blanco de sueño.

Luego llegó el tiempo de bajar a Uipuri.

Eran doce mujeres jóvenes y doce hombres. Yo me encontraba entre ellos. Había también un anciano, el jefe de la comunidad, que

iba de pie al fondo de la balsa y gobernaba el timón. Los otros se habían quedado allí abajo.

La balsa era plana y había sido construida con largos troncos toscamente unidos, sin antepechos. Los hombres llevaban los remos, pero rara vez los usaban. Si se acercaba demasiado a la orilla, bastaba con que dos o tres hombres apoyaran contra ella las palas de los remos para que la embarcación enderezase la ruta. Pero por lo general bastaba sólo uno en caso de que un madero, entre los muchos que tras ser cortados en los bosques septentrionales bajaban por su cuenta hasta el valle, al ser desviado por un remolino, se nos parara delante. El remero más próximo lo apartaba con el remo, empujándolo hacia otro lado, y la corriente volvía a ser toda nuestra, como una calle grande y desierta.

El viaje debía durar dieciséis horas. Habíamos partido al clarear del día. Durante las dos primeras horas, el aire frío, en amalgama con la humedad, a través de la cual se asomaba la cristalina claridad del cielo, y el río blanco como una vía láctea, con sus resacas, que tenían el sonido de lejanos suspiros, nos mantuvieron mudos, cada uno a lo suyo, como si continuáramos durmiendo, ovillados entre las mantas o cubiertos con los capotes de encerado negro sobre los que brillaba el rocío. De vez en cuando, sobre las dos orillas del río, desde árboles apenas cubiertos de un tierno verdor, se destacaba una neblina azulina que desaparecía en seguida; el sol, ancho, rojo, débil, no tenía ganas de alzarse del borde del horizonte. De súbito, en una curva, un rayo golpeó de lleno el agua provocando un corro de peces de oro, sonrió sobre la palidez de nuestros rostros y se reflejó contra el caldero de cobre que había en medio de la balsa que, encendiéndose de repente, empezó a lanzar destellos. Entonces uno de los jóvenes golpeó con un hierro aquel cobre resplandeciente y lo hizo sonar como un gong que saludase al sol; y a continuación, los doce en pleno, seis a cada lado, sin necesidad alguna, se pusieron a remar y a cantar: ¡Ahó! ¡Ahó!

Entonces todo se volvió hermoso y las voces brotaron de los pechos. Nos saludábamos, nos estrechábamos las manos como

viejos conocidos que después de un largo tiempo se hubieran encontrado sobre aquella balsa, alrededor de la cual, las mismas aguas se alegraban irisándose en los bucles de la espuma. La blanca barba del timonel parecía la de un dios. En esto vi las coronas amontonadas que las muchachas del bosque llevaban como regalo a la esposa; coronas de abeto negro, adornadas con flores de papel, rosas y amarillas, y vi, como si la contemplara por primera vez, a Ignacia sentada un poco más alto que sus compañeras, no muy lejos del timón. Estaba sentada sobre el cofre tallado en madera clara en el que se guardaba el regalo más precioso, es más, el único regalo de valor que, junto a aquellas pobres guirnaldas, las familias del bosque mandaban a la esposa: un velo color turquesa recamado con espiguillas de oro sobre dibujos que representaban el zodíaco. Muchas habían sido las mujeres que habían trabajado en él, pero Ignacia mucho más que las otras; y el dibujo lo había hecho el mismo que había tallado el cofre; Ilmari el artista, el joven que se hallaba de pie junto a mí y del que todos decían que estaba a punto de convertirse en su prometido.

Ella no miraba a nadie; sus ojos redondos, de un colorido indefinible y tierno, resplandecían de dicha; su rostro, aquella mañana sin rosor, era terso y opaco, como de un marfil oscuro, y tenía las manos abandonadas sobre el regazo; sus extrañas manos pálidas y larguísimas, tan diferentes de las de sus compañeras, que tenían los dedos gruesos y rechonchos como almádenas. Yo sí la miraba; y sólo cuando sentí sobre mi nuca la fría mirada de Ilmari conseguí salir de mi ensimismamiento.

Ahora las aguas del Mir espumeaban en una estrechura; las orillas se elevaban, rupestres y selvosas, y otra vez nos encontrábamos a la sombra. Los hombres vigilaban los obstáculos con el remo entre los puños, en silencio, y el regocijo no volvió hasta que no desembocamos de nuevo en la anchura, luminosa de un sol que ya calentaba. Como un collar de inmensas esmeraldas, un vuelo de ánades atravesó el ancho del río, y lo saludamos con gritos. Entonces alguien encendió una llama de alcohol bajo el caldero y

poco después comimos unas gachas de cebada, humeantes, sazonadas con *Kummel*; comimos el asado frío de corzo, bebimos la cerveza amarga y, el que quiso, el aguardiente de las botas. Ahora el sol estaba en su cénit y comenzaron los cánticos.

Yo conocía el sentido de una de aquellas canciones: «¡Querida araña, querida araña, ven, ven, coge, coge, a la niña en el río, en la red de sus cabellos, cógela, cógela!». Todos los ojos estaban vueltos hacia Ignacia, que se había puesto de pie y acompañaba con el movimiento de los labios el desfogado canto de los otros. De repente, casi a una sola voz, se pusieron todos a gritar: ¡Ignacia! ¡Olimpia!, y otras palabras entusiásticas que yo no podía entender. Muchas manos empujaron a Ilmari hacia la muchacha; otras manos abrieron el cofre y sacaron el velo turquesa y oro, un cielo nocturno refulgente al sol. Ella estaba seria, apenas sonreía, pero los cabellos le cayeron por la espalda y fue envuelta en el velo, junto a su prometido. Nunca hubiera creído que de aquellas gargantas pudieran salir clamores tan pueriles y salvajes. Celebraban en broma las bodas de Ignacia e Ilmari, como si fueran Olimpia y el príncipe consorte; ensayaban bailes delante de ellos, sobre la balsa temblorosa, cantaban, chillaban, daban palmas a un tiempo. Ambos estaban silenciosos; Ignacia, al fondo, inmóvil como un ídolo, casi sobre el margen extremo de la balsa, a la derecha del timonel.

Sólo yo advertí el grito gutural del timonel. El sol se escondió; entramos en la estrechura vertiginosa de Vaali. Lo que ocurrió entonces tal vez nadie llegó a verlo con exactitud, porque cada uno cuidaba por su cuenta de mantenerse en equilibrio sobre la balsa zozobrante. Vi a Ignacia asomarse, extender un brazo como para apoyarse en la roca que sobresalía del agua, o como para coger un ramillete de un matorral. Un urogallo salió de aquel matorral, batió contra sus cabellos sus alas azules ribeteadas de blanco y echó a volar. Ignacia había desaparecido. En las manos de Ilami se había quedado su velo.

Oí un grito, un silencio. Los hombres, combados sobre los remos, apartaron la balsa de la roca y la hicieron girar sobre sí misma; las

mujeres, con un chillido agudo, la llamaron. Los cabellos de Ignacia emergieron a flor de agua; sin duda, una de las aristas de la balsa la había golpeado en la frente. Se hundió en un remolino. El agua, con un crujido, volvió a cerrarse.

Luego, tras otro grito, se hizo de nuevo el silencio. Descendíamos por la corriente, ya más calmada, hacia Uipuri, con una de menos; y el sol, a nuestras espaldas, descendía.

Guardaron silencio durante mucho tiempo, tal vez una hora o dos. De repente, todas a la vez, igual que hacen las gaviotas cuando chirrían al llegar la noche, se pusieron a gritar. Comprendí que discutían encolerizadas sobre quién había tenido la culpa. Ilmari era el único que seguía callado y se golpeaba el pecho con los puños. Por fin, el timonel las instó con energía a que se callaran de nuevo y el silencio no fue roto casi hasta la llegada. Pero cuando el sol, dilatado, se hundió en el triste horizonte, tuvieron miedo de la soledad y los hombres en los remos, como si entonaran una nenia, dijeron: ¡Ahó! ¡Ahó! Entonces las mujeres lloraron y la menos joven se atrevió por fin a acercarse al lugar de la balsa donde, henchido de brisa, se había quedado el velo de Ignacia. Lo recogió, lo dobló lentamente y después de besarlo lo volvió a meter en el cofre.

Era ya noche estrellada cuando llegamos frente al castillo de Uipuri. Allí el río era cóncavo y amplio como un lago. Un gran trecho en pendiente separaba la orilla del castillo. Éste surgía en la soledad, con las grandes cristaleras transparentes de iluminación nocturna. Cualquiera que alcanzara a verlo desde lejos se habría dado cuenta de que se preparaba una fiesta nupcial.

Nosotros habíamos encendido un farol sobre un palo, en la proa de la balsa.

La princesa madre nos esperaba en el atracadero, con dos lacayos con antorchas a pocos pasos de ella. Nos saludaba agitando un pañuelo.

Cuando desembarcamos, el timonel y la mujer menos joven, delante de la señora, casi de rodillas, narraron lo sucedido. Ella se santiguó y, después de una pausa, respondió en su lengua algunas

palabras concitadas. Los leñadores y las mujeres se pasaron la orden.

—*Vos n'avez pas fait bon voyage, mon ami* —me dijo alargándome la mano para el beso—. *C'est tres regrettable*.

—*II ne faut rien dire* —añadió precipitadamente—, *absolument rien dir à Olimpia. Elle ne pourrait pas supporter le mauvais augure. La pauvre!*

Nos encaminamos así hacia el castillo. Las mujeres, llevando el cofre como una reliquia, nos seguían. Los hombres venían los últimos.

La ventana

Entre mi ventana y la suya había una calle, la calle provinciana donde de vez en cuando se paraba el afilador, pedaleando en un artilugio, y los domingos a las dos el vagabundo maniobraba el órgano de Berbería, sabe Dios para quién. Los pájaros acostumbraban a parlotear dando brinquitos por el suelo, sin ser molestados, ya que había poco tránsito y hasta me asomaba lleno de curiosidad al oír el ruido de una bicicleta, y algunas noches ni siquiera llegaba a oírse el ladrido de un perro, sólo el unísono grave que el aire caliente cantaba entre los palos del telégrafo como si hiciera vibrar una orquesta de diapasones.

Este fue mi último eremitorio. No fue el primero, porque ya en otras ocasiones había sentido el gusto de apartarme de la corriente de la vida y de mirarla fijamente, casi como para saborear una visión de inmortalidad. Otras veces me había parecido que alcanzaba la orilla, después de haber nadado hasta el agotamiento, y que me sentaba sobre la grava seca, frente a la cual la fuga del agua y la fuga del tiempo proseguían como cosas musicales y vanas. Pero éste fue el último eremitorio; luego la vida me salvó por los pelos y ya no ha vuelto a dejarme nunca. Había elegido una casita de campo, no más grande que un dado, en una campiña pasada de moda, y me había retirado desde primeros de abril, con un frío helador, en compañía de un viejo criado poco parlanchín, sin amigos ni mujeres durante meses y meses, casi sin correo. Tenía buenas provisiones de papel, pero éste seguía en blanco, y los libros nuevos, intonsos; pero sobre todo tenía una gran riqueza de imaginación, tan frondosa que

nada en claro se sacaba de ella, tan fragante, que me exaltaba en silencio, volando en mi interior de aventura en aventura, de sueño en sueño, con la sensación de que mi existencia era una superficie lisa, elástica, resurgiente, sin meta ni esclavitud alguna. ¡Inefable bienestar, similar al de un muchacho o al de un asceta! A veces, al atardecer, mientras miraba el sol en el fondo de la llanura, me parecía que veía, que descubría con mis ojos la redondez del mundo.

Frente a la casita donde vivía, al otro lado de la calle, la campiña era llana, no demasiado arbolada. Las mieses, especialmente cuando lucían al sol después de las lluvias, parecían fosforescentes. Detrás de la casita, la pendiente de la primera estribación alpina era dura, chocante, por lo que casi nunca miraba hacia aquella parte, hasta el punto de que solía mantener cerradas la mayor parte de las ventanas, y sólo utilizaba el dormitorio y el estudio, que daba a una terraza abierta a la llanura. Desde allí y desde la ventana del dormitorio sólo veía soledad, con la única excepción de una casita de campo aún más pequeña que la mía, al otro lado de la calle. Pero también ésta era extraña y estaba desierta, o, cuando más tarde estuvo habitada, extrañamente habitada. Las ventanas de sus habitaciones daban todas al campo y yo no podía verlas; la fachada que daba a la calle tenía seis, en dos hileras, pero eran falsas y tan mal pintadas, con unas persianas verdastras rematadas de barbas amarillentas, que ni los pájaros a cien metros de distancia las hubieran tomado por buenas. Sólo podía verse una ventana en la parte más estrecha del pequeño edificio, que era angosto y achatado como una caseta ferroviaria, pero me la ocultaba una acacia tupida, compacta, con la copa henchida, impenetrable como una esfera, tan densa de sombra fresca y negra que hasta al mismísimo sol le estaba prohibida.

Entre la terraza donde me paseaba, entre la ventana a la que me asomaba y aquella ventana, había, pues, una calle y una acacia.

Su ventana. Así la llamé para mí durante mucho tiempo.

Al principio, durante todo abril y casi todo mayo, la pequeña casa de campo, a la que yo llamaba la caseta, permaneció deshabitada y, aparte de otros, éste fue el motivo principal que me había persuadido a elegir aquella residencia, por la certeza de no tener vecinos. La dueña, una vieja solterona medio mentecata, tiernamente enamorada de una perrita gris casi tan vieja como ella y obsesionada por un extravagante temor al terremoto, había terminado por enloquecer desde hacía un par de años con una especie de manía religiosa; las dos criadas que le hacían compañía se habían puesto a robarla al por mayor; entonces, unos parientes lejanos, incapacitándola, la habían hecho recluirse en una casa de salud. Desde hacía dos años las ventanas verdaderas, cerradas a cal y canto, parecían más falsas que las falsas y las zarzas campeaban a sus anchas en el jardín.

Pero una de las últimas mañanas de mayo no sólo oí a las golondrinas, abundantes bajo aquella copa; también oí un vuelo de notas que un piano desafinado dejaba escapar y que acabaron perdiéndose jocosamente entre la campiña. Y en cuanto a la dirección de procedencia no podía equivocarme. Supe más tarde que la caseta había sido alquilada a un anciano padre y a su joven hija; él, enjuto, acicalado, decoroso, con unos cuantos trajes bien planchados que lo hacían aún más delgado, y ella, ya no tan niña, veinticuatro años tal vez, pero tan joven a su lado que, más que parecer su hija, parecía su nieta.

No llegué a informarme con exactitud de quiénes eran, ni del porqué de su venida hasta aquí abajo. Desde un principio confié en que se marcharían pronto y me los encontraba en contadas ocasiones. Por lo general paseaban en dirección opuesta a la mía, pero, si por casualidad llegaba a encontrármelos, se me había metido en la cabeza no saludarlos. Los miraba fijamente, con una curiosidad casi insolente, a la que ella correspondía como si tuviera ganas de echarse a reír delante de mis narices.

Ella era lozana y saludable, de una belleza de la que podría decirse que había sido forjada por el creador en un momento de jovialidad apresurada. No había una línea en su rostro que pudiera considerarse acabada y perfecta; su pelo oscuro, excesivamente copioso y ahuecado en lo alto, le daba un aspecto vulgar que ella exageraba al echarse la bufanda por los hombros; asimismo, el cuerpo, alto y rollizo, aunque erecto sobre nerviosos tobillos, era demasiado prometedor. Las espaciosas mejillas y el enérgico mentón, salvo que no se llenaran de sonrisa, eran excesivos y su oscura tez morena tenía necesidad de pasión o de hilaridad para brillar. No la vi sonreír muchas veces, pero, aunque no sonriera, a menudo tenía una expresión de valeroso encono, de pueril prepotencia, cuya gracia era igual a la sonrisa. Y los dientes y los ojos resplandecientes; la mirada, de tan eléctrica y potente como era, parecía arrastrar consigo a los mismos ojos de los que partía.

Por la mañana y por la noche oía el ruido de las persianas de su ventana, invisible detrás de la acacia. Las apoyaba contra el muro, o las cerraba hacia dentro, con un gesto que podía imaginarme, como si se hubiera despertado de improviso, sin lentitud o languidez alguna, ya sedienta de aire, como si se fuera a la cama dulcemente rendida por el sueño, sin poder aguantarse más. ¿Cuánto tiempo pasaba en la ventana? Mucho, sin duda; yo no lo sabía. Algunas veces oía el acostumbrado aleteo de notas del piano desafinado, sobre todo cuando el órgano de Berbería, en alegre competición, se paraba entre las dos casas, pero se notaba que no era pianista y que lo hacía para desahogarse; los acordes se propagaban en la soledad como el sonido de su risa petulante, que yo no conocía. Ni siquiera conocía su voz. Algunas veces, durante todo aquel tiempo, la oí llamar golpeando el tacón sobre el umbral: ¡Papá! ¡Papá!, mientras el viejo, sin lugar a dudas, se demoraba demasiado en acicalarse; pero no era su verdadera voz; la contraía nasalmente y alargaba las vocales para imitar el tono de los *enfants gâtes* y de las muñecas mecánicas.

Paseaban uno junto al otro. Su belleza, más que de líneas, era de movimientos. Su busto se abalanzaba, como si ella se resistiera a frenarse, a no correr; cada uno de sus pasos, ondulado, vibrante, estaba cargado de una exuberancia no consumada. Cuando pasaba bajo mi ventana, levantaba los ojos para mirarme, sin sobreentendidos ni coquetería, y si me encontraba en la terraza me miraba de arriba abajo, igual que se mira a un árbol para examinarlo cuando se dobla una esquina.

Me daba por pensar en ella. Me imaginaba que caminaba de su brazo, hombro con hombro, mientras su viejo padre y el viejo siervo nos seguían a distancia. Me divertía la simetría. Y me daba por olvidarme de ella durante días enteros.

El padre, ágil de piernas, partía de vez en cuando hacia la ciudad y llegaba a dejarla sola hasta media jornada. Entonces todo era como antes; pero, al pasar bajo mi ventana, no alzaba los ojos. Por la tarde subía hasta la colina, o se sentaba entre los castaños con un libro, en el sendero que había detrás de la casa. Yo la vislumbraba. A menudo apoyaba la mejilla en la mano, o se pasaba la mano entre el pelo, como alguien que conoce bien su propio cuerpo y lo ama, y espera, sin prisas, que otros lo amen.

Más tarde, cuando el viejo ya había regresado, su voz, al llamarlo: ¡Papá!, el primer día, tal vez fuera algo diferente a la que yo conocía, tal vez bromeara menos. Y reemprendieron sus paseos por el camino llano.

Como desde un principio no los había saludado, ya no conseguía decidirme. Y nuestros ojos se encontraban, se detenían, los suyos sin ninguna intención, los míos sin temor alguno.

Yo no soy de ésos que tienen miedo al otoño. En una campiña llena de colores, la estación es más alegre y sabe a trasiego de vino fermentado. Me quedé hasta primeros de noviembre y ellos también. Pero después de Todos los Santos el padre se fue a la ciudad y ya sólo tenía que volver para el traslado.

La acacia se deshojó, primero poco a poco, luego más deprisa. Al principio sólo vi las tablillas más altas de las persianas; luego, cuando estaba asomada a la ventana, empecé a ver su pelo negro. Pero una noche empezó a soplar viento y a la mañana siguiente el viento seguía soplando, y las hojas de oro amarillo volaban y caían. Entre mi ventana y la suya había una calle; la acacia ya no estaba.

Ella se asomó y vi su rostro. Pero esta vez no vi su pelo. Desde lejos, las escasas hojas que quedaban en la acacia le coronaban la frente como una débil guirnalda de oro. Nuestros ojos se encontraron y los míos, creo, no mostraron ningún comedimiento. Ella volvió dentro y desde el piano, como un vuelo de hojas enloquecidas, partió un grupo de notas.

Entonces, tal y como estaba en aquel momento, bajé y llamé a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó su voz verdadera.

—Soy yo.

Me hizo pasar a un pequeño salón y me senté a su lado. El pecho se le subía al respirar y se apartaba el cabello de la frente con la mano. De cerca me pareció todavía más morena. Luego se echó a reír, con aquella risa suya de niña presuntuosa.

Yo la tomé de una mano; no sabía lo que hacía; ella se puso seria y se apartó.

—¡Pórtese bien! ¿Qué ha venido a hacer?

—He venido a preguntarle… su nombre.

Se rio dé nuevo:

—Herminia.

—Herminia entre las umbrosas plantas —dije tontamente.

—Las plantas ya no son umbrosas —dijo ella—. ¿Se queda todo el invierno? Nosotros regresamos a la ciudad por San Martín.

—Entonces yo regreso al día siguiente —dije en seguida— o el mismo día —volví a coger su mano.

Entonces dejó de reírse.

Fue así como la vida me salvó por los pelos y ya no ha vuelto a dejarme nunca.

El amor

Su amor de jovencita por Vigano había sido la cosa más hermosa de su vida —ella decía que había nacido para eso—, pero ni siquiera él, a pesar de que conocía bien el mundo, conseguía recordar nada mejor.

Una tarde de setiembre, a una hora no demasiado avanzada, más allá del riachuelo, a lo largo de la playa desierta, él se sintió joven de repente como nunca hubiera creído que se pudiera ser joven. A su izquierda estaba el Tirreno, ya sin sol en aquella parte, nítido y fresco como una pátina de porcelana; a su derecha, el pinar ya en sombras y el perfil centelleante de los Alpes apuanos, que parecían los Dolomitas que hubieran venido a contemplar el mar. Pero además, a su derecha, y mucho más cercana, estaba Marta Aymi, morena, tan alta como él; y caminaba a su mismo paso, con sus largas zancadas de jugadora de tenis. A veces, con los pies y los tobillos desnudos, se metían entre el bajo oleaje, avanzaban un poco, salían juntos, a todo correr, y removían la arena con los pies allí donde todavía estaba caliente. Miraban hacia delante, caminando velozmente para llegar al fuerte a tiempo de cambiarse para el almuerzo; decían palabras tenues, casi volátiles frente a ellos, como sus largas sombras o como las pequeñas nubecillas de arena dorada que se alzaban a cada uno de sus pasos.

Pero más tarde las palabras se volvieron serias, como si quisieran detenerse y echar raíces. Ellos mismos se detuvieron y se miraron. Ambos tuvieron la impresión de ver por primera vez los ojos del otro y aquello los llenó de asombro, o puede que en realidad el único

asombrado fuera el hombre, porque una mujer sabe casi siempre lo que quiere. Los ojos de ella, de color avellana, brillantes, nuevos, como si en ese preciso instante se abriera la cáscara negra de los párpados, con aquellos diminutos abismos sin fondo de las pupilas negras, con aquel temblor contenido de las cejas, lo dejaron turbado y al mirarlos se quedaba perplejo, dispuesto a pensar en lo ridículo de sus pies desnudos y las sandalias que le colgaban atadas a la cintura. Fue ella la que puso sobre su hombro su mano temblorosa; y se besaron largamente, sin decirse nada más.

Hasta aquel momento ella no sabía gran cosa de él. Su fama de arquitecto, conseguida sobre todo en América y en Rusia y conocida en el país de forma indirecta, no era de ésas que alcanzan gran resonancia en una familia de cultura media; su fortuna económica no resaltaba por el lujo; su cara era completamente joven, pero el pelo, escaso y no rubio en su totalidad, denunciaba con lealtad los años. Lo único que la joven sabía con certeza era que tenía mujer e hijos, y los conocía, porque vivían con él en el mismo hotel donde ella paraba con su familia, y veía que aquella vida de familia era buena y perfecta. Sin embargo, una noche de agosto en la que él entró en la sala abarrotada de veraneantes, ella lo atrapó con la mirada y lo apartó de todos en su pensamiento; luego lo buscó; se le hizo más asequible cuando la gente empezó a disminuir en setiembre, lo atrajo a las largas caminatas y finalmente, aquel día, lo besó. Se trataba, pues, del amor, un amor sin cálculo y sin esperanza, ése que los hombres buscan como a la piedra filosofal. Una mujer sabe casi siempre creer que es amada por sí misma; pero un hombre, con las mujeres que lo eligen, nunca sabe lo que puede valer por sí mismo, o lo que puede valer su dinero, o su nombre y su fama mundana. Este era un amor desinteresado y por eso simple; Vigano se sintió iluminado y sacudido por él, y con tan buena conciencia que, de haber obedecido a su instinto, habría redoblado el paso para ir a contar a su mujer lo feliz que se sentía.

Sin embargo, actuó con prudencia, como alguien que encuentra una piedra preciosa y quiere contemplarla durante algunos días, al

menos, antes de devolverla. Devolverla era necesario. Los Aymi —una auténtica tribu de padres, hijos, tíos y primos— eran gente intachable; e intachable, más aún, inaccesible, era Marta, que había llegado a los veinticinco años sin que ninguno de los muchos que la habían cortejado hubiera conseguido su aprobación. Para su desgracia, y para su alegría, de la que se vanagloriaba, había ido a enamorarse de uno que no podía ser su marido y que no debía convertirse en su amante. El mismo, Vigano, tenía ideas antiguas al respecto; así que el amor nació y floreció con la delicia de las cosas hermosas que deben desaparecer pronto, como los juegos que hacen las nubes, como un espejismo que encanta sin llegar a ilusionar.

Duró poco más de una semana, el retraso de una estación. No hubo más que breves navegadas en patín, paseos por el pinar, sentadas sobre la hierba; él, demasiado puerilmente, apoyaba la cabeza sobre las rodillas de ella y sus largos dedos le cerraban los ojos. Hubo también besos cada vez más difíciles de entender, como raros frutos en la cima de un árbol otoñal, desde los labios de ella, que se volvían esquivos, no por el remordimiento, sino por el temor a dar consistencia a algo que era efímero y que «ya había terminado», y porque poco a poco sentía que la sangre se le alteraba de una forma que hubiera preferido no sentir.

La madre y uno de los tíos empezaron a sospechar y se lo dijeron. Pero se conformaron con vigilar con un solo ojo, y confiaban en la joven y en la seriedad de él, y en la separación inminente. Lejos uno del otro, se escribieron, pero eran cartas tan cautas que no podían inflamarlos. Dado que la correspondencia cobró luego visos de durar demasiado, la madre tomó medidas para secuestrar las cartas de Vigano antes de que llegaran a la hija, y Marta, después de haberle reprochado su silencio dos o tres veces, dejó de escribir. Pero se volvió antojadiza y triste.

Pasaron dos años y se presentó una ocasión matrimonial, la mejor que pudiera pensarse. Ella no quiso saber nada del asunto y

dijo: «No lo quiero, y no quiero a ningún otro. Es tarde. No quiero un marido. Lo he decidido».

Fue irrevocable. Se celebró entonces un consejo de familia y Bruno, el tío que en Fuerte de los Mármoles había intuido lo que pasaba, tuvo una idea.

Partió hacia la ciudad de Vigano y se hizo anunciar. Atravesó el ancho del estudio sin mirar a su alrededor, fue derecho hacia él mirándolo a la cara. Sabía que la fama de Vigano ya se había extendido también en el país, que era influyente y responsable; podía hablarle.

A sus preguntas, convencionales y azoradas a la vez:

—¿Usted aquí? ¿El comendador Martini? El tío de… si lo recuerdo bien, hermano de… ¿Están todos bien? ¡Cuánto tiempo sin saber nada de ustedes…!

—Hermano de su madre —respondió— y tío de Marta. Todos están bien. Marta se ha prometido… Bueno, tendría que haberlo hecho… —rectificó, observando la emoción que el otro no había tenido tiempo de reprimir.

Explicó detalladamente la coyuntura; las ventajas del partido que se ofrecía, la edad y la condición de Marta, la necesidad de que aceptara, el carácter misterioso y obstinado de su negativa, y su desmejoramiento y su tristeza, en general, «desde hacía un par de años»; la aflicción de los padres, ya viejos y ansiosos por ver situada a su hija. Finalmente expresó la opinión fundada de que la intervención de un hombre serio que tuviera «prestigio» sobre la joven podría ser providencial, y lo invitó a pasar unos días con ellos, inmediatamente, en Valtellina.

La novedad del caso, la extraña e imprevista petición, el deseo del paisaje que no conocía y de la mujer que le era tan querida, el miedo a poder ser culpable de un destino extraviado, responsable de una vida, la necesidad de evitar explicaciones más difíciles con aquel visitante extraordinario, todas estas razones, y ninguna en particular,

sino un fantástico impulso, lo indujeron a decir que sí. Sólo cuando estuvo allí llegó a darse cuenta de lo absurdo de la situación en la que lo había atrapado.

En tanto era indispensable que su intervención, para que alcanzase el efecto deseado, fuera habilidosa y gradual. Para ello, la madre, el tío y algún que otro familiar, al que se había puesto poco más o menos al corriente, favorecían sus citas con Marta; faltó poco para que ellos mismos se las procuraran; y se disipaban en el momento justo. El *flirt* se reanudó de lleno con un ímpetu melancólico y ardiente que llegó a asustarlo. Pasados algunos días, la joven le contó la historia de la petición matrimonial y le habló de su voto, al no poder ser del hombre a quien amaba, de no pertenecer nunca a ningún otro. Él empezó entonces a persuadirla. Ella, sorprendida, sospechando que quizás él pensase en una comunión infame con el futuro marido, acordándose de una frase insignificante que él ya le había dicho otra vez en la playa, se detuvo temblorosa y exclamó:

—Yo no soy una de ésas.

Vigano se mostró ofendido, se ofendió realmente; sin dejar de protestar y de razonar, la condujo de nuevo al hotel.

A la mañana siguiente Marta llegó a la cita con los ojos enrojecidos. Había estado llorando, se había convencido de que debía sacrificarse para no hacer sufrir a sus padres. Lo abrazó apasionadamente, «por última vez», haciéndole jurar que no volverían a verse nunca más.

Lo que arruinó su vida fue la vanidad, la cobardía, la estupidez de todos. Así lo juzgaba ella cuando su vida, que había sido limpia y hermosa, se convirtió en algo sucio. Si se hubiera acusado abiertamente a sí misma no lo habría podido resistir. Entre el marido y Vigano, entre la madre y los otros parientes, su rencor no hacía distinciones. De su tío Bruno, el que había tenido «la idea», no quiso volver a saber nada nunca más, le prohibió la entrada en su casa y, si se lo encontraba por la calle, lo miraba fijamente sin saludarlo. Él decía que su sobrina se había vuelto loca.

En primer lugar, el novio, contento de que la familia de la esposa mantuviera relaciones íntimas con un hombre ilustre, quiso que fuera él el testigo de la pedidura y Vigano no supo negarse. Como era el arquitecto en boga, el novio, una vez convertido en marido, le encargó una nueva casa, con dos miradores y una torre; y como de joven había sido también pintor, hizo otro tanto para obligarlo a pintar el retrato de Marta: una cosa mediocre, pero que obligó a la modelo a posar durante todo un verano. Al enterarse por un descuido de la suegra de que él había contribuido a que Marta se decidiera, lo consideró como un amigo fraternal; a pesar de no tener más que diez años menos que él, lo puso al corriente de los sinsabores con su esposa, le confió los más mínimos detalles de su vida conyugal, lo hizo venir al despacho como consejero y mediador. Un día, después de una de aquellas disputas que se estaban convirtiendo en algo cotidiano, ella se precipitó furiosa en el salón donde Vigano leía sentado en un canapé y gritando con voz sofocada:

—¡Vosotros! ¡Vosotros!… ¡tú! —se acercó a él como si quisiera destrozarlo. Fue suya, brutalmente, en aquel aposento donde hasta un criado podía entrar de un momento a otro.

Él hubiera querido huir de allí en seguida, pero abandonarla le pareció de miserables, y ella llegó a creer que sentía hacia él más odio que amor, pero se agarraba a él para hundirse juntos. Su relación se hizo descomedida, casi pública, como si deseasen una solución trágica, como si Marta hubiera querido apresurar a toda costa un final inmediato y liberador para aquella vergüenza. En cambio, no tuvo nunca fin. La madre —por temor al escándalo o a la tragedia y por el remordimiento de haber aceptado la idea de Bruno — protegía diligentemente la intriga y la fama de los Aymi, inmaculada hasta entonces, salió malparada. Las dos hijas más jóvenes, aún por maridar, sintiéndose envueltas en una reputación impura, odiaron a la hermana mayor.

Ella, con el deseo de muerte que siempre le bullía en el corazón, consiguió sólo envejecer antes de tiempo. Tuvo un tifus grave y se

curó. El amante entró en la habitación donde ella yacía, libre ya de la fiebre, y acariciándole el cabello dijo con resolución:

—Ahora la vida recomienza.

—Sí —respondió ella, torciendo los ojos—, ahora recomienza esta hermosa porquería… ¡la vida!

Debido a un áspero capricho quiso terminar la convalecencia en el Fuerte de los Mármoles.

Estaban los dos en el balcón, antes del anochecer: él, ya cargado de títulos y honores, pero irremediablemente viejo, cansado, convencido de que su arte no valía ya un comino. Había construido torres y miradores para los demás, mientras que para él sólo manifestaba un deseo inerte de excavar bajo la tierra. Su familia se había ido desmoronando poco a poco: los hijos, ya adultos, cada uno por su lado, y la mujer, en un convento de monjas, donde pasaba la mayor parte del año. Sólo el marido de Marta continuaba ignorándolo todo.

Marta, a pesar de que no era necesario, se daba aire fresco con un abanico de plumas. Sentía repugnancia por la obesidad que se le iba acrecentando con la curación y parecía que los cosméticos la afeaban.

La hora y la estación eran las de entonces, idéntico mar con su fresca pátina vespertina, iguales los montes de mármol rosáceo. Incluso podía decirse que los granos de arena de la playa eran los mismos. Sólo faltaban, sobre la arena, las sombras ligeras y veloces, los pies descalzos, casi danzantes, de aquellos dos que en un atardecer de setiembre habían inventado el amor.

Blanca

Hace veinte años —ahora tengo treinta y nueve— me encontraba en Florencia, donde mi familia me había enviado a estudiar. Había dejado el Instituto Técnico por el Liceo y los exámenes no habían sido fáciles. En julio, hace veinte años, suspendí en dos asignaturas, pero me preparé a fondo durante las vacaciones y en octubre conquisté el diploma, como yo lo llamaba para mí, *de haute lutte*. Entonces pensé que me merecía un buen premio y por eso me convertí en el amante de Blanca. Yo llevaba una barba rubia cortada a la francesa, el sombrero duro, los guantes bien doblados entre la palma de la mano y el bambú de paseo. Algunas veces, frente al espejo, sopesaba la idea de si no me convendría adoptar el monóculo.

Fue una aventura libre de escrúpulos, con el pretexto de que Blanca tenía tres años más que yo y de que era profesora o, como se decía en aquel tiempo, una muchacha emancipada, lo cual no quita que fuera una señorita como es debido, a la que yo había conocido en casa de unos parientes lejanos con quienes mi padre me había puesto en contacto. Es más, la primera vez que nos tocamos las manos sin apretárnoslas fue precisamente la noche que me diplomé, cuando mis huéspedes, bajo la luz de petróleo, descorcharon el VINO SANTO en mi honor. Ella no me pidió nada y yo nada le prometí. Parecía que teníamos mucho tiempo por delante para analizar a fondo nuestros sentimientos y ponerlos en regla, pero mi padre no tardó mucho en estar al cabo de todo, me hizo regresar al pueblo y consiguió que me trasladaran a la universidad

más lejana posible. Nos intercambiamos algunas cartas, no muchas. Logró convencerme fácilmente de que yo era un muchacho sin responsabilidad ni culpa alguna y de que a ella le tocaba hacer uso de la prudencia. Algunas veces el remordimiento me despertaba por la noche, como un ladrón que hubiera entrado en la habitación, pero luego acabó dejándome tranquilo. Y me sentí completamente en paz cuando, durante las vacaciones del año siguiente, mi padre me hizo saber indirectamente que Blanca había dejado la escuela y se había casado con un buen profesional.

Así que ya no volví a pensar en ella casi nunca. Solamente recuerdo que no podía leer ni oír la vieja frase «el primer amor» sin que me asaltara una sensación de molestia, algo así como un bochorno, un malestar dentro de la piel, como el que provoca la vergüenza. Acababa por convencerme a mí mismo de que sólo se trataba de aversión hacia las frases hechas y en seguida pasaba a otra cosa.

El tiempo de nuestro amor fue noviembre y diciembre. Yo vivía en una habitación amueblada, más bien oscura y ruidosa, en un segundo piso de Via Porta Rossa; ella, en la parte baja, en San Gallo, donde daba clases en una escuela. Por aquel entonces, en Florencia existían los ómnibus de dos caballos, muy altos, grandes y oscuros, o al menos así es como me los pinta la memoria. De lo que sí estoy seguro es de que estaban barnizados de un color poco alegre: un azul que tiraba a negro y que en la neblina otoñal llegaba a parecer negro del todo. Cubrían el trayecto desde las barriadas al centro y el trote lento de la yunta era como el de la diligencia que llevaba a la plebe desde los suburbios al mercado de la ciudad. El cochero iba tan en lo alto, que desde lejos parecía que iba sentado sobre el techo del carruaje con las piernas fuera y que desde allí arriba no tuviera ganas siquiera de discutir con los cocheros de punto, en medio de los cuales pasaba como si pilotara un acorazado entre un enjambre de navíos ligeros. Llevaba sobre los hombros una gruesa manta, azul y negra, y aproximadamente del mismo color

debía de ser su sombrero, plano como un canotié, pero cubierto de encerado y con las alas atadas extravagantemente a los lados.

Dentro del ómnibus había dos largos y estrechos canapés, también ellos revestidos con una tela encerada, negra y brillante. La luz que entraba lo hacía casi únicamente desde la ventanilla de la portezuela y era macilenta hasta en los días soleados. Yo nunca subí en uno de ellos. En la plaza se bajaban habitualmente viejecitos y viejecitas, pequeños burgueses convencidos de que el desgaste de los zapatos valía más que los dos céntimos del ómnibus.

Blanca, tan joven, bajaba la última, después de haber dejado pasar a los demás. Me sonreía extenuada, como si viniera de quién sabe qué largo viaje, y aceptaba la mano que yo le ofrecía para ayudarla a bajar los dos escalones del estribo, demasiado alto y tambaleante. A menudo, entre el abrigo de lana con cuello y solapas de piel corriente, entreveía su extraño vestido negro, casi holgado de cintura, largo hasta los tobillos, y adornado, si es que puede llamarse así, con algunas ristras de lentejuelas. Entre aquella humildad, su rostro era exquisitamente bello, pero a mí me parecía demasiado triste.

Al atardecer, entre la lluvia menuda, su sonrisa se volvía todavía más pálida. Me sorprendía a mí mismo pensando que podía perderla entre el gentío y no encontrarla nunca más.

Arriba, en la habitación, jadeaba un poco, fatigada por la subida de las escaleras empinadas. Luego, sucedía a veces que ella apretaba mis sienes entre sus manos, frías y tensas, y que me miraba el blanco de los ojos para intentar comprenderme.

—¡Mi muchachito, mi muchachito malo! —decía—, Un día te irás por tu camino.

Eso decía y me besaba con sus finos labios.

Creo que en su corazón, más que nada, había soledad.

Pasaron los años. Yo me había ido por mi camino. Me establecí en esta ciudad, con mi esposa y mis hijos, e hice, como suele decirse, fortuna.

Durante muchos años no me había percatado del tiempo. Para mí era como si sólo existiese el mañana y ni siquiera me detenía en el presente: lo dejaba correr, como un poco de arena entre los dedos, esperando con placer el día siguiente. Todavía no había descubierto el pasado.

Esto vino a sucederme una noche, precisamente en este último invierno, de una manera brusca e inesperada, igual que se suele decir de un vaso que se ha llenado gota a gota y empieza a rebosar por todas partes. Entonces, al reflexionar más tarde sobre ello, tuve la sensación de que la memoria era una cosa fría y vasta, una sombra, o un agua oscura, que se va ensanchando hasta ocupar todo el espacio en el que antes había sol.

Fue una noche, poco antes de quedarme dormido. El corazón que se me adormecía me daba la sensación de un trote cada vez más lento, que me transportaba consigo, o que se acercaba hacia mí. Y, entonces, del trote surgía la imagen de un carruaje, grande, alto, oscuro, con las ruedas sin neumáticos y los cascos de la yunta golpeando contra el empedrado. Estoy quieto en la plaza. Llovizna. Ahora la carroza se ha parado también. Sí, ¡la carroza! En la visión nocturna, hasta aquel mínimo colorido, aquel asomo de turquesa oscuro, ha desaparecido y el ómnibus florentino, con el cochero allí arriba envuelto en una manta, es de medio a medio un coche fúnebre, sólo que desde la portezuela abierta, desde el estribo aún tambaleante por el último traqueteo de la llegada, aparece y desciende, no digo una modesta mujer joven, sino una sonrisa, la sonrisa de Blanca, un apacible resplandor de oro puro, un límpido rayo de sol al atardecer, algo que está muerto y que es, al mismo tiempo, inmortal.

Comprendo lo que ha sucedido en mi interior. He llegado a la cumbre de mi vida y ahora empieza el descenso. Ahora los ríos del tiempo se precipitan frente a mí, a lo largo del otro declive, bajan hacia las sombras.

Escondido entre las mantas, quisiera no ver. Pero aquella sonrisa está frente a mí, inextinguible, inmortal. Blanca, sobre el estribo de la carroza, no desaparece ni baja, y su sonrisa me invita. Me estremezco, casi ahogándome, salto sobre la cama. Quisiera pedir ayuda a alguien, pero no a la mujer que yace a mi lado. Quisiera oír, dichas con la voz de entonces, las palabras que, áfonas, tiemblan por todas partes entre las tinieblas: «¡Muchachito, muchachito! Un día te irás por tu camino».

Ahora me parece estar inmerso en el río del tiempo, arrastrado, sumergido. ¡Oh, agarrarme a la orilla!; ¡salir de la corriente!; ¡preparar un solo instante de la vida que huye, aunque sólo fuera este amargo instante de ahora! ¡El borde de una piedra a la que agarrarse!; ¡una mata de hierba!; ¡una sola brizna de hierba en la que se transparente, sobre la orilla inmóvil, la sonrisa de este sol que muere!

Mi angustia se alivia en un sudor gélido. Por fin, al igual que un sudario, el sueño me envuelve.

Los días fueron claros. Por la noche, la visión se repitió dos veces seguidas.

El tercer día tenía una reunión en el Consejo. El presidente, nada más abrir la puerta, dijo:

—No esperemos al comendador X. Su esposa se encuentra gravemente enferma.

Hubo alguien que se interesó. Él, sin moverse de la mesa, pidió comunicación telefónica y preguntó:

—¿Qué puede decirme de la señora Blanca?

Poco después se dirigió a nosotros y dijo:

—Parece que de nuevo hay esperanza.

Yo dije:

—No sabía que estuviera casado. ¿Quién es la mujer?

Me lo explicaron vagamente. No conocían bien su pasado. Sabían que se había casado muchos años antes, en Florencia. La hija mayor tenía dieciséis o diecisiete años.

Yo no conocía demasiado a aquel hombre, pero sí lo suficiente como para, más adelante, desde mi despacho, hacerle la cortesía de pedirle noticias a mi vez. Conseguí que el presidente me diera encargos, busqué la ocasión para entrar en relación directa con él, para visitarlo en la oficina, para telefonearle a su casa. En alguna ocasión, mi asiduidad le hizo sospechar algo; pero no podía encontrar razones para su desconfianza.

En el transcurso de dos meses, Blanca pasó de la mejoría a una recaída; se asomaba a la muerte y retrocedía ante ella. Pero no pasó ni un sólo día sin que yo, de una forma u otra, tuviera noticias, y con frecuencia, cuando más ansioso estaba, encontraba medios para tenerlas dos veces al día. Vivían en una casa tranquila y solitaria, cerca de los Jardines. Yo subía y bajaba por aquellos parajes a horas en las que podía fiarme de no encontrar al marido, y me parecía que delante del portal tuviera que pararse una gran carroza, alta, oscura, semejante al ómnibus florentino.

Pero la nieve fue espalada del empedrado, las prímulas llegaron a la ciudad y, sobre los árboles, cuando estaba cubierto el cielo, las hojas nuevas relucían como si estuvieran iluminadas por dentro. En marzo, Blanca empezó a curarse.

—Cuando se haya recuperado —dije al marido—, seguro que darán una fiesta.

—¿Quién sabe? —dijo él—, Blanca necesitará tiempo antes de restablecerse del todo. En cuanto pueda moverse, me la llevaré a Toscana. Este clima no es para ella.

Luego supe por otros que la noche de Pascua daban una cena a los íntimos y que tres días después partían hacia Marina di Pisa.

El lunes de Pascua me puse delante de la verja del jardín y con mis ojos sacaba brillo a su calle. El cielo era tan dulce que parecía

imposible que todavía no hubiera golondrinas.

Salió sobre las once, llevando de la mano a su hijo más pequeño, que no podía tener aún los diez años, y se encaminó hacia la parte donde yo estaba, apoyándose en él disimuladamente. Yo no temía herirla y me situé de forma que pudiera verme. No soy muy diferente de como era en aquellos tiempos, salvo los ojos, que ya no son tan ardientes.

Me reconoció y enrojeció. Soltó la mano del niño y se agarró a su brazo.

Como quiera que no bajó los ojos de inmediato, la saludé quitándome el sombrero. Vi que tenía el cabello gris, pero las cejas y la suavidad de las mejillas eran las de entonces. Yo estaba temblando y esperé. Ella, palideciendo, se decidió y me devolvió el saludo sonriendo sin reservas. Luego tiró de su niño y siguió andando más deprisa.

Ya había tramontado su sonrisa, ya se había escapado de mis dedos la débil brizna de hierba transparente de sol a la que me había aferrado durante un instante. Un corro de gente que fluía desde los Jardines me separó de ella, arrastrándome como en un torbellino.

Las miradas

«… una exquisita esbeltez de estilo, un mobiliario de sobria elegancia, un claro juego de luces y de colores que alegra el espíritu e invita al seductor abandono de un tranquilo descanso; … he aquí todo lo que puede ofrecer al pasajero la Sala de Música y Conversación del más bello piróscafo italiano, el Alcione, donde todo concurre para el deleite de los ojos y para el más esmerado confort, los cómodos sillones con sus mórbidos cojines, plantas y flores…»

En la sala de música y conversación se detuvieron marido y mujer junto al amigo que los había guiado durante el paseo por el piróscafo y que al atardecer partía para Argentina. Música no había ni por asomo y conversación hasta de sobra; aquel oscuro y discordante parloteo, aquella burda sucesión de largos *sotto voce* desgarrados de golpe por una exclamación estridente, aquella alegría ficticia y aquel dolor ostentoso, aquel amontonarse y deshacerse de corrillos de viajeros y de visitantes que acudían a despedirlos, en suma, toda esa vibración descompuesta que hace que un transatlántico a punto de partir se parezca a una plaza de mercado o a un atrio de tribunal, o a cualquiera de esas circunstancias o lugares en los que la humanidad resulta menos agradable de verse o de oírse.

—Vuelvo arriba a tomar un poco el aire —dijo Marzi parándose en mitad de la sala—. ¿Quién me acompaña?

Pero la mujer les respondió sonriendo:

—Me encuentro algo cansada. Te espero aquí… Vittorio, ¿me hace compañía?

Él subió otra vez a cubierta, mientras los otros dos se dirigían paso a paso hacia el fondo de la sala, y allí arriba permaneció un rato, apoyado en la barandilla, mirando las luces que una tras otra se iban encendiendo en el atardecer: la luz verde del faro, las rosadas de las naves del puerto y aquellas más amarillentas de la ciudad, luces de todos los colores que hacían desvanecer las colinas y que ocultaban las estrellas. Luego se estremeció y le pareció que aquellas luces, como las voces de hacía un momento, eran también confusas y punzantes, y se sintió incómodo por el siroco que soplaba desde mar abierto, surcado a rachas casi iguales por los escalofríos de la noche.

Entonces, lentamente, con las manos sobre las espaldas, volvió a bajar hacia la sala de música y conversación; pero el umbral se hallaba obstruido por un pequeño grupo de gente que lo intimidó y lo entretuvo. El resto del espacio, en cambio, estaba casi desierto, inundado de luz eléctrica, y él, mientras aguardaba una oportunidad para abrirse paso entre el pequeño gentío sin necesidad de pedir permiso o de empujar con los codos, pudo ver durante unos instantes, que fueron inmensamente largos, a la mujer y al amigo sentados en la esquina del fondo.

Ella estaba sentada en uno de aquellos «cómodos sillones con mórbidos cojines»; el otro, en el borde del canapé de cuero, no demasiado cerca; y no se intercambiaban palabras o miradas. Sólo él, Vittorio, miraba a la mujer, con una mirada inmóvil y tranquila, más luminosa que todas las lámparas, que se posaba sobre las mejillas de ella como el sol de una larga tarde sobre una ladera de color rosado. Ella, en cambio, miraba hacia delante, con ojos distraídos y ausentes; pero era imposible que no sintiera la fuerza y la luz de aquella mirada desde la que su cara adquiría color.

Marzi permaneció incrédulo durante unos instantes y dudó de que el centelleo de las numerosas lámparas alterase las cosas. Luego empezó a avanzar hacia ellos silenciosamente, se detuvo a algo más de la mitad del camino y casi estuvo a punto de proferir: ¡Amalia!, pero en ese momento Amalia lo vio y dijo: Aquí esta Gino,

y lo dijo así, con voz natural y sin hacer más que un mínimo movimiento del mentón hacia el amigo, cuya mirada se apartó de ella para pasar al marido. Pero era como si ella hubiera depositado a su lado aquella mirada, como se deposita (¡para volver a cogerlo otra vez!) un objeto familiar y obediente, como se aparta con la mano la carta que se está escribiendo o el libro que se está leyendo al ser sorprendidos por una visita inesperada.

—Ya estás aquí —dijo simplemente Vittorio.

Muy pronto llegó el momento de la despedida. Cuando marido y mujer estuvieron sobre la escalerilla del piróscafo, ella sintió frío y se cubrió con el embozo; luego tuvo miedo de tropezar con los escalones y se agarró a él. Como se había mostrado débil hasta el punto de tiritar por un poco de fresco, y como había tenido miedo y se había agarrado a él para que la sostuviese, él se sintió de nuevo seguro. Y oyó con deleite su tibia voz que decía: Gracias querido.

El otro permaneció en Argentina dos años, regresó por una breve temporada y volvió a partir hacia otros países lejanos, desde los que, de tanto en tanto, reaparecía de improviso.

También el recuerdo de aquel atardecer en el Alcione reapareció alguna vez en la mente de Marzi como el recuerdo de un delirio momentáneo. Pero, si se había sentido celoso durante un momento, su sangre, en definitiva, estaba infectada por la enfermedad, y vivía esforzándose por olvidar y temiendo que un día u otro, ante un incentivo cualquiera, viniera anunciada la recaída. Le parecía, además, que de todos los decaimientos morales el mal de los celos era uno de los más tristes y vergonzosos, sujeto, normalmente, a convertirse en crónico, salvo que un extraño milagro no trajera la curación o que un golpe de suerte igualmente extraño no diera la certeza del engaño, tortuoso y mezquino en ambos casos, y, en el suyo, además inconfesable, puesto que Vittorio había sido su compañero desde los primeros años de escuela y había pasado con él casi todos los domingos de la adolescencia, y no era un amigo,

sino el amigo. Amalia, luego, la niña grande con el pelo suelto sobre los hombros, la vecina de la villa de al lado en el Lido de Albaro, ¿no la habían llamado todos en broma, desde entonces, su novia? Para él, el amor y la amistad continuaban su adolescencia; la duda que lo envolvía corrompía las cosas más bellas de su vida.

Aquella tarde, sobre el Alcione, una imaginación alarmada había estampado una novela en su mente, como una sombra monstruosa sobre un muro. Su misma imaginación frenada por la cautela, guiada por la esperanza, podía conducirlo a una verdad insignificante. La mirada de Vittorio y la fijeza de ella eran indudables. ¿Pero acaso no era verosímil (o cierto) que aquél, absorto en la melancolía de la partida, mirara a la mujer, que a él podía serle inocentemente querida, sin ni siquiera verla, igual que se mira una orilla que se hunde en el horizonte?; ¿y que ella, algo cansada, como bien había dicho antes, estuviera abstraída en el vacío, sin pensar en nada? Cuando el alma cae presa de estas redes, uno querría que todo fuese traducido en palabras, en palabras que podrían llegar a ser brutales, homicidas, pero que al menos tendrían un sentido preciso. Las miradas de los ojos son, por el contrario, como la música, que sacude el corazón pero no puede traducirse en palabras exactas.

Entre estas alternativas pasaron los años. Amalia se hizo más hermosa si cabe; después de adelgazar parecía más alta y su cara pálida había adquirido fiereza, con el pelo cayéndole sobre la frente como una nube. Y llegó por fin un verano en el que Marzi, que se había hecho construir una villa en la alta montaña, se trasladó a ésta desde el cercano hotel donde había permanecido con su mujer durante algunas semanas para presenciar los últimos retoques. La inauguración «oficial» tuvo lugar una noche de agosto, con una cena a la que fueron invitados media docena de amigos.

Pero aquella jornada de agosto había sido la más bella de la estación, y una comitiva de veraneantes, Amalia y Vittorio entre ellos, había partido de excursión a media mañana hacia la Colina de la Atalaya. Marzi se había quedado abajo deliberadamente, aduciendo su habitual escasa afición a caminar y el deseo de vigilar

ciertas menudencias de la nueva casa, pero sintiéndose en realidad presa de una absurda necesidad de sufrir. Se dio cuenta de ello cuando se encontró solo. El frenesí contra el que luchaba desde hacía tanto tiempo le irrumpió en el alma y no encontró sosiego sino en el dejarse devastar por él sin oponer resistencia. Se arrepintió de no haber ido y de no haber podido disfrutar con ellos, reevocó minuciosos detalles de la vida pasada agrandándolos hasta convertirlos en desmesuradas certezas, consideró que Amalia no había insistido lo suficiente para contar con su compañía, se asomó veinte veces a la ventana, como si el monte sobre el que los otros, invisibles, subían, pudiese darle la revelación. Al final consiguió tranquilizarse con este pensamiento: «Si ella vuelve afectuosa y locuaz, si me agarra del brazo como aquella tarde, entonces dejaré de dudar».

Ella, en cambio, regresó silenciosa y rendida, y en la mesa apenas dijo dos palabras. Pero durante la cena, la historia de la excursión salió a la luz por boca de otros. Cuando había llegado el momento de volver, las opiniones se habían dividido; algunos, precisamente Amalia, Vittorio y una señorita amiga, habían querido bajar por la quebrada, escarpada y pedregosa, mientras los otros habían optado por el sendero. Pero después de diez minutos de descenso, la señorita se había sentido mal de los pies y de las rodillas y, renqueando, había vuelto a subir para alcanzar a los demás. Los dos habían proseguido el descenso a la diabla; Amalia se había fatigado mucho y, al llegar al prado, se habían tomado un descanso mientras esperaban al resto de la comitiva.

Se bebió champán brindando por la nueva casa. Ella chocó su vaso contra el del marido y contra el de los otros huéspedes sin mirar a ninguno de ellos a la cara. Entonces él murmuró un pretexto para levantarse antes de tiempo y, desde una estancia a oscuras, se puso a escrutar lo que sucedía en el comedor. ¡Qué extraño! Los últimos en salir en dirección hacia el salón fueron precisamente su mujer y el amigo, y ella, al pasar delante de Vittorio, lo miró con una mirada que no era ciertamente de cortesía ni de saludo, con una

mirada que le pareció interminable, llena de altanería, de dolor, de reproche. ¿Qué clase de mirada era aquella, si no la de una mujer hacia el hombre que la ha vencido o, al menos, ha intentado vencerla?

Una señora probó el nuevo piano tocando piezas de Chopin. El huyó a su habitación casi sin sostenerse, como si el más desesperado preludio de Chopin le disolviese las venas. Intentó conciliar el sueño, confiando a pesar de todo en que la serenidad de la mañana le mitigase la fiebre y le hiciese ver la verdad. Pero se despertó en medio de la luz del alba y vio, frente a sus ojos, el mismo enigma, gris, indescifrable.

La tercera mirada fue pocos meses después, en una habitación de hospital donde él había sufrido una operación. Su mujer estaba a su lado. Cuando se abrió la puerta, Vittorio, que no se había dejado ver desde el verano, vaciló un instante sobre el umbral y primero miró a la mujer sin saludar, luego lo miró a él.

¿Acaso no era «evidente» que la había mirado a ella para saber si era cierto que no había esperanza de salvación para el amigo? ¿Y cómo se podía dudar del dolor de Amalia? Todo estaba claro y nada lo estaba; se podía dudar de todo y de nada.

Por otra parte, ya no valía la pena combatir contra estos negros fantasmas. De la enfermedad que le devoraba la carne, los médicos se habían percatado sólo cuando ya se había vuelto incurable: del cáncer de los celos que le había destruido el alma no se había percatado nadie. Se llevaba el secreto consigo.

Se había imaginado que podría llegar al final con una curiosidad sosegada. En cambio, todavía tuvo fuerzas para darse la vuelta en la cama y ponerse de cara a la pared. Con los ojos cerrados volvió a ver el tumulto de luces de Alcione, volvió a escuchar la música subterránea de Chopin. Pensaba que una conmoción tan violenta podría romper las últimas prórrogas de la vida, apremiar al largo sueño en cuyo interior quizás estuviera la verdad, sin duda alguna la paz.

El secrétaire

—Todo lo que tengo, mis hijos se lo repartirán en paz. Los hijos son iguales. Mamá no tiene preferencias. Pero el *secrétaire* ha de ser para Egidio.

—¿Vosotras para qué lo queréis? —decía dirigiéndose a la hijas—. A vuestro hermano le podrá servir.

—No lo queremos para nada —respondían sonriendo las hijas—. El *secrétaire* será para Egidio. ¿Pero, mamá, por qué hablas tanto sobre ello, como si estuvieras a punto de morirte y como si tu mueble valiese quién sabe qué?

Así fue como Egidio, mucho antes de que lo hubiera podido imaginar, heredó el bonito mueble imperio. Porque su madre murió casi de repente, después de una hora de espasmos al corazón, durante una noche de verano. ¡Y pensar que nadie la había tomado en serio cuando solía decir que acabaría por caer «fulminada» y que todo el mundo, cuando la encontraban con sus tres hijas, le repetían el cumplido de que ella parecía la hermana no mucho más mayor, el sólido cumplido que ella escuchaba con una sonrisa todavía sonrojada de pudor, en el que había un poco de complacencia y un poco de piedad por sí misma!

Estaban todos juntos: la madre, los hijos, la nuera, los nietos, en un hotel de montaña. Ese día, ella había querido subir una cumbre y sólo a la vuelta, al paso de una colina, cuando el viento la embistió, palideció extrañamente y se llevó la mano al pecho. Luego, con el té caliente y una gotita de coñac, se repuso. Pero a medianoche el

hotel se vio agitado por tintineos de campanillas, gritos, sollozos y protestas inmediatamente reprimidas de los otros veraneantes.

Ella, jadeante sobre la cama, rodeada de todos los suyos que permanecían algo apartados para dejarle respirar, no pudo decir más que cuatro palabras. Las dos primeras fueron: Me muero. Luego, llamando al hijo con un gesto apasionado de las manos para que se le acercara un poco más, le dijo rozándole la cara:

—El *secrétaire…*

—El *secrétaire* —respondió él—; ya sé que es para mí, mamá; pero te pondrás bien, mamá…

Ella sacudía la cabeza y se retorcía, tragándose palabras imposibles de decir. Parecía como si estuviera pidiendo papel para escribir, pero entre los dedos, ya agarrotados, no pudo sostener el lapicero. Entonces se presentó el párroco y murmuró las frases, hizo los gestos de su ministerio, sin que ella pudiera responderle.

Un poco más tarde tuvo aún fuerzas para abrir los ojos, que brillaban de un sueño sin despertar, para mover los labios.

—Quemo —dijo, o así les pareció oír a Egidio y a los demás.

Él acercó a sus labios un vaso de agua, pero la madre, tras girar la cabeza, se extinguió.

¡Eran tantas las estrellas fugaces que se extinguían aquella noche, noche de San Lorenzo!

Regresaron de inmediato a la ciudad, y el otoño fue oscuro y veloz. Egidio nunca se hubiera decidido a sacar el mueble de la casa donde había vivido la madre y en la que ahora seguían viviendo las tres hermanas con una tía, pero la mujer lo persuadió. Lo hizo, pues, transportar a su estudio y se tapaba los oídos para no oír los baquetazos lúgubres y vacíos, mientras los mozos de cuerda lo arrimaban a la pared; se volvía hacia el otro lado para no verlo, pues la caoba brillante, en aquella tarde lluviosa, parecía casi negra y los bronces dorados que la adornaban lo entristecían todavía.

Él tenía treinta años y hasta aquel verano había tenido el privilegio de no haber visto nunca la muerte. Años atrás, durante un viaje de estudios, su padre se había puesto enfermo y él no había podido regresar a tiempo, antes de que la madre y las hermanas vistieran el luto. Luego había leído en un libro que los dolores mayores son dos: el de la madre que pierde a su criatura y el del hijo que pierde a su madre. Él, el dolor de la madre que pierde a su hijo se lo podía figurar y no entendía que pudiera haber diferencia alguna de sufrimiento entre un progenitor u otro, ya que bastaba la mínima bronquitis de uno de sus hijos para hacerlo delirar y hasta su propia mujer se lo tomaba con más calma. Pero el otro dolor, el del hijo por su madre, no lo había presentido nunca y se acusaba de frialdad de corazón por no haber sentido esta angustia del porvenir; recordaba con remordimiento el no haber tenido de la muerte de su padre más que una larga e inmutable melancolía, casi la incurable añoranza de no haber podido conocer bien, de no haber podido querer como a un amigo a aquel hombre tan cerrado y hermético, con su indescifrable pensamiento sobre los ojos, con su distante sonrisa sobre la boca. ¿Pero cómo temerse, cómo pensar siquiera que podría llegar a faltarle la madre, ella que, salvo en ocasión de un sobreparto, no había estado enferma ni un sólo día y que, cuando hablaba de morir fulminada, lo hacía sin duda porque no sabía lo que era la enfermedad? Ocurría con frecuencia que él la reconocía desde lejos por la calle, ella delante, él mucho más atrás, en idéntica dirección. La reconocía por los andares firmes y precisos, por el corte liso de su vestido de paseo que se entallaba sobre una cintura de jovencita. Entonces él redoblaba el paso para alcanzarla, llamándola con orgullo: ¡Mamá!, para que se volviera. Cuando ella enrojecía por la sorpresa o por el placer, el color de su cara era una brasa bajo las cenizas de su cabellera cálida y gris.

Y ahora se había ido así, desapareciendo, como si la mano de un asesino se la hubiera llevado consigo. Al principio él no tuvo más que un seco desgarro, un grito sin lágrimas, y le faltó el llanto. Luego, poco a poco, la congoja se le fue haciendo más profunda,

físicamente insoportable, un vacío por dentro, un hambre amargo e insaciable que en algunas ocasiones estuvo a punto de hacerle gritar. Y siempre aquella desesperación por no haber llorado lo suficiente. Durante largas semanas permaneció en estado de alarma, como si tuviera que sobrevenir otra desgracia, otra calamidad, como si el destino ya se hubiese aprendido el camino que conducía hasta su casa. Y mientras tanto llegó a creer que ya no amaba lo suficiente a su mujer y a sus hijos, que ya no encontraba en ellos ninguna alegría. Los dones de la vida que le quedaban carecían de valor en comparación con lo que había perdido.

Pasó el tiempo y cubrió el pasado con sus consolaciones, frías y transparentes como las aguas de una lenta inundación. Llegó por fin el momento en que Egidio se decidió a utilizar el *secrétaire*, con su multitud de cajones, con sus fáciles secretos, ingenuos caprichos del carpintero que había disimulado una abertura bajo uno de sus embellecedores, y hasta podía conversar ya delante de él como si se tratara de un mueble cualquiera.

—Es bonito, armonioso —comentó un día su mujer—. Lástima que a los fabricantes de cajas fuertes les haya dado por imitar el estilo Imperio; han conseguido convertirlo en algo común en este tipo de muebles… Los bronces no son todos auténticos.

—Los de las columnas son auténticos —dijo Egidio, y admiraba las minuciosas coronillas.

En esto terció el hijo más pequeño, que apenas sabía leer pero que ya se hacía contar novelas de aventuras.

—Dime papá, si las columnas estuvieron llenas de monedas de oro, ¿cuánto valdrían?

Él esbozó mentalmente el cálculo y, sonriendo, se puso en pie y golpeó con la uña del índice la madera de una de las columnas.

—Están vacías —dijo al niño—; la abuela no era rica.

Se quedó solo en el estudio hasta bien entrada la noche, sin ganas de hacer nada, ni deseo alguno de irse a dormir. Fantaseaba

vanamente. En un determinado momento se levantó de su asiento e, inconscientemente, repitió sobre las dos columnas el golpeteo de uña que había hecho por la tarde delante de su mujer y de su hijo. Se puso a examinar las coronillas de bronce que hacían de capiteles y vio que terminaban en un ganchito de idéntico color, casi indistinguible. Entonces creyó recordar que la madera de las dos columnas había respondido al golpeteo de la uña con sonidos diferentes. Probó a presionar sobre uno de los ganchos; la lámina de bronce se desenrollaba como una cinta; la columna giraba. La sacó y estaba vacía; no oyó más que el crepitar de alguna astillita carcomida que se desprendía en el interior. La colocó lentamente en su sitio, sin hacer ruido para no despertar a nadie, y vacilando repitió la misma operación con la otra columna. Una cajita cilíndrica de cartón floreado cayó dando un golpe contra el suelo y rodó durante unos instantes.

La persiguió entre las toscas sombras de los muebles, respirando afanosamente, sin atreverse a tocarla. La recogió por fin y la besó, y estrechándola contra su pecho la llevó hasta la mesita y la abrió bajo la lámpara. Apoyando dos dedos en el interior del tubo destapado, sacó el contenido y lo desenrolló. Cartas, cartas, todas ellas escritas sobre folios de un tenue color violastro, todas con una escritura delicada y cursiva, pero sin duda de hombre, y no de su padre. Al principio de una página leyó: «¡Elena! ¡Elena!», y tradujo mentalmente aquella invocación a su lenguaje; mordiéndose los labios dijo para sí: «¡Mamá! ¡Mamá!». Había comprendido que le estaba prohibido leer la fecha y la firma, y sujetaba los folios entre las manos tendidas, lejos de los ojos, cerrándolos hasta volverlos casi miopes para no distinguir las palabras. Pero palabras de amor se le encendían por momentos bajo la luz, como el resplandor nocturno de la espuma sobre las olas del mar. Lo horrorizaba leer y lo aterraba caer en la tentación.

Hubo un corte de luz eléctrica. La estancia se quedó completamente a oscuras; desde más allá de las persianas no se distinguía más que un gris caótico. Murmuró: «¡Bendito sea Dios!»,

como si aquella oscuridad fuese providencial, pero no pudo evitar hurgarse en el bolsillo buscando las cerillas y encendió una vela. La mecha seca y retorcida se enrojeció chisporroteando antes de dar la llama.

Entonces le pareció oír a la madre moribunda que suplicaba: «Quema». Y le pasó por la memoria una imagen tormentosa de su adolescencia.

Estaban en la playa. Él, hambriento después del baño, corría, casi volaba, hacia la caseta de su madre donde sabía que sobre la mesa de madera blanca lo estaba esperando su merienda. Con un apretón de su mano demasiado robusta, creyendo con las prisas que estaba abriendo el camerino desocupado, hizo saltar el débil pestillo interior. Su madre estaba dentro. Él estaba en esa edad ansiosa en la que todas las mujeres parecen hermosas. Durante una fracción de segundo, vio de su madre aquella cérea palidez, macilenta y sin vida que tiene para nuestros ojos la carne en la que corre nuestra misma sangre. Cerró la puerta de un golpe y echó a correr otra vez, tapándose los ojos con los puños cerrados. Estaba traspasado por el remordimiento, por el ultraje de haber «visto» a su madre.

Ahora, tantos años después, estaba de rodillas frente a la chimenea apagada. En la mano izquierda sostenía el paquete de cartas, el corazón desnudo de su madre. Acercó lentamente a la carta la llama de la vela. Las palabras de amor se consumieron.

¿Cuál había sido la intensidad que esa pasión, ni su madre, aun presintiendo una muerte repentina, había continuado prorrogando la destrucción de los recuerdos?; ¿y era éste, este descubrimiento que destruía la santidad de la madre, la nueva desventura que él había temido durante meses? Entonces se le apareció delante de los ojos la figura enigmática y burlada de su padre; una sombra desleal atravesó la penumbra y era la del «otro hombre» a quien él tal vez conocía.

—¡No es verdad! —dijo alzándose y apartando de sí pensamientos peores—. No puede haber sido cierto. Debe de

tratarse de una alucinación, de un delirio. ¡Nada! ¡Mamá! —y repitió —: ¡Nada! —a media voz, para convencerse.

Colocó la columna desatornillada en su sitio. Volvió a la chimenea y rastrilló con la mano los restos de las cartas quemadas, escondiendo como pudo los despojos frágiles y negros bajo los morillos. Ningún vestigio parecía quedar a la vista.

Entonces la luz eléctrica volvió a encenderse.

—¡No! —dijo casi gritando. Y después de girar el interruptor, agrandando los ojos en la oscuridad, se dirigió a tientas hacia el dormitorio, hacia la cama, en busca del sueño y del olvido imposible.

Elvira

Dado que su marido la dejaba sola en el hotel durante tres días, Elvira, ante aquella inesperada libertad, se sintió físicamente agarrotada, como el sólito pajarito nacido en la jaula que ve la puerta abierta y no quiere quedarse pero no se fía de las alas. Era quizá la primera vez que se encontraba cara a cara consigo misma. ¡En el colegio, cuánta cháchara entre las compañeras!; ¡y qué cantidad de hermanos y hermanitas, de servidumbre y de gobernantas en la casa paterna! Luego se había casado atolondradamente y el matrimonio le había parecido prosaico y confusamente doloroso —sí, también doloroso— como una mudanza. De viaje de novios, nada, salvo unos días en un hotel de la costa pululante de «buenos» conocidos, y acto seguido la entrada en la llamada casa nupcial, no menos densamente repoblada que la paterna, abarrotada de ascendientes y de parientes colaterales, invadida de amigos políticos y profesionales que se sentaban aburridamente en la larga mesa y la atravesaban con conversaciones tan discordantes como el estrépito de las vajillas. Estas costumbres, los suegros las llamaban patriarcales. Ella, de vez en cuando, al hablar con los otros, se acaloraba exageradamente, pero por lo general se distraía y sentía que le pesaban las largas pestañas postizas y que le temblaban los párpados, heridos casi por el exceso de luz y de voces.

Fue necesario que pasaran dos años y que muriera el padre para que su marido se decidiera a llevarla fuera con él, durante quince

días, y pocas noches después, tras una llamada telefónica, tuvo que dejarla. Ella se disgustó de verdad y le dijo sinceramente:

—Ducio, vuelve pronto. Me da miedo quedarme sola.

Al despertarse por la mañana se sorprendió de no sentir a su lado la respiración de aquel hombre que le era tan íntimo y tan extraño; corrió hacia la puerta con los pies descalzos para cerciorarse de que estaba bien cerrada y volvió a dormirse y a soñar otra vez su sueño, largo y barroco como una novela por entregas, interrumpido por las campanillas y por las voces de los vecinos, que la hacían sobresaltarse con la impresión de que le querían invadir el aposento. Al final tuvo que despertarse de una vez por todas y darse cuenta de que no conseguía apartar de sí (aunque tampoco le habría gustado conseguirlo) el pensamiento que se le había quedado grabado en la mente desde el día posterior a la llegada: «Speri está aquí, en la misma ciudad, en el otro gran hotel, a diez minutos de aquí».

Se habían encontrado por casualidad en una alameda desierta de los jardines y habían paseado juntos. Ella, sin pararse a pensarlo, se había quitado un guante y se habían cogido de la mano. No se habían intercambiado más que unas pocas palabras. También con anterioridad a este encuentro, al que el alejamiento del marido otorgaba ya una apariencia plena de sentido, había habido entre ambos pocas palabras y casi ningún hecho: un paseo en automóvil, siete años atrás, durante el cual los dos jóvenes, sentados uno al lado del otro, se habían sentido demasiado cerca: una larga mirada y algunas cartas que todo el mundo hubiera podido leer pero que sólo Elvira creía entender a fondo, alguna incitación por parte de ella para que él encontrase el modo de verla, ante las cuales Speri o se resistía perezosamente o se doblegaba con negligencia. Entre el uno y el otro había centenares de kilómetros y las ocasiones no eran abundantes, por lo que él las dejaba pasar de buen grado. Durante todo el tiempo que estuvo prometida dejó de escribir, pero empezó a hacerlo otra vez poco después de la boda. Y eran, más o menos, las mismas palabras insignificantes de antes que todo el mundo, y en

primer lugar el marido, hubiera podido leer, pero que ahora escondían ya una intención diferente. Y hablaba con él para sí misma; en aquel hombre tan superficialmente próximo y tan avaro de sí mismo veía a la criatura más confidencial que tenía en el mundo; la lejanía y los años se lo volvían más íntimo; incluso recurría a él en su pensamiento cuando se debatía entre el tumulto que avasallaba su vida y en aquel vago recuerdo, en aquella confusa esperanza, buscaba un poco de silencio.

Ahora, en el hotel, en la casa de todo el mundo, encerrada entre desconocidos que le parecían hostiles, tenía verdaderamente miedo de estar sola y se aferró al teléfono como si pidiera socorro. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, pronunció el nombre del hotel de Speri, oyó el número de la habitación que él ocupaba.

—¿Speri? —dijo con voz tibia, sin sonido—. ¿Eres tú? ¡Buenos días!

El otro respondió.

—Mi marido se ha marchado —añadió. Pero no obtuvo respuesta.

—¿Podemos vernos?

—¿Hoy? —preguntó a su vez Speri—. Déjame pensar. Creo que no. Tengo abogados y notario para todo el día. No he venido a divertirme. Ya sabes que estoy aquí por mi hermana.

Sí, lo sabía. Tal vez era lo único que él le había dicho cuando la había encontrado en la alameda. Estaba allí para ayudar a su hermana viuda a resolver ciertas cuestiones de herencia demasiado difíciles para ella. Y mientras salían de los jardines, le había indicado con la mirada a una joven mujer vestida de negro que venía hacia él desde un portal y se había despedido de ella diciéndole:

—Aquí llega mi hermana. Iba hacia su casa.

—¿Todo el día? —insistió al teléfono, agitándose—. ¿Ni siquiera una hora? ¿Y esta noche?

—¿Esta noche? —dijo él, mientras ella se asombraba de su propio atrevimiento—. He prometido llevarla al teatro.

—¿No está de luto?

—Sí, está de luto. ¿Pero acaso tiene que morirse ella también?

—¿A qué teatro vais?

Él nombró el teatro.

—¿Habéis quedado allí?

—Voy a buscarla antes. Cenaremos juntos.

Permanecieron unos instantes sin decirse nada. Luego ella se despidió:

—Entonces, adiós —y empezó a peinarse delante del espejo. No reconocía su cara de niña.

—¡Es la pasión! —dijo para sí—. ¡Cómo afea!

Y con los dedos enlazados alrededor de una rodilla, con los ojos extraviados, cayó en la cuenta de que había pronunciado la palabra pasión.

Permaneció encerrada con un libro durante todo el día y se hizo servir en la habitación. Pero, cuando ya casi era de noche, salió y sus pies la condujeron a la misma alameda donde había encontrado a Speri. La recorrió dos o tres veces, regresando siempre frente a la casa de la hermana, como si quisiera espiarla, hasta que la vio salir y empezó a seguirla a distancia, bajando por la misma acera hasta el centro de la ciudad.

Aquella mujer era un poco más alta que ella, menos delgada, más clara de piel y de pelo. Elvira escrutaba todos sus movimientos, comparándose con ella, juzgando su propia forma de vestir y sus andares más bien humildes en contraposición con aquella serena arrogancia. También ella iba vestida de negro, con tejidos de calidad y abrigo de astrakán, y sin duda la otra no había gastado más que ella. Pero ella se sentía enfangada y el color negro que la cubría le parecía insoportablemente fúnebre, mientras que podía decirse que las formas de la otra nadaban en la ola oscura y brillante de la *toilette* y su sombrero era atrevido; y las medias ligeramente negras que se disparaban al andar parecían haber sido elegidas de ese color no como homenaje a un muerto, sino por capricho contra la moda de las piernas color champán.

Le pareció también que ella andaba demasiado deprisa, y procuraba con ansia no correr tanto como para hacerse notar y no

quedarse tan atrás como para perderla de vista entre la gente que sobre la acera nocturna aumentaba por momentos. Los plátanos de la acera eran indistintamente verdes y amarillos, y formaban aureolas y baldaquines bajo los cuales la figura se transformaba al avanzar; la luz de las farolas se mezclaba con la del atardecer; los salientes de las tiendas, encendiéndose uno tras otro, proyectaban rayos que al confundirse con los otros resplandores formaban combinaciones de quiméricos reflejos en torno a la mujer. De repente, decididamente, como si así lo hubiera determinado desde que había salido de la cama, se detuvo delante de un escaparate y Elvira la alcanzó para poder verla bien la cara. Era la misma cara, bien modelada y fuerte, del hermano, los mismos ojos, fríos y secretos; sobre las cejas se adivinaba la misma frente bruñida. Elvira, mientras la contemplaba a hurtadillas como a un ser superior, amó a su Speri, amó, casi, todo su linaje, confrontándolo, con una admiración no exenta de humillación y de cólera, con toda aquella gente entre la que le había tocado nacer y quedarse, gente que vivía llevando el corazón en la mano y que pensaba en voz alta. Claro que éstos otros eran egoístas y crueles, pero al menos tenían en el ánimo ese algo de imprevisto y de hermético, ese algo de silencio y de misterio que hasta para hacer más llevadera la vida, al menos a una mujer como ella, que lo único suyo que había tenido en la vida para ocultar debajo de la almohada era la lectura de alguna novela. Así pensaba, o sentía, Elvira, mientras seguía de nuevo a diez pasos de distancia a la desconocida que, barruntándose algo por instinto, se volvió con la misma resolución con la que se había parado delante del escaparate y echó una mirada a su alrededor. La otra se ocultó entre la muchedumbre y la vio desaparecer. La vio caminar por el centro de la ciudad, entre los hombres y las otras rivales, con andares más lentos, con el ritmo consciente y pictórico de las mujeres que gustan.

Una mujer de amores: así le pareció la hermana de aquel que ya era el hombre de su amor. Y se sintió turbada por ello. Ahora estaba

sólo a cinco minutos del hotel de Speri y, como si huyera, dobló la esquina para dirigirse al suyo.

Se fue a la cama temblando de frío y de soledad. ¿Dónde estaba Dudo, que le solía hablar apresuradamente de cualquier cosa, ni más ni menos que como lo habría hecho con un colega o con uno de los jóvenes del despacho? Tanto era así que ella solía decirle: «Ducio, me causas dolor de cabeza».

Era otra de sus noches en vela, como las que sufría al incorporarse al colegio, como las de la boda; y también en ésta, como en todas las demás, en su ánimo no había más que desorden y oscuridad. Apagar la luz, dormir, ¿y luego? Luego, al despertarse, llegó a creer por un momento que sólo había estado soñando, pero nada más levantarse corrió el teléfono:

—¡Speri! —le dijo con la voz de ayer—. ¿Hoy también? —le espetó todo el programa del día. No tenía tiempo. Esperaba estar menos ocupado mañana.

—¿También después del desayuno? ¿Ocupado? —y elevaba el tono. Sí, también después del desayuno. Tenía que quedarse trabajando en el hotel. Cosas improrrogables—. ¿Con tu hermana? —sin la hermana. Y estaba claro que al responder así había sonreído.

Entonces ella se puso tan guapa como pudo. Pero su belleza, si es que la tenía, ¿no era la de una niña inquieta? Y la despreciaba y la encontraba marchita. Luego, cuando llegó la hora, sin haber probado bocado, se dirigió hacia el otro hotel y constató que, tanto en el bien como en el mal, la inspiración o la «fatalidad» son la misma cosa. No le parecía estar caminando, sino que el empedrado, moviéndose bajo sus pies, la transportaba.

Sólo al llegar delante del portero se despertó. Era barbudo y adiposo, y su negro tórax emergía del mostrador. Ella pronunció el nombre del que buscaba.

—Avise a la número 47 —dijo éste a un *chasseur*—. Acompaña a la señora al salón.

—Soy su hermana —dijo Elvira con energía, sin volverse, y empezó a subir las escaleras.

En el descansillo encontró su propia imagen reflejada en un espejo oval ribeteado con coronitas Luis XVI. Y tuvo que hacer un esfuerzo para reconocer sus facciones desencajadas, sus labios lívidos, en los que ya no parecía quedar señal alguna de carmín.

«¡Fea!», se dijo a sí misma. Y le pasó delante de los ojos el recuerdo de la bella hermana. Y quiso volver atrás, pero tuvo miedo de la mirada y de las palabras del portero.

Entonces empezó a subir, afanosa, el segundo tramo, arrepentida ya antes del pecado, marchita ya antes de la recolección.

La buena esposa

En verano Stori habitaba en Vico Alto, sobre las Termas de Vico. Por la mañana bajaba al dispensario; por la tarde recibía arriba a los enfermos, que subían hasta allí en funicular. Guidi subió poco después del Ferragosto. A uno y a otro lado de la trinchera de la vía, los olivos se retorcían y le parecía imposible que no sufrieran.

Luego, cuando estuvo en la cima, la plaza vacía sofocante de sol, el corredor repentinamente fresco de la casa de Stori, la oscura antecámara. Las persianas estaban echadas, los toldos bajados, el latido del reloj de péndulo recorría la estancia en todas direcciones, como un paso que la fuera midiendo. Se acordó de haber subido un breve tramo de escaleras y hasta de haber contado los escalones, nueve, y sin embargo, tenía la impresión de haber bajado a una catacumba. El criado que le había abierto la puerta barnizada de negro de aquella «sala de espera», también él vestido de negro, había desaparecido como un fantasma y, mientras se le dilataban las pupilas en la sombra, la profundidad de su respiración le decía que allí dentro no había nadie más.

Empujado casi por una fuerza inerte, no se sintió aún capaz de pararse y se dirigió hacia el sillón más lejano. Entonces, allí sentada, con un sombrero de plumas, con un vientre enorme, con un rostro rojizo y flaco que en la penumbra parecía casi fosfórico, se le apareció una enferma y sintió miedo, como si lo estuviera esperando allí quién sabe desde cuándo y no le quitara los ojos de encima. Retrocedió y fue a sentarse al lado de una ventana; hojeó una revista de caza que estaba llena de imágenes de perros. Poco a

poco, los colores de las tricromías se le hicieron visibles, pero aún le duraba la sensación de tener los ojos agrandados y acechantes, con cercos oscuros, por el penoso esfuerzo de intentar distinguir entre la escasa luz un peligro oculto. Luego fijó la mirada sobre un óleo en el que se representaba una bestia cándida y ardiente, un gran animal con la cola rizada y el morro afilado, y miraba y miraba, como si de un momento a otro fuese a ver vibrar la lengua color peonía y palpitar los flancos retraídos. En eso le parecía que consistía la salud y casi deseaba convertirse en un animal de esa clase, ávido de su comida, ansioso por emprender la carrera, feliz de oír su propia voz. Y se adormeció, soñando con frescos prados bajo el claro de luna y aullidos de perros invisibles.

No oyó entrar ni salir del gabinete a la mujer enferma. Se despertó de golpe al oír la voz del criado invitándole a pasar: «¡Señor Guidi!», una voz que le pareció autoritaria y trémula a la vez, como la de alguien que lo estuviera invitando de mala gana a una tortura inevitable. Entonces apartó de sí fácilmente aquel bienestar momentáneo, aquella sensación, tan familiar a los enfermos que esperaban en la antecámara del médico, de estar ya curados, de haber venido para nada, y toda su infelicidad volvió a subírsele a la garganta.

Inseguro, con un sentimiento de vergüenza y de culpa, pasó al gabinete de consulta. Stori estaba frente a él, cansado y atento.

¿Pero por qué todo tenía que ser tan lúgubre en aquel lugar al que se iba en busca de salud? En el gabinete, naturalmente, había un poco más de luz, pero el cuero negro de las sillas y del diván que estaba situado en medio de la estancia, el marco negro de un cuadro insignificante, incluso la caja negra del reloj de mesa tenían, especialmente al contrastar con la blancura de la lencería, un realce luctuoso.

¡El mismo Stori, con aquella cara que parecía un montón de arcilla fría a medio esbozar, con aquel pelo estriado de canas imprecisas y aquellos ojos desiguales, uno más grande que el otro, y el más grande, prominente, esférico, semejante a un gélido y preciso

instrumento óptico! Tenía, en cambio, fama de bueno y se decía que en su vida privada no era muy feliz; se sabía que él mismo no andaba bien de salud y tal vez por eso estaba más capacitado para sentir simpatía por las enfermedades de los demás y para curarlos, o cuando menos, para compadecerlos.

Esbozó un signo de asentimiento al oír el nombre del médico de cabecera que Guidi pronunció para decirle quién le había aconsejado dirigirse a él, quién le había inducido a hacer aquel viaje. «Como si hiciera falta», pensó Guidi, exagerando la acogida distraída que se hacía a la recomendación, «decirle a Stori quién me ha dado su nombre, un nombre famoso en toda Italia y fuera de ella, y como si pudiera venderle a él la salud a buen precio para complacer a su médico de cabecera». Entonces se azoró y empezó el relato precipitadamente. Con voz velada y acento patético, llevándose los dedos al pelo, contó a borbotones los tormentos del hombre acabado, del joven de treinta años consumido por el ansia, podrido antes de haber madurado, del infeliz que camina «sobre el filo de la navaja» y siente vértigo a cada paso, las pesadillas, los negros despertares, las fobias instantáneas, la manía de huir, las flaquezas delirantes, las hemicranias agarradas a los nervios, las ideas fijas, el horror a la locura, la atracción del suicidio.

Pero cuanto más se exaltaba él, más impasible y tranquilo se mostraba el otro, con una atención habitual, sin curiosidad o esfuerzo. Se hubiera dicho que el médico de cabecera le había escrito desde Milán y lo había puesto al corriente de todo. Pero no, era evidente que Stori había oído aquella historia cien veces y que ahora sólo se preocupaba de adivinar por una frase la que vendría a continuación y de reajustar para sí mismo el desordenado relato en el marco del cuadro clínico, con su buena terminología y la concisa enumeración de los síntomas. Guidi sintió un escalofrío. Sin duda alguna, dentro de poco volvería a oír la conocida condena: agotamiento nervioso, sufrimientos verdaderos y enfermedad imaginaria; nada que hacer por lo tanto. La esperanza que lo había traído a Vico se derrumbaba y era su última esperanza, la de oírse

decir que la enfermedad estaba localizada aquí o allí, pero no en todas partes y en ningún sitio, inaferrable, fatal, girando alrededor de su vida como el aire y como el destino; aquí o allí, un tumor, un cuerpo extraño, algo que se había infectado y que podía estrujarse entre los dedos o extirparse con un bisturí, o algo que por lo menos le sirviera a uno para morirse. En cambio, nada, todo y nada, el destino.

El relato, sofocado por el silencio de Stori, fue languideciendo hasta apagarse. Entonces el médico hizo tumbarse al enfermo, le hizo desabrocharse, lo palpó, lo auscultó, le dio la vuelta, le oprimió y le aflojó el estómago, le hizo respirar fuerte y despacio, le hizo repetir el ridículo número de treinta y tres, le examinó los reflejos de la rótula y de las pupilas, le dio permiso para vestirse y para ponerse de nuevo en pie. Y llego el oráculo: había que tranquilizarse, tener confianza, no se trataba ni de cáncer ni de parálisis progresiva. Mientras Stori, alejándose unos pasos, se disponía a formular las habituales recetas, a prescribir polvitos y *cachéis*, Guidi, conteniendo la respiración, esperaba las odiosas palabras. Estas llegaron también y cayeron sobre él, tanto más irritantes cuanto más previsibles, como fustazos sobre una espalda ya encorvada: «agotamiento nervioso, nada más». Él vibró al oírlo y tembló sobre uno de sus talones, casi por el impulso de agarrar por la garganta a aquel hombre.

Ahora, entre el médico sentado ante el escritorio y él de pie, distante, empezó un diálogo hecho de preguntas y respuestas. ¿Vivía en Milán? En Milán, sí. ¿En qué parte de la ciudad? Tal vez en la parte más ruidosa y ajetreada. ¿Profesión? Agente de cambio. ¿Casado? Sí. ¿Desde hacía cuánto tiempo? Tres años y tres meses exactamente. ¿Hijos? No. ¿Qué vida hacía de noche? ¿Bailes, sociedad, teatro? Sí, por supuesto, acompañaba a su esposa. Hubo también preguntas íntimas. Guidi se mostró pudoroso. Habló poco y sólo habló mal de sí mismo.

Era necesario cambiar de vida, al menos durante algún tiempo, y cuanto antes mejor. Durante tres o cuatro meses era indispensable

seguir una dieta, disciplina, silencio, soledad. Ni mar ni alta montaña; la colina, cuatrocientos o quinientos metros, mucho mejor; la región de los lagos, mejor aún. Reposo, paseos paulatinamente alargados, aire libre.

—Doctor —dijo Guidi—, yo no puedo reposar. Mi situación económica peligra. Deme excitantes, estrictina, lo que le parezca, pero no me diga que me pare. No puedo. No puedo alejarme. Incluso dos días de viaje, este mismo viaje, es para mí un desastre. Yo soy como un alpinista en un punto de la escalada en el que no puede detenerse ni bajar. Hay que subir para encontrar el camino. Debo seguir subiendo por fuerza. Si me paro, estoy perdido.

—Usted no está perdido —respondió Stori—. Pero lo estará si continúa así. Tiene que pararse, debe bajar un poco si es necesario…

—Mi mujer… —intentó decir Guidi, y estaba a punto de continuar.

Pero el sonido de aquellas palabras sugirió al médico otro consejo. Marido y mujer, al menos por un tiempo, tenían que dormir en habitaciones separadas.

Guidi, jadeando como si estuviera debajo de una ducha, con la cabeza y una mano tendidas hacia delante, escuchaba.

Entonces Stori pronunció las palabras que decidieron el curso de aquella vida.

—Su buena esposa —así dijo— sabrá comprenderlo. Su buena esposa sabrá ayudarlo a curarse.

—¡Mi buena esposa! —prorrumpió Guidi. Y avanzó dos pasos.

El otro se llevó el brazo izquierdo a la altura de la cara, casi como para parar un golpe.

¡Su buena esposa!

Podía verla allí, en su imaginación, como si la tuviera delante: su mujer, delgada según los dictados de la moda, con su estrecho perfil aguileño, con su nariz semejante a una espada corta, con sus ojos tenebrosos y acechantes, con su lisa melena oscura como la noche,

con su voz, acre o ronca, sin término medio. La sentaba sobre sus rodillas, sentía sus costillas bajo la tela de la *toilette* y de la seda de la camisa pegada a la carne y la sentía palpitar como una ñera hambrienta. El perfume se desleía entre un tufillo de crines. Si la besaba, no había rasgo en su cara que no se descompusiera; tenía la sensación de que los labios se le volvían gruesos como los de una mulata y el maquillaje, oscurecido, casi llegaba a desprenderse de sus mejillas como una capa de barniz demasiado caliente. Estaban juntos desde hacía poco más de tres años y tal vez no hubiera pasado una semana siquiera sin que ella le hubiera dicho: «¡Tú a lo tuyo y yo a lo mío! ¡Cada uno por su lado!», y sin que le hubiera dado con la puerta en las narices. Una de cada tres veces, cuando regresaba de una fiesta, tempestuosa y hecha una víbora, lo tenía castigado al menos durante cuarenta horas, bien porque una amiga suya iba mejor vestida que ella o porque ella había encontrado algo en su manera de bailar los bailes modernos que no le gustaba. ¡Su manera de bailar los bailes modernos! ¿De qué otra manera pueden bailarse los bailes modernos?

—¡Mi buena esposa! —dijo, ya muy cerca del escritorio, después de un brusco segundo salto—. ¿Por qué dice eso? ¡Como si la conociera! ¡Ah, si la conociera! ¡Su buena esposa! Eso se lo dirá usted a todos los clientes casados. Habla como una quiromante, como una adivina de feria. Sólo le falta a usted la bola de cristal. ¿Qué sabe usted de mi mujer? ¡Una perra! Usted sabe de ella lo mismo que de mi bazo y de mis asaduras. Mi mujer es el diablo. Usted es un charlatán.

—¡Está usted loco! —dijo Stori, tembloroso, después de ponerse en pie.

Guidi sólo veía su ojo redondo, prominente como el de un Cíclope.

—¡Ah, ah, ah! —dijo riendo—. ¡Con que estoy loco! ¿Ahora se da usted cuenta? ¡Por fin el célebre taumaturgo ha entendido algo! —apoderándose de las recetas hizo con ellas un par de pelotitas—. ¿Cuánto se le debe por el diagnóstico?

—Nada —respondió Stori mientras tocaba la campanilla para pedir ayuda. Pero él:

—¡Nada! ¡Todo! —y desparramó encima del escritorio, por el suelo, por todas partes, todo el dinero que llevaba encima. Luego, mientras entraba el criado, recogió del suelo tres billetes de cien y, mientras se los metía en el bolsillo, dijo:

—Éstos me los quedo. Me vienen bien para el viaje.

Y así, salió como el viento, dejándose olvidado el sombrero. En el funicular la gente se echaba a un lado.

Corrió hasta la estación como si lo persiguieran. En la ventanilla de los billetes llamó con los nudillos y preguntó:

—Mombello. Primera clase.

—¿Lavello-Mombello? —preguntó el empleado mientras hojeaba el horario.

—¡Mombello-Manicomio! —chilló él.

Entonces algunos empezaron a agruparse alrededor, luego muchos, y se convencieron de que tenía razón. Se lo llevaron dos carabineros y, luego, tras las formalidades de rigor, fue metido en el tren con escolta. Stori había informado del caso y devuelto el dinero. Se expidió un telegrama para advertir, cautelosamente, a su esposa.

Ahora, mientras viajaba, entre la palidez nocturna de los olivos, Guidi se sentía realmente en reposo, feliz. No había tenido ocasión de discutir con el empleado de la ventanilla; ahora ni siquiera tenía que molestarse en enseñar el billete al revisor.

El aceite

Cuando vivía su mujer, Calumi tenía una casa de campo en mitad de la ladera de una colina. Quien lo conozca y recuerde a su señora puede llegar a imaginarse la villa aunque nunca la haya visto: pocas habitaciones, pero grandes, suelos lustrosos, mirador con columnas, anchas y bien ajustadas gárgolas sobre la decorosa fachada. Una vieja casa pueblerina que habían encontrado lista para ser habitada y que habían arreglado por cuatro perras, pero que parecía hecha a su medida.

Ella, sobre todo, era tal cual: limpia, un poco fría, con una lisa frente de virgen de Umbría sobre la que en otro tiempo llevara con gusto los grandes sombreros de pluma de avestruz o de paja de Florencia. Él, entre los treinta y los cuarenta, sufría accesos de juventud insatisfecha, arrebatos de entusiasmo o de indignación, una corta ráfaga de palabras momentáneas como el granizo que resonaban por toda la casa, mientras ella, la mujer, escuchaba; luego volvía el silencio.

Y rodeados del más absoluto silencio vivían durante muchos meses del año, y no pedían nada más, desde que Calumi, casi sin darse cuenta, mudó de carácter y empezó a tomar por bueno todo lo que le parecía bueno a su mujer, empezando por la soledad. De bueno, su residencia tenía, aparte del dormitorio con la fachada siempre soleada, los frutales, el copioso huerto, la fuente con ninfas, el bosque de arces y robles entre los que trepidaban las aguas manantiales. Todo era bueno, por tanto, salvo el recodo demasiado estrecho que la propiedad en pendiente hacía en la parte derecha de

la casa. La verja se veía desde el mirador, donde comían cuando hacía buen tiempo, y entre barrote y barrote, entre macizo y macizo de glicinas, se veía el sendero en pendiente que conducía desde el camino de ruedas hasta las diez casas de Matusia, en la cima de la colina. No es que los viandantes fueran muchos o que se tratara de gente indiscreta, pero molestaba pensar que dependiera de ellos el acelerar el paso, como de hecho hacían, o al pararse a fisgonear si les venía en gana, o incluso sentarse allí en medio.

Dos veces al día, a horas fijas, pasaba el tío Gervasio. Pero la verdad es que de él no había nada que temer. Bajaba de la casucha que tenía en el risco, detrás de cuatro hileras de vides americanas, junto a dos higueras, y volvía a subir a su casucha. Antes que sus pasos, se oía el golpear circunspecto del bastón sobre las piedras; luego aparecía él, bastante alto, pero no tanto como el bastón, que sostenía como si fuera un báculo. Sobre todo al bajar, parecía un pobre santo que llevaran en procesión, aunque nunca se veía a nadie a su lado. Miraba, si es que lo hacía, fijamente al frente, sin volverse a ningún lado; medía lentamente cada uno de sus movimientos prestando buena atención al sonido del bastón como si fuera la voz de un guía; su respiración grave le hacía mantener la boca entreabierta entre los escasos pelos de la blanca barbaza, pero no se le oía jadear.

Cuando la mujer de Calumi lo veía casualmente venir a lo lejos, acudía hasta la reja más solícita que de costumbre y lo saludaba diligentemente:

—Tío Gervasio, ¿cómo está?

El viejo necesitaba un poquito de tiempo, no mucho más que un abrir y cerrar de ojos, para salir de aquella especie de sopor y convencerse de que en el mundo, a sólo dos pasos de allí, había de verdad alguien que se ocupaba de él. Entonces se sentía complacido, se volvía, benévolo pero sin sonreír, hacia la mujer y, apoyando la hinchada y amarillenta mano sobre el báculo, disfrutaba de poder pararse un momento sin darse por vencido.

—Estoy bien, señora. Estoy bien. Como, digiero, duermo: todo bien. Lo único son las piernas, que no me quieren llevar.

—¿Y qué se le va a hacer? Ochenta años… Aun así no se le ve a usted nada mal; lo encuentro mejor que el año pasado.

—Ochenta y uno, señora mía —corregía con apacible orgullo y señalaba la cifra con los dedos—. Ochenta y uno para la Inmaculada.

Luego reemprendía el camino. El vientre algo abultado le hacía de contrapeso y le mantenía la espalda derecha. El golpear del bastón contra las piedras moría en la curva.

Las acacias tenían todavía verdor, pero los arces perdían las hojas. Sólo faltaba un mes para la Inmaculada; dentro de poco la nieve inmaculada caería sobre los montes.

Calumi llevaba años en Matusia y aún no sabía nada de la vida del tío Gervasio. Se la contó casualmente su mujer una noche de otoño, poco después de que pasara el tío Gervasio. Hasta entonces había sabido que era tío de campesinos ricos, a los que él había comprado la casa y la tierra y que seguían teniendo la próspera heredad a la izquierda de la suya. El tío era también propietario de un pedacito de tierra, pero las rodillas le flojeaban —esto sí lo sabía Calumi— y los brazos ya no estaban para zapas; tanto era así que el espacio que había delante de los señores, ése que se veía a través de la verja, había terminado dejándolo para prado y el poco trébol que daba salpicaba de rojo violáceo, por aquí y por allí, las sobradas malas hierbas. Él también lo había saludado en alguna ocasión y había podido oír la misma respuesta: «Como, digiero: todo bien. Lo único son las piernas, que no me quieren llevar».

Ahora supo que el tío Gervasio no vivía ciertamente de las cuatro hileras de vides, de las dos higueras, de aquel huertecito no más ancho que un pañuelo, sino de una pequeña renta vitalicia. ¡Vivía! Antes de la guerra, tres liras al día eran sus buenas tres liras de oro, pero ahora eran de papel o de metal-fantasía. Estaba solo todo el día; él mismo se limpiaba el dormitorio y la cocina, los dos únicos aposentos que tenía su casucha; sé hacía la cama; le quitaba el polvo al Crucifijo. Y en esto pasaba la mañana. Luego se ponía a

prepararse la comida: una sopita de menestra que dejaba enfriar y que dividía en dos raciones, para comer y para la cena, un tazoncito de achicoria cruda o de fríjoles, o de alubias secas, según la estación, y algunas veces, cuando hacía fiesta, se cocía unos espaguetis. Entonces, al oír el barboteo de la olla (él mismo lo decía), se sentía confortado.

Todas estas cosas le contaba su mujer a Calumi.

—¡Imagínate! Él mismo va a coger agua al río con un jarro. Le ha puesto un asa. Si se rompe el asa… Se ha caído más de una vez, con las manos en el agua y la cara hacia adelante. Herirse de verdad, no se ha herido nunca. Se levanta poco a poco, sin quejarse; nadie lo oye… Es goloso, dentro de lo que puede permitirse… Antes, cuando las liras valían algo, lo que más le gustaba era el buen aceite. Ahora no le llega. Se aliña la ensalada con aceite de linaza, pero en la salsa de tomate, cuando se hace macarrones, no lo quiere. Entonces exprime los tomates, calienta un poco la salsa y así, según le sale, se la echa.

Calumi había dejado de comer y tenía los ojos fuera de las órbitas. Era uno de sus momentos de desahogo.

—¡Qué pena! ¡Qué pena! —exclamó—. ¿Y los sobrinos?… ¡Ah, ya! —comentó sin esperar respuesta—. ¡Sobrinos! ¡Campesinos! ¡Propietarios! Y además, ¿qué es hoy en día la familia? Mujer e hijos. Ya no queda sitio para los demás.

Bajo la lámpara, sobre el mantel, la aceitera rebosante del aceite que se hacían traer de Lucchesia brillaba con un resplandor suave y apagado.

—¡Mándale una botella de nuestro aceite! —dijo Calumi con ardor—. ¡Sin falta! ¡Mañana por la mañana!

—Sí —respondió la mujer. Y él, después de pensarlo un momento, añadió:

—¿No se le podría comprar la tierra, dejándole que siguiera usando la casucha? Le daríamos dinero; sería una buena acción. Y él saldría ganando. ¿Qué te parece?

—¿Crees que valdría la pena?

De hecho no valía la pena. Y ella siempre tenía razón. Aunque pagaran un buen precio, la gente podía empezar a decir que se habían aprovechado de un viejo enfermo; eso es lo que dirían con toda seguridad. Y los sobrinos, que hacían de jardineros en la propiedad de Calumi y custodiaban la casa cerrada en invierno, los sobrinos que esperaban la herencia del tío, se hubieran convertido en sus enemigos; la paz de Matusia se convertiría en una guerra sorda. No valía la pena.

—De hecho —concluyó él— hay que andarse con cuidado; cuando se esperan ventajas de una buena acción, quiere decir que en realidad no es buena.

Así que nada se hizo al respecto, salvo el regalo del aceite que, a la mañana siguiente —no una botella, sino una buena garrafa— subió, llevada por el cocinero, hasta el habitáculo del viejo. Al caer de la tarde éste se detuvo frente a la reja y dijo:

—¡Aceite santo! ¡Aceite santo!

—¡Qué cosas dice usted, tío Gervasio! ¡Qué cosas dice! —le reprendió, afectuosa, la señora. Y él:

—¡Dios los bendiga! —y continuó su camino.

Pero algunos días después volvió a pasar con un cestito de higos morados y se los ofreció.

—¡Los últimos! —dijo—. Los últimos del año.

Luego los Calumi partieron hacia la ciudad, como hacían todos los inviernos, y regresaron en abril. Cuando él volvió a ver al tío Gervasio preguntó a su mujer:

—¿Has empezado a mandarle el aceite?

—No creí que te refirieras a mandárselo siempre. Creía que habías dicho sólo una vez.

Pero él se lo confirmó. Y desde entonces, los sábados, la garrafa de aceite subía hasta la casucha, y así continuó haciéndose, y para el invierno le dejaron tres frascos.

—Ponen el aceite en la lámpara —decía el viejo— y la lámpara no se quiere apagar.

—Ochenta y cinco —dijo un día al saludarlos mientras partían y haciendo, como de costumbre, la señal de las dos cifras con los dedos—. ¡Ochenta y cinco para la Inmaculada!

El tío Gervasio murió al comienzo de la primavera. Y había hecho testamento. Dejaba como único heredero «al caballero benefactor Andrea Calumi», que de hecho no era caballero, pero esto no bastaba para impugnar el testamento.

—Lo siento —dijo la mujer cuando lo supo—. Hemos ido demasiado lejos.

Pero él quiso aceptar y esta vez se impuso. ¿Demasiado lejos en qué? ¿Por treinta frascos de aceite, más o menos, cuando ellos no habían actuado con segunda intención y el viejo había obrado espontáneamente, sin dárselo nunca a entender? No podían comportarse como si tuvieran miedo y mala conciencia. Y por si fuera poco, los derechos de sucesión, al no haber parentesco, superaban el valor.

Y sucedió lo que en un primer momento habían previsto. Los campesinos se volvieron taciturnos y hostiles. Iban diciendo por ahí que usurpar de esa manera no estaba bien, que el tío Gervasio estaba chocho y decrépito, que el testamento valía menos que un guiñapo, que si por lo menos se hubiera aprovechado gente plebeya, pero aquellos eran señores y pudientes, y que se andaran con cuidado los forasteros en Marusia. Otras caras se volvieron sombrías. ¿Cómo fiarse ahora, sobre todo en invierno, de los jardineros y de los guardas? Enemigos y asalariados. Calumi, a solas, pensaba que tanto el bien como el mal son armas de doble filo y que nada es tan difícil como hacer el bien sin herir a quien lo recibe, a los demás, y al final, a uno mismo. Había que procurar no excederse nunca, vigilarse continuamente, mostrarse ahorrativos y cuidadosos con el corazón. Y él, tan correcto mientras paseaba y meditaba, se sorprendía rascándose la barba rubia y puntiaguda.

En otro tiempo habían pensado vagamente en cambiarse. Ahora se decidieron a vender en seguida. En realidad, la nueva adquisición, al eliminar aquel estrecho recodo y la servidumbre del sendero que

con el permiso del Ayuntamiento se podía trasladar un poco más allá, hizo subir considerablemente el precio, tanto, que el desembolso por la sucesión quedó compensado con creces.

Una mañana, tras firmarse el contrato, vinieron los compradores, marido y mujer. Estaban los cuatro en el mirador y con ellos uno de los campesinos que había venido para poner en claro ciertos asuntos sobre la manutención. De repente se vio salir humo del risco y, después del humo, fuego.

—¡El aceite! —gritó Calumi, y tras olfatear con nariz temblorosa la humareda—: ¡El aceite se ha convertido en petróleo!

Pero la mujer le apretó el brazo con fuerza y le hizo callar. Eran unas cuantas vigas y otros tantos ladrillos. Ni siquiera valía la pena llamar a los bomberos, que estaban además a ocho kilómetros de allí.

—¡Mal augurio! —dijo el nuevo propietario mientras contemplaba la hoguera.

Pero su mujer, que era poética, añadió:

—¡Al contrario! La llama es hermosa. ¡Una choza! Para hacer el invernadero había que reedificar. Así se queda el campo libre.

—Tanto más —añadió el otro— cuanto que estaba asegurada.

—Eso no —dijo Calumi—; la casucha no. No habéis llegado a tiempo. Deduciremos su valor.

Los dos hombres entraron inmediatamente para discutirlo. El nuevo propietario, que no era poético, valoró la choza en diez mil liras, y no encontró resistencia. Salieron de nuevo al mirador.

Crepitación y derrumbamiento. Llamas más altas sobre el risco.

—¡Aceite y petróleo! —repitió Calumi, a pesar de la mirada de su mujer.

Al campesino no se le había escapado el gesto y las miradas de la señora; sabía bien que no querían empantanarse en denuncias y procesos. Torvo, frío, con una voz ronca que apenas dejó oír las primeras palabras, se atrevió a decir:

—Los que han puesto el petróleo son unos pillastres. Pero ya se sabe que lo bien ganado se lo lleva el diablo y lo malo…

¡El diablo! ¿Es que había algo que no acabara cayendo entre sus manos?

Así pensaba Calumi, mientras las lenguazas de fuego le hacían muecas de burla.

El viudo

Los Calumi, una vez vendida la villa que tenían en los Alpes Anteriores, emigraron al mar, en busca de más sol. Pero aquel trasplantarse, al igual que sucede con esas plantas que no tienen ganas de volver a arraigar, no dio resultado. También en el mar los acompañaba, tenue, el sentimiento de vivir inútilmente, salvo que la finalidad de la vida no fuera contemplar la vida y amarse en soledad. El mundo de hoy en día, sin embargo (lo oímos decir a cada momento), no está hecho para los contemplativos, y también aquel amarse sin mudanza, siempre igual como el respiro, se parecía a la calma y a la bonanza de nuestro mar, que pueden durar meses y meses y a veces hacen desear la borrasca.

Ella fue la primera en mudar de carácter. Se volvió nerviosa. Llegó hasta a hablar de todo aquello sobre lo que, siempre y de mutuo acuerdo, habían guardado un riguroso silencio, hasta tocar el espinoso tema que durante tantos años habían evitado, temiendo que estallase un reproche, y en sucesivas ocasiones habló de la desgracia de no haber tenido hijos. A intervalos, especialmente durante los días más hermosos del bello verano, su tristeza encontró desahogo. Dijo que había que hacer grandes viajes, poner casa definitivamente en la ciudad, adoptar una niña, todo al mismo tiempo; en resumidas cuentas, darse, darse a la vida, salir de sí mismos y marcharse de allí. Pero cuando se ha perdido la estabilidad en la vida, la primera vez que se ha de atravesar un poco de vacío produce vértigo.

Así, con la primera enfermedad, la señora Calumi se fue, para siempre. Fue algo increíble, vertiginoso, un tañido en el silencio, un trueno enorme que no se sabe desde qué parte del cielo puede venir. Desde la primera fiebre al estado crítico, tres días, y otros tres días hasta el final. Luego, un continuo golpear de puertas y contraventanas, pasos por la escalera y pisadas de caballos engualdrapados delante de la cancela; y nada más. Él, cuando se la llevaron, alargó la mano en la habitación vacía y dijo: «¡Está bien!». Eso dijo, con la voz contenida y vibrante de quien acusa el golpe y, más tarde o más temprano, promete devolverlo. ¿De quién quería vengarse Calumi? ¿De la suerte, a la que podía decirse que siempre habían tratado con guantes de seda y que ahora pagaba con mano de hierro? Marido y mujer solían decir: «Hay que tratar a la suerte señorialmente, con delicadeza, con prudencia; así ella pasa de largp y no se fija en nosotros». Y he aquí que, sin haber sido invitada, sin haber sido provocada, la suerte pasaba y arrancaba de cuajo.

Pero más increíble aún que la repentina catástrofe después de doce años completamente estables, con apenas algún pequeño contratiempo, alguna soterrada melancolía, más increíble aún que la muerte de Lia Calumi fue la última noche de su vida. Nunca había sido expansiva, nunca había amado los gestos dramáticos; sus sentimientos, arropados por el pudor, podían adivinársele tal vez por una sombra, por un resplandor que apareciera sobre aquella frente real, pero no buscaban palabras.

La última noche, en cambio, buscó con su mano la mano del marido y, como otra cualquiera, le dijo:

—Andrea…, Andrea…, yo te lo pido, yo te lo pido, júrame que nunca te casarás con otra.

Él se estremeció. No sabía que ella fuera consciente de que no había ninguna esperanza. Entonces estrechó convulsivamente su mano y, luchando contra el llano que quería prorrumpir, dijo con voz fuerte:

—¡Lia! ¡Lia! ¿Por qué dices eso? Te curarás.

—No me curaré —insistió ella solemnemente—. Júramelo.

Pero en aquel momento, tras el golpear de una uña contra la puerta, entró su monja enfermera y la mirada de la enferma fue fatigosamente del uno a la otra. Él no pudo soportarlo; huyó a su habitación para llorar, con las sienes entre las manos. Tal vez el absurdo pensamiento de la moribunda, que él pudiera volver a casarse, ni siquiera llegara a pasársele por la cabeza. Sólo pensó que su compañera lo dejaba.

Se rehízo y volvió a su lado. La monja lo miró. La respiración de Lia llenaba el dormitorio. Bajo los párpados ya no se veía más que un poco de blanco del ojo, desequilibrado, acuoso. No recuperó el conocimiento y por la noche murió.

De modo que no consiguió la promesa del marido. El no supo hablar hasta que, más tarde, cuando ya la habitación se había quedado vacía, dijo aquellas dos palabras: «¡Está bien!».

Acostumbrado a la soledad, ni siquiera al establecerse en la ciudad consiguió evitarla. En la ciudad, sí, en Roma, donde quiso transferirse ante el temor de que los recuerdos se convirtieran en fantasmas; pero fue a buscarse una casa toda para él en un remoto travesaño de Via Nomentana: un hexaedro blanco en medio de cuatro negras cúpulas de pinos. Hasta allí abajo, de la vida ciudadana no despuntaba cabalmente más que un recuerdo, un fantasma; el revoque era demasiado blanco y bajo el sol se volvía de un azul deslumbrante; los pinos, demasiado oscuros, de isla de los muertos. Por la noche el repiqueteo del tranvía, desde la calle que no distaba más de quinientos metros, llegaba como desde una fábula y los reflejos de los faroles, atenuados por los árboles, desperdigados entre la confusa claridad del suburbio, se parecían a la luminaria soñolienta de una feria cuando ya no hay gente. Hasta las campanas sonaban a mediodía, como si uno las escuchara al navegar.

En Roma tenía parientes, suyos y de su mujer, casas amigas, de otros tiempos. Empezó a frecuentarlas. Vestido de oscuro, y con un

no sé qué en el aspecto y en el porte que lo hacía tan «viudo», que hasta sin saberlo se habría adivinado; no aireaba su desolación y tampoco desentonaba entre el acompañamiento. Era joven todavía y más joven todavía de figura, con una buena dentadura y un único diente postizo que le doraba un poco la sonrisa. Pero la rubia barba en punta, la chaqueta abrochada a la cintura, aquel comportamiento intachable, aquella misma jovialidad, rara, repentina, inmediatamente atemperada, le daban el aire de un joven antiguo que desde un marco hubiera descendido entre los vivos. Al entrar o al salir de un salón, se hacía un silencio; las señoritas, agrupadas en un rincón, se quedaban mirándolo distraídas, como si le contaran los años y el peculio.

La tía de su mujer, que tenía una buena hija casadera, lo cogió un día de una mano y le dijo:

—¡Un poco triste! ¡Un poco solo!… Cuando se ha sido amado… Pero eres joven, Andrea. ¡Aunque tú lo quisieras, la vida no podría haberse acabado para ti!

Él retiró la mano hábilmente y poco después se despidió.

Guardaba para sí un remordimiento. Precavido, evitaba examinarlo, pero sabía que en el momento justo lo encontraría intacto, acrecentando. Era evidente que, si había negado a su mujer el juramento, no había sido por crueldad; la conmoción demasiado fuerte le había extraviado el pensamiento; no había querido confirmar a su mujer la certeza de la muerte y también había surgido un contratiempo, grotesco, cuando el tiempo era ya irreparable; al volver junto a ella le habría prometido cualquier cosa y no había previsto que la encontraría ya agonizante. ¿Pero por qué no susurrarle al oído aquellas palabras, aunque sólo hubiera sido en el último momento? En cambio, se había quedado mudo, destrozado por la angustia, ciegamente convencido de que ella ya no estaba consciente. Y puede que hubiera muerto sufriendo mil veces más de lo necesario, condenada por los celos, ella que siempre había mostrado desprecio ante aquella pasión sórdida y mezquina. Entonces, adentrándose por un terreno un tanto peligroso, lo

asaltaba la duda de si por casualidad no había habido en él, sin él mismo saberlo, un tanto de egoísmo, una aversión, quién sabe, frente a los compromisos fatales, o una reacción instintiva, supongamos también, provocada por aquella costumbre elegante y vacía de no «desafiar a la suerte». Si tales pensamientos le sobrevenían en la cama, a altas horas de la noche, mientras se esforzaba vanamente en concentrar su atención sobre la página de un libro, apagaba la lámpara y apretando los puños, como un niño asustado, pedía clemencia al sueño.

Sí, pero la casa era desordenada y gris, dispendiosa y totalmente desprovista de la fría nitidez del lujo. Guardarropas, criado, cocinero y, en cambio, todo era sordidez. Cuando se está acostumbrado desde joven a la compañía de una mujer, ésta termina siendo indispensable, aunque no se la bese. Basta con su voz sonora que sirve de contrapunto al timbre grave del hombre, el frufrú de los vestidos, el olor fresco que entra, si se abre una puerta, como si se abriera una ventana, las mil cosas inútiles y brillantes con las que ella ciñe la monotonía de los días como un ribete de oro fútil embellece la nube al atardecer. Es un tintineo de palabras, un aire que se respira, una luz más frágil y delicada, como la que se filtra a través de un encaje.

De modo que, para mandar a la servidumbre, para reducir los gastos o para sacarles al menos el máximo provecho y no quedar mal si se invitaba a un amigo, para comprar un servicio no tan execrable cuando el viejo se descascarillaba, y para que variaran aquellas comidas de hotel, por estos y otros análogos motivos, pero también para quitarle a la casa aquel olor de vagón de segunda clase recién estrenado que tienen las casas de los solteros si son bien mantenidas, entró como gobernanta en casa Calumi la intachable y graciosa francesa de veinticinco años Mlle. Eugénie Leroux.

Pero un día que ella estaba sentada frente a él, con la dulce pierna ahusada por la faldilla corta, comentándole dulcemente la Odette de Proust, Calumi dejó de repente de sentir las palabras y

sintió en su lugar una venda de fuego que le oprimía la mitad del cráneo, desde las sienes hasta la nuca. Se incorporó y la abrazó por la cintura:

—¿*Monsieur*? —dijo ella, con benigno reproche—. *¿Monsieur? ¿Qu'est-ce que vous…?*

Él retrocedió sobre la silla. Ahora oía el tic-tac del reloj dentro del bolsillo.

—¡Oh! —añadió la señorita—. *Vous m'avez fait peur*.

¿Pero qué era aquel temblor en las mejillas que dibujaba las futuras arrugas?, ¿y la luz, por qué golpeaba sobre el suave vello, sobre el rubio *duvet*, irritándolo como una barba mal afeitada? Hasta hacía un momento le había parecido bonita.

¿Y ahora? ¿No le estaba haciendo guiños, con un ojo semicerrado como si tuviera en él un granito de legaña?

—*Mon ami!* —dijo ella, y alargaba su manita hacia la suya.

Él se levantó.

—*Veuillez me pardonner… J'ai eu tort*.

Y desapareció en la otra habitación.

Luego los años pasaron veloces, cuesta abajo los primeros, ésos que de la juventud conservan todavía el ardor, pero es un ardor desenfrenado. El primer tramo se hace deprisa, casi con gusto, casi subiendo con las fuerzas acumuladas; se deja atrás la cima, sin volverse a mirarla; más abajo, se vuelve a moderar la marcha; otra rampa, más larga, más llana, comienza; y es la vejez.

Calumi no había cambiado por fuera. En el círculo, en el teatro, en las ocasiones mundanas, seguía siendo el mismo y las señoritas menos precoces no habían cesado de tenerlo en cuenta. Se sentía cambiado por dentro. Y lo extraño es que le parecía que los demás envejecían deprisa: la guardarropa, el camarero, la tía de su mujer. Luego, al darse cuenta de que eran espejos en los que se miraba a sí mismo, sonreía.

Mientras estaba con los otros se encontraba tranquilo. De noche, al volver tarde a casa, los recuerdos le salían al paso, en bandada, cada vez más agolpados. Al principio intentó apartarlos, luego no. Es más, se puso a pasar revista a los cajones, a los paquetes de cartas, a poner en orden y a catalogar las cartas de Lia, los mechones de pelo, las fotografías, las instantáneas. Algunas veces abría los frasquitos de esencia, los últimos que ella había destapado. Antes de irse a la cama abría de par en par el balcón para airear la habitación. Pero en aquella hora nada le gustaba. Si eran noches nubosas de otoño, le parecía ahogarse en la lluvia; si hacía sereno, el centelleo de las estrellas, sobre el luto de los pinos, le atravesaba el corazón.

Una noche, mientras cerraba, Lia se le apareció casi visible. Le dijo:

—¿Por qué me has dejado morir así?

—Sí —respondió él con un susurro—. Tendría que haberle jurado que no me casaría con ninguna.

¿Para qué había valido aquel recato suyo de toda la vida, la sobriedad de los pensamientos y de las palabras, el vigilante cuidado, no sabía bien si astuto o religioso, de no desafiar y de no comprometer a la suerte?

Una a una, fueron surgiendo de la penumbra todas aquellas con las que hubiera podido casarse: la prima de Lia, la hermana de su amigo Ghezzi, la viuda del general Fumó, Mlle. Eugénie Leroux… ¡Ja! ¡La viuda de Fumó! Ésta le daba risa.

Desfilaron frente a él todas juntas.

¡Una cualquiera!

Salió de nuevo al balcón.

—¡Tendría que haberle jurado que no me casaría con ninguna y luego haberme casado con cualquiera de ellas!

Se quedó estupefacto al oír el sonido de su voz, con el que había pronunciado aquellas palabras, suspendido en el aire.

Tenía en su mano —así lo hubiera dicho— las dos extremidades de aquella frase como los cabos de una rama seca que hubiese partido contra su propia rodilla: la rama seca de su vida.

Hussán-abá

Sólo él sabía lo que había sido mi amor por la mujer que llamaré Eleonora y el amor de Eleonora por mí: todo lo más alejado de la aventura y del capricho que pueda imaginarse, un auténtico fuego devorador en el que habíamos consumido nuestra juventud y del que años después continuábamos sin atrevernos a remover las cenizas por temor a ver la brasa, viva, roja, como nuestros corazones de entonces. Hay cosas en mi vida de las que no puedo sentirme orgulloso, pero de ésta no soy capaz de arrepentirme, no de los años que viví en un secreto delirio ni del día en que, concordes, casi de improviso, decidimos separarnos. Con las manos enlazadas, pero erguidos, y con los cuerpos tan distantes el uno del otro como nos era posible, nos dijimos adiós y, al quererlo así, sabíamos que nuestro amor no se deterioraría y permanecería, en el recuerdo, perfecto, como algo eterno. Pero no hubo despedidas románticas; de vez en cuando yo la visitaba y solos, o con un reducido número de personas, hablábamos de las cosas del día junto a su hermosa chimenea de mármol verde.

Este amor, verdaderamente único para mí y para ella, fue tan diferente de los habituales que nadie llegó a sospecharlo. Conseguimos vivir, para los demás, como invisibles dentro de la niebla. Ni ella, viuda joven y bella, pero con fama de fría o de virtuosa, ni yo, libre y soltero, pero poco inclinado a las compañías alegres, dábamos a la gente la impresión de estar hechos el uno para el otro, y la opinión común, sin ni siquiera consultarnos, nos dividió para siempre aun antes de habernos encontrado realmente.

De este modo pudimos vivir tres años, terriblemente felices, al reparo de la maledicencia, y sufrir luego, largamente, sin resultar ridículos.

Sólo él, Murari, lo sabía. Pero a Murari, especialmente a ciertas horas, especialmente en ciertas conversaciones cara a cara después de la medianoche, nadie se le hubiera podido resistir. En mi habitación, sentado frente a mí, con el rostro apenas tendido hacia adelante, él escuchaba y hablaba. Y sus ojos —unos ojos que no tenían igual—, sus ojos suaves, persuasivos, profundos, se dilataban como si quisieran abarcar el universo. Lo sabía todo acerca de todo el mundo. Rico pero no ambicioso, soltero pero no libertino, ponía todo su empeño (ahora que me doy cuenta) solamente en una especie de seducción de las almas, de persecución de los secretos más íntimos. Este conocimiento suyo de tantos misterios le daba un poder enigmático, un prestigio entre el nigromante y el inquisidor que crecía tanto más cuanto menos lo utilizaba. Cuando barruntaba un secreto, él, allí mismo, sacaba a relucir —éste era a menudo su método— una confidencia suya, si bien insignificante, pero dicha con voz oculta, melodiosa, vibrante; luego sus ojos hacían aquel juego encantador y el otro, sin oponer resistencia, mordía entonces el anzuelo, se entregaba por completo, desvelaba lo más íntimo de sí mismo; y Murari, agarrando el secreto, casi materialmente engulléndoselo (ahora que me doy cuenta), sufría una especie de sacudida, como si hubiera comido hasta saciarse. Cuando me vi obligado a revelarle mis relaciones con Eleonora, en un primer momento tuve la impresión de no haberle dicho nada en absoluto —o algo que él ya sabía desde el principio por obra y gracia del Espíritu Santo—; luego sentí miedo, pero él me cogió la mano con sus largos y delgados dedos que la apresaban por entero, y sin palabras, sólo con su mirada, me dijo: «¿Cómo puedes dudar de mí?». Si Eleonora fue para mí el amor, Murari fue la amistad. ¿Cómo pudo llegar a traicionarme un día?

Yo había ido precisamente a casa de mi amiga, hacia el atardecer de un día de febrero —habían pasado ya casi dos años desde el día

de la separación y parecía que fuera la vigilia—, y nada más entrar en la antecámara reconocí la pelliza de Murari. No había otros visitantes. Él estaba sentado junto a la chimenea de mármol verde, en la que ardía la leña, y frente a él Eleonora, sobre un alto sillón de cuero. La luz era débil y turbia. No sé por qué, los saludos fueron embarazosos. Luego sobrevino un largo silencio.

Entonces Murari comenzó un pérfido juego de miradas. Miraba primero a Eleonora y después a mí, y luego su mirada volvía hacia la mujer. La conversación transcurría con desgana, descolorida. En la penumbra, advertí que los dedos de Eleonora temblaban. Finalmente, ella dijo:

—¿Qué es lo que tiene, Murari, para mirar de esa forma?

—Hay tan poca luz aquí que parece que no nos reconocemos —respondió él y se rio alegremente—. Este febrero es de color de barro.

—Los dejo solos un momento —dijo Eleonora y se levantó.

—¿Molesto? —añadió Murari y volvió la cabeza hacia la mujer que desaparecía.

Permanecimos solos más de un momento. Yo no me atreví a decirle nada, no creía lo que veían mis ojos ni lo que oían mis oídos, y para conseguir explicarme lo que había hecho temía, o esperaba, que se hubiera vuelto loco. Él, con agudeza y elegancia, desapasionadamente, se puso a hablar de política, pero yo no lo escuchaba.

Eleonora volvió y traía en la mano un pañuelito de batista con puntillas. Primero giró dos interruptores, luego cerró uno de ellos y dio a la estancia una luz moderada y amarilla. Vino hacia nosotros para sentarse de nuevo a nuestro lado, pero parecía insegura, y daba la impresión de que apresuraba excesivamente el paso para sentirse más fuerte.

—Nuestro amigo —dijo Murari— no es de nuestra misma opinión.

—¿Ah no? —dijo ella, por decir algo.

Entonces Murari, con una precisión incluso sutilizada, explicó en qué consistía nuestra presunta disidencia. Entre tanto Eleonora sirvió

el té. Cuando estuvo frente a mí con la taza, tembló tan impulsivamente que se derramaron algunas gotas sobre el mantel.

—¡Oh señora! —exclamé—. Le ruego me disculpe.

—De nada, de nada —dijo ella con voz sorda.

Murari se había interrumpido y permaneció callado demasiado tiempo. Luego volvió a empezar a hablar de política, con orden y precisión; no había nada que no supiera y que no comprendiera. Yo captaba sólo a medias su pensamiento, pero no podía llevarle la contraria; sólo podía odiarlo. Cuando terminó, nadie hizo ningún comentario.

—¿Regresamos juntos? —me preguntó amigablemente, después de una pausa.

—No sé —dije yo.

Pero Eleonora observó:

—No vivís lejos uno del otro.

Nos levantamos los dos, Murari, primero y yo después. Ella nos acompañó hasta el umbral del salón. Nos dijo: «¡Hasta la vista! ¡Hasta la vista!», en dos tonos de voz, como si ésta se le rompiera y ya no pudiera contener el llanto.

Cuando estuvimos en la escalera, Murari se arrimó a mí y, con voz humana, profunda (sus negros ojos iluminaban la sombra), me preguntó:

—¿Pero qué tienes, querido? ¿Qué ha pasado?

Y casi llegó a ponerme la mano sobre el hombro.

—¿Qué es lo que te pasa?

—¿Que qué me pasa…? ¿Que qué me pasa…? —dije jadeando y con el hombro que estaba a punto de tocarme le di un empujón.

—¡Estás loco! —dijo él enderezándose y apenas acalorado—. ¡Está bien! Tendrás noticias mías.

Dos días después nos batimos. Él, sobre el terreno, avanzaba y retrocedía con un aire indulgente, con un hacer resignado y cansino, como si se sometiera a aquella ceremonia aburrida sólo para satisfacer el capricho de un amigo. Me miraba con indulgencia, con benevolencia paternal. Consintió en dejarse herir. Yo no le quise

estrechar la mano. Y ya no he vuelto a verlo. He vuelto a ver en algunas ocasiones, cada vez más raramente, a Eleonora, pero nunca he podido darle explicaciones; ella se ha cuidado de no encontrarse a solas conmigo. ¿Y qué es lo que hubiera podido explicarle? Ahora es como si estuviera al otro lado de un río, largo, nubloso; yo casi la distingo y ya no podré volver a encontrar el camino de su vida nunca más.

No consigo desligar en mi memoria el recuerdo de Murari y el de mi gran perdiguero, Hussán-abá, al que tuve conmigo durante una temporada de vacaciones y luego para siempre, tras un paréntesis de un año, hasta que murió.

Cuando lo tuve por primera vez, lo cogí casi vagabundo. Mis vecinos, caídos —como quien dice— en la miseria de un día para otro, obligados a mudarse con una celeridad trágica, no tenían tiempo para venderlo en buenas condiciones y lo hubieran ahogado o arrojado a la calle. Yo lo salvé en el último momento de la muerte o de los malos tratos del primer zopenco que se hubiese adueñado de él, adquiriéndolo por un par de billetes de mil.

Tenía un pelo como el de una oveja y el paladar brillante y ardiente de una fiera. Las orejas eran sumisas y colgantes, los ojos tiernos y modestos, casi diría devotos, más dulces de lo que pudieran imaginarse los de una esclava, de una oscuridad de terciopelo atravesada por destellos sulfúreos en los que me parecía intuir algo más que un albor de inteligencia humana, y una dulce desesperación, casi una llamada de socorro imposible. Pero, cuando abría la boca entre aquella barbaza de pordiosero, sobre las frescas encías se veían apuntar los largos dientes, agudos como puñales. La nariz, redonda, negra, se parecía a los negros agujeros del cañón de una carabina.

Ni siquiera llegué a saber como lo llamaban sus primeros dueños. Yo lo llamé Hussán-abá, con un sonido que imitaba vagamente el resuello de su respiración, afanosa y solícita, cuando acudía. Ladraba raras veces, se reprimía por su cuenta, interrumpiéndose al primer

estallido, como si su voz —estridente y ronca a la vez— amenazara con explotar.

Yo, si lo había dejado en casa, entraba llamándolo: —¡Hussán-abá!—; al correr, los flecos de su pelamen blanquinegro eran como abanicazos; su aliento impaciente se aproximaba como la respiración de un viento caliente que acabara de levantarse; sus ojos avanzaban como dos lámparas.

—¡Hussán-abá! —repetía sentándome. Él me ponía las dos patas sobre los hombros cubriéndome entero, casi abrazándome.

—¡Abá! —refunfuñaba para excitarlo. Él me ponía aquellas patas sobre la cabeza, abría la boca de par en par y soplaba sobre mi cara el vapor de su fuerza.

Una tarde, mientras me debatía con él bromeando, sin saber cómo, a sus patas les faltó apoyo entre mi pelo y resbalaron hacia abajo arañándome las sienes.

—¡Abá! —grité, no sé si para reprenderlo. Él me plantó las patas sobre el costado, me desgarró con los dientes la tela sobre el hombro, me desgarró la carne, me hizo sangre mientras gruñía. Yo casi lo estrangulé y lo repelí. Lo eché a la calle dándole patadas en el vientre; no quise verlo más. Ya era de noche. Al día siguiente partí para la ciudad.

Pero regresé a aquellos lugares, a aquella villa, un año después. Una tarde lluviosa volvía a casa, solo como siempre; sobre el barro, ya resbaladizo y alto, los pasos no sonaban. De repente, oí a mis espaldas pasos aún más silenciosos y veloces; me volví inquieto, pero apenas llegué a entrever una forma gris en el último centelleo de la luz grisácea; luego, una lana húmeda se restregó contra mis rodillas.

Recuerdo una luciérnaga que brillaba entre un seto. Volví a recoger a Hussán-abá. En la humedad de sus ojos melancólicos no pude leer cómo había vivido durante todo aquel año.

Aunque sea poco decoroso, confieso haber llorado cuando se me ha muerto.

Recuerdo aquella luciérnaga entre el seto, y recuerdo el olor de su pobre carne, su respiración jadeante, idéntica a la del día en que me mordió.

Yo no puedo creer que Hussán-abá, mi gran perdiguero, haya sido «feroz».

En un sombrío arrebato, en un acceso de fuerza, «tuvo» que herirme.

Y así, haga lo que haga por pensar de otro modo, así pienso de Murari, de mi Cario, de aquel que fue para mí la amistad. En un acceso de fuerza, en un exceso de inteligencia, él «tuvo» que hacerme sufrir, empujado por esa necesidad de vivir que, cuando se exalta, necesita casi volverse cruel.

He vivido para ser libre y puro. Y he llegado a persuadirme de que todo sentimiento es pasión y de que la razón no vale. Me separé de Eleonora para que el amor permaneciera puro y perfecto, y la he perdido para siempre.

He tenido otros amigos después de Cario Murari, más constantes y fieles. Pero ninguno de ellos se puede comparar con él.

Tal vez una tarde de otoño, en una esquina, tenga que volver a encontrármelo. Él, con la cabeza ligeramente reclinada, me mirará, dilatando esos ojos que no tienen igual. Yo lo agarraré del brazo.

Eureka

Que las cartas extraviadas de Argia no tuvieran ya demasiada importancia, él mismo, su hermano Pietro, lo sabía bien. Ya nadie podía despertarla en su camastro subterráneo, ya nadie podía obligarla a escuchar la lectura de aquellos documentos y a reconocer, con toda franqueza, que al matarse se había equivocado. Y la gente, la propia gente, incluso la más maligna, no pedía explicaciones, porque los muertos pasan deprisa y, cuando uno ha cometido una locura, todo el mundo está dispuesto a vanagloriarse de haber sabido siempre que siempre había estado loco.

Aun así, Pietro, cuatro noches después del suicidio de su hermana, se puso a buscar aquellas cartas extraviadas y ya no dejó de hacerlo. No quería renunciar antes de haberlas encontrado y estaba seguro de que lo conseguiría; y si la mujer, poniéndole una mano sobre el hombro, le decía:

—Déjalo. ¿Qué te importa?

—Las cartas no me importan —respondió él; lo sé muy bien; lo que me importa es encontrarlas, sólo eso. Una cabezonada.

Entonces ella retrocedía lentamente, pisando despacito para que no crujiera el parquet, y lo dejaba solo entre los montones de cartas que había sacado de los cajones y los archivadores abiertos de par en par, con todas las lámparas encendidas en la vacía noche estival. Y desde la puerta le decía: «Buenas noches, Pietro», con una voz que se percibía como si la oprimiera el corazón.

Tres eran las cartas que había que encontrar, las tres metidas en un sobre amarillo. ¡Y tan distintas en su aspecto!; la una, una cartulina de color marfil, casi elegante, la otra, una hojita extra-strong, azulada, y la tercera, la última, escrita a vuelapluma con subrayados y borrones en una hoja cuadriculada arrancada de un cuaderno. ¡Y tan parecidas en su contenido! Con una distancia de meses y de años, Argia había sentido en tres ocasiones la necesidad de confesarse y en cada una de ellas había escrito las mismas cosas, pero cada vez en un tono más vehemente, con una inspiración más enfática. «No creas», le escribía, «que no sé quién soy. Mi propia manía religiosa…, sólo eso, una manía, un veneno. Quizá toda la sangre enferma de nuestra familia ha ido a confluir en mis venas, en mí, desgraciada, que podía confiar en ser feliz mientras podía confiar en tenerte conmigo aun a costa de tu propia felicidad. Ahora tú te has casado y me toleráis en casa, pero yo no puedo amar a tu mujer, ella no tiene la culpa, pero somos demasiado distintas, y te ha querido para sí. No hay sitio para la hermana. Vosotros debéis vivir, yo debo morir, desaparecer, y vuestra conciencia debe estar tranquila. Cuando regreséis ya no me encontraréis y podréis olvidarme, porque yo soy la única culpable».

Sin embargo, regresaban de viaje y la encontraban en casa, delgada, taciturna, centelleante desde sus ojos negros, mascullando oraciones incluso entre un bocado y otro cuando estaban sentados a la mesa, acechando su amor, sus propias miradas, como si fueran pecados de perdición. ¡Un espectro!

Y la tercera carta, la que había escrito sobre el pedazo de papel cuadriculado, ella misma, como un espectro, se la llevó una noche de verano mientras él, de espaldas a la puerta, se encontraba trabajando en el escritorio. Oyó que la puerta se abría tras él, le pareció sentir entre un viento tibio el olor y el frufrú del vestido de su mujer y, sin volverse, dijo:

—¡Amor! —esperando que aquellos dedos le cerraran los ojos.

—No soy el amor —respondió Argia—. ¡Soy… yo!

Llevaba el oscuro cabello suelto, una nube triste. Después de dejarle la carta, salió corriendo. Había dicho «soy yo», como hubiera podido decir «soy la muerte». Y de la muerte hablaba la carta: «Siento que es el destino y que nada podrá salvarme, el destino que ya en otra ocasión ha querido una víctima en nuestra familia. Pero no sucederá en tu casa; tú y Rosa tenéis que ser felices; yo me iré a morir sola; te ruego que me dejes marchar».

Luego, durante todo el invierno, no había vuelto a hablar del asunto. En primavera empezó a decir que tenía necesidad de soledad, de meditación, de un retiro. Hablaba con calma, casi con unción, pero al final de la frase la voz se le volvía un poco chillona. Entonces Pietro le facilitó la separación, le buscó un apartamento, le organizó los asuntos de dinero para que pudiera independizarse. Ella no quiso que la cuñada la ayudara a hacer los baúles, pero la besó en el umbral. El hermano la acompañó a su nuevo domicilio, en un suburbio, frente a una llanura verde.

—¿Necesitas algo? —le preguntó.

—Nada —dijo ella.

—¿Te dejarás ver?

¡Dentro de algún tiempo! Quince días más tarde se mató. Dejó una nota que decía: «Mi hermano y mi cuñada no me han querido con ellos. Yo quiero que sean felices. Mi recuerdo no debe turbarlos. Pido a Dios que me perdone».

Era de suponer que una criatura de aquel género muriera acurrucada delante de un brasero de carbón. En lugar de eso, se había procurado una pistola de pequeño calibre y se había hecho un agujerito en la sien, redondo, preciso, un poco más grande que los de las cartas que se perforan para ser metidas en los archivadores.

Pietro había perforado las tres cartas-documento de aquel modo y las había colocado por orden alfabético en los archivadores que les correspondían por sus fechas. Pero en el último mes de convivencia

con Argia había pensado tener con ella una conversación, con el fin de demostrar con las cartas en la mano que la culpa era sólo de ella y que ella misma lo había reconocido por escrito. Por eso había sacado las tres cartas de los tres volúmenes y las había metido en un sobre amarillo, para tenerlas a mano. Luego no tuvo ocasión de hablar con ella. ¿De qué sirven las explicaciones? ¿Y dónde estaba el juez? El odio y la ira le causaban terror.

La cuarta noche después de la muerte de la hermana, abrió resueltamente el cajón del escritorio donde guardaba las cartas «pendientes» y no encontró el sobre. Entonces empezó a buscarlo «metódicamente», al principio empleando los ratos libres, luego noches enteras y por último encerrándose en casa y sin hacer otra cosa hasta que no diera con ellas.

Había empezado la búsqueda con un estado de ánimo propio de quien necesita encontrar una explicación o una prueba, como si hubiera un juez que le exigiera la prueba escrita de su inocencia, o como si el fantasma de Argia le pidiera cuenta y razón. Pero sobre este punto su mujer logró convencerlo y no tardó en advertirle lúcidamente que, aparte de su propia conciencia, no había nadie a quien debiera o pudiera mostrar las cartas extraviadas. En su conciencia, luego, ¿dónde acababa el sentimiento de culpabilidad y dónde empezaba la duda? ¿Había obedecido en toda la voluntad de su madre, que le había encomendado aquella pobre criatura? Durante bastantes años sí, pero casarse después de tantos años de vida fraternal, antes de apartar a la hermana de su lado, puede que hubiera sido algo imprudente. Y no podía decirse a sí mismo que había sufrido cuando Argia se había marchado, a pesar de que hasta con su mujer había disimulado un suspiro de liberación. Y la misma diligencia con la que había querido custodiar aquellos «documentos», ¿no había sido la preparación de una coartada?

No quería pensar en estas cosas. Y tampoco quería pensar en la locura que, oculta entre su familia durante dos generaciones, volvía ahora a reaparecer de improviso. Se mantenía alejado de esta zona

de su conciencia como de un pequeño y mortífero depósito de explosivos al que no conviniera acercar la luz de una cerilla.

Y así, habiéndose procurado una penumbra de conciencia, la búsqueda se había convertido en un fin en sí misma. Una cabezonada, una rabieta contra el desorden invencible de sus cartas y, por lo tanto, de su vida. Sin duda, él amaba de forma meticulosa, incluso pedantesca, el orden, pero era una pasión continuamente derrotada. Lo conseguía sólo en parte; luego, al acabar en déficit sus jornadas, venían los aludes de «cartas que había que revisar», los montones de correspondencia desparramados en cajones o en *trumeaux* inexplorados.

Pero no tiraba nada y aquel sobre que había colocado en lugar seguro, demasiado seguro, y luego olvidado tenía que aparecer. Y nadie había podido robarlo. Había cuatro muebles en el estudio y dos en el corredor. Los abría y los cerraba, rebuscaba entre los papeles desordenándolos y los volvía a colocar, al tiempo que apuntaba en una hoja los cajones ya registrados para no recorrer dos veces el mismo camino. Sentía un sordo bienestar, un cansancio saludable, como el de alguien que sube por un tortuoso sendero de montaña y no ve la cima, pero sabe que la cima está allí. Sólo una noche se sintió agitado y un sudor frío le empapó todo el cuerpo al pensar que aquella búsqueda testaruda era una apuesta contra el destino, contra la vida. Si encontraba aquellas cartas, significaba que había justicia, algún orden en el mundo; si no, no. Este peligroso pensamiento le pasó por la cabeza como un relámpago. Pero lo apagó y volvió a empezar con el mismo ahínco.

No quería ayuda de su mujer. «Lo embarullarías todo más de lo que está». Ella le decía: «No valen para nada, pero las encontrarás». «Sí, sí», respondía y le daba a entender que prefería quedarse solo.

Pero la imagen de niña de Argia lo acompañaba siempre. Y cada vez más precisa tenía ante sus ojos la visión de aquel sobre, un poco arrugado en su lado derecho y en la parte de arriba, apenas abultado en el centro, tan materialmente evidente, más y más a cada hora que pasaba, que aunque no hubiera existido su

imaginación lo hubiera podido crear materialmente. Supersticioso, no había abierto nunca un pequeño cofre taraceado que tenía sobre la repisa del escritorio. Sólo cuando todas las otras búsquedas hubieron resultado vanas metería su mano allí dentro y, a cierra ojos, sacaría el sobre.

Resultaron vanas. Acabó una noche de julio, poco antes del alba. Cerró el último mueble. Con el pelo alborotado y el rostro enrojecido, se dirigió hacia el cofre, justo con los ojos cerrados (¡que hasta veían las arrugas del sobre!), y metió la mano hasta el fondo. Estaba vacío.

Pero él sacó la mano, con el índice y el pulgar casi pegados, como si sujetaran en el aire los documentos, y con el otro puño golpeó de tal forma las paredes, que la mujer se despertó y acudió.

—¡Eureka! —le dijo, permaneciendo inmóvil, con los dedos colocados de aquel modo—. ¡Eureka! Lo he encontrado…

—Te dije que terminarías por encontrarlas. Y ahora nos iremos al campo a descansar… ¿Pero qué te pasa? ¿Dónde están las cartas?

—Aquí están. ¿No las ves? ¡Eureka!

La luz era deslumbrante.

El agitaba la mano, en la que sentía el peso de las cartas imaginarias, exultando por el hallazgo. La risa de la inteligencia fulminada se extendía sobre su cara.

Ella se tambaleó, lo llamó a gritos, se arrodilló para abrazarle las rodillas, retrocedió aterrada, se arrastró y se retorció por el suelo. Pero él seguía allí, en aquella postura, y su sonrisa era dichosa.

Heno escaso

Soy incapaz de disimular y no me gusta ser cruel; sin embargo, durante aquel setiembre, en San Godenzo, me sucedió lo siguiente.

Él, Filippi, nada más reconocerme, vino a mi encuentro dando brinquitos, como acostumbraba a hacer, y dejó a su esposa algunos pasos detrás de él.

—¡Pero hombre! ¡Tú por aquí! ¡Y en setiembre! ¡Menuda estación! ¡Vaya encuentro! ¡Menuda sorpresa! ¡Con el tiempo que hacía que no nos veíamos! ¡Años, por lo menos! ¡Tecla!

Pero Tecla, bajo un serbal silvestre engalanado con racimos escarlatas, apenas se movió. Entonces yo, mientras me disponía a hacer la reverencia de la presentación, aproveché para decir (pero en voz baja e indecisa) a mi amigo:

—La señorita…, ¿es tu hija?

Tu hija. Eso dije. Y fui yo el primero en sorprenderme por el sonido de mis palabras, el primero en enrojecer, antes de que él lo hiciera. ¡Como si quien los viera por primera vez pudiera pensarlo siquiera a no ser por la diferencia de edad, él, de un gris que recordaba el rubio, y ella morena tostada! ¡Como si yo, que conocía a Filippi desde la primera juventud, soltero y solo, y no lo había perdido de vista más que durante cinco o seis años, pudiera atribuirle una hija, precisamente de su primera juventud! Un chispazo de maldad me había pasado por el alma, habitualmente cortés, justo como «un rayo en el cielo sereno».

El otro no se quedó fulminado, pero vaciló. Aun así consiguió salir del paso airosamente y, recuperando la calma, reaccionó con la

desenvoltura que las convenciones requieren en estas circunstancias.

—¡Tecla! ¡Mi hija! ¿Has oído? ¡Bonita manera de llamarme viejo carcamal! Te presento a la señora… —con un ligero temblor de emoción lo agarró tiernamente de la mano y deletreó lleno de gozo su nombre y apellido—:… Tecla Filippi. ¡Pero no eres mi hija! —dijo, bromeando y apartándola de sí.

Ella se echó a reír, con una risa larga, entrecortada y borboteante que hacía pensar en su dulce garganta cerrada. ¡Qué hermosa era! ¡Más que hermosa —porque no todo en ella tenía el acabado de una escultura, y los labios, los lóbulos de las orejas, incluso las narices, tenían un algo de sobrada lozanía—, placentera!, si ésta palabra tan desgastada supiéramos pronunciarla con el gusto de aquel español que llamaba a su amante Placerdemivida. No había un solo ademán ni una sola luz en su cara que no fueran cálidos y vivaces. Luego, cuando había cesado de reír, permanecía reluciente durante un momento dentro de su atrevido perfume.

Él, en cambio, se ofuscó y se puso algo nervioso.

—¿No habías recibido la invitación? —me preguntó.

Yo mentí. ¡Cuando se ha tirado una vez por la mala senda…!

—De hecho no recibí tu contestación —comentó mi negativa con la cabeza—. ¡Pero qué extraño! ¿Cómo se te puede haber ocurrido? ¡Mi hija! —y volvió a reírse con desgana.

Caminamos juntos hasta el hotel, pero el hielo no se había roto del todo entre nosotros.

Durante los días que siguieron yo los veía alguna vez por la calle, delante de mí, y no podía alcanzarlos. Él, apenas advertía de reojo mi presencia, la cogía de la mano, salía de la calle y la conducía hacia los prados; y, como suele suceder en los prados de montaña, sobre todo bajo la luz de setiembre, a medida que se iban alejando parecían más grandes.

¡Amable Tecla! ¡Con su belleza de treinta y cinco años, pero intacta, así era ella, como el claro de aquel setiembre! Con su grato pasado de niña casi tardía, entre muñecas y libros ilustrados hasta los dieciocho años, y más tarde, de jovencita, triunfante en los bailes de disfraces, que se daba la vuelta para ver si era verdad que la estuvieron mirando de ese modo precisamente a ella.

A los dieciocho años, Filippi, que tenía más de treinta y ya era alguien, la pidió en matrimonio. La pidió, literalmente de sopetón, sin haber dicho una sola palabra ni a ella ni a los demás, presentándose sombrero en mano —que en aquellos tiempos era un hongo negro— al padre y a la madre, los cuales, para no decirle bruscamente que no, se tomaron un tiempo para reflexionar, pero, ni entonces ni mucho después, llegaron a mencionárselo a la hija. Luego le dijeron, convenientemente, que no, que Tecla era demasiado niña. Pero la verdad fue que él no era ni lo suficiente joven ni lo suficiente rico y tampoco parecía demasiado sano, con aquellas venitas de esmalte azul bajo la piel transparente.

Se la dieron a un joven rico. Al cabo de pocos años, que fueron para ella la escuela primaria del amor, se le murió. Durante su larga viudez aprendió, sin duda, mucho mejor. ¿Dos amantes? ¿Tres? Un número decente y por debajo de ése que —siempre según los más maliciosos— puede contarse con los dedos de una mano; no eran aventuras, sino venturas para ella y para ellos, simples, casi honestas, casi confesadas sin ostentación.

Y entonces, cuando tenía que haber empezado a declinar, Filippi regresó a su vida. Se le entreveía ya el color rosáceo, rosa-begonia, del cráneo bajo el pelo descolorido y algunas de sus venas azules se habían vuelto también de un rosa delicado de coral bajo la piel cada vez más diáfana, y no se entendía muy bien por qué no se cortaba, siguiendo la moda, aquellos bigotes suyos, recios y poblados, pero ya blanquecinos. Sus ojos eran los mismos de otro tiempo, inquietos

pero nunca atolondrados, tímidos y sin embargo tenaces. Ahora era mucho más que alguien y era rico.

Aguardaba acechante las ocasiones en que ella estuviera sola en casa para hacerse recibir. No se sentaba demasiado cerca, y hablaba largo y tendido de las muchas cosas que conocía bien, mirándola a los ojos sólo en contadas ocasiones. Resultaba curioso que entrara y se sentara siempre con el sombrero —que ahora era un fieltro beige — entre las manos enguantadas y que no lo dejara nunca en ningún sitio. Hasta que un día, mientras él conversaba más enfervorizadamente y estrujaba el ala del sombrero entre los dedos, Tecla le dijo:

—¿Pero, Filippi, por qué no deja nunca el sombrero?

—¿Me permite usted —preguntó él, con una voz que se volvió íntima y vibrante— colgarlo en la antecámara?

—¡Pero Filippi! —dijo ella y quería decir: «¿Es necesario pedirme de este modo una cosa semejante?».

Pero su solemnidad, viéndosela aún estampada en el rostro, le produjo demasiada hilaridad para que pudiera acabar. Y echándose a reír, dejó la frase a medias y continuó riéndose a estallido limpio, a lo loco, con escalas diatónicas y trinos sincopados. Y Dios sabe qué brillar de dientes y destellos de rosa orquídea en aquella garganta que se volcaba hacia atrás gorgojeante; hasta que Filippi —¡Filippi!— tuvo un acceso de ira, y agarrándola por los hombros con las dos manos enguantadas…, ¿qué es lo que hacía?, ¡la zarandeaba!, ¡la trituraba!

—¡Que me estrangula! —gritó Tecla, sin haber acabado todavía de reír—. ¡Socorro! ¡Que alguien acuda! ¡Está loco!

Apareció la servidumbre. Ella estaba ya tan roja, que ya no podía enrojecer más.

Así se prometieron.

Luego se casaron. Y para la luna de miel eligieron San Godenzo, aquel valle íntimo y apartado, aquel confortable hotelito que una cortina de árboles mantenía aislado de la calle. Él, con el corazón rebosante de felicidad, casi se había olvidado de que estaba algo

enfermo del corazón y paseaba por los alrededores; incluso se subía a alguna colina, con su paso retozón, que seguía siendo infantil; y la estación era ésa que todos aguardábamos desde hacía años y que él, desde su juventud, aguardaba para sí: un verano inmortal.

Trebo siega. El campesino propietario y tendero, el gran huesudo Trebo, ha cerrado con llave la tienda de «géneros mixtos», ya que casi no queda ningún veraneante, y ha venido a segar su prado por última vez. Lleva unos pantalones largos y un mandil azul; la mujer lo ha seguido, vestida de algodón claro con flores estampadas. Él siega, ella rastrilla y amontona. Trebo siega igual que si estuviera peinando el prado a la redonda; las marcas quedan a su paso, todas iguales, como las de una piedra que se arroja al agua para hacer ondas.

Filippi y su Tecla han subido al prado a mirar. Esta vez, también yo me animo y subo.

Estamos a finales de setiembre. Anoche, a primera hora, he visto desde mi ventana el polvo diamantino de las Pléyades, y hasta el cielo diurno tiene algo de la humedad y de la morbidez del cielo estrellado. Las rocas están blancas de serenidad y nada está lejos. Donde nosotros estamos, el sol ya se ha puesto, pero todavía tiñe el declive de enfrente y es como si no tuviera que desaparecer nunca; allí, aquel campo de centeno que ha quedado brilla luminoso como las vezas del jueves santo; allá, las últimas mieses, aún sin segar, tienen una luz fosforescente. No se oye nada, sólo el crujido de la hoz.

Las hierbas, apenas cortadas, palidecen. Enmarañadas de tonalidades exangües, yacen sobre el fuerte verde que queda: pálidas crestas de un mar intenso. Y exhalan el aire un incienso ante el cual, ya rebosante de felicidad, casi no puedo contenerme.

Filippi, con disimulo, se lleva la mano al corazón y, aunque está quieto, jadea.

—¡Heno escaso! —dice por decir algo, al sentirse observado por mí.

Increíbles a la vista son sobre todo los cólquicos, las merenderas; crecen solitarias y brotan de la tierra sin vestidura de hojas; flores desnudas, pero en ciertos claros numerosas: constelaciones violáceas en un cielo de otros mundos. Ora semejan rositas silvestres caídas así, ora son amatistas. Si se entornan los ojos, hay veces que parecen correr y correr sobre piececitos de Cenicientas. Cuando la hoz las alcanza, cae hacia adelante: once mil vírgenes asesinadas.

—*Nackte Jungfern* —dice Tecla—. ¿Quién sabe si los alemanes de este valle las llaman de ese modo? «Muchachas desnudas». ¡Qué extraño! ¿Por qué será?

Y se echa a reír, sin motivo alguno; pero nadie, aun sin conocerla, hubiera dicho que se ríe como una tonta. ¡Se ríe!

Yo, que me he acercado, puedo distinguir los tonos de su perfume: el de su cabello, el de su ropa blanca, y el que forma la mezcla de su aliento y de su carne. Los tres destacan intensamente entre el olor ya insostenible del heno recién cortado, tan diferente y tan parecido al del mosto.

No hay cruce de miradas entre Filippi y yo. La mujer está entre nosotros y hace latir de igual modo el corazón del uno y del otro.

La mujer de Trebo, con los dientes del rastrillo, separa de los montones de heno los cólquicos, que no les gustan a las vacas, y éstos, ya descoloridos y fláccidos, caen hacia atrás.

Ahora alzo los ojos hacia los ojos de Filippi y no me parecen los mismos de siempre. Los veo más grandes y quietos mientras miran la luz del sol, que huye de otero en otero, y parecen ávidos pero apacibles, como ojos que deben cerrarse.

Así lo vi, puedo decir, por última vez.

¿Verlo? ¡Más bien como si lo soñara!: allí, a lo lejos, sobre un prado sin sol, frente a nosotros se había quedado una mujer con una

larga falda que le llegaba hasta los pies, como las que llevan las campesinas de allí abajo, una mujer vestida de negro que segaba y que parecía demasiado grande.

«*Valencia*»

«Valencia», el más bello de los *fox-trots*.

Hablo de los que yo conozco, yo, que tanto amo el baile, sobre todo el moderno, y no sé, o no me atrevo a bailar, lo que viene a ser lo mismo, tal vez porque me lo tomo todo demasiado en serio y me parecería una gran responsabilidad, casi un compromiso sentimental, ese llevar de un lado a otro, giro va y giro viene, a una mujer, a una bella mujer desconocida, en medio de la gente que me estuviera mirando. Y hay que decir también que me tomo las cosas demasiado por lo sutil y, al escuchar una música de baile, sigo el ritmo en las inflexiones y en las síncopas, de modo que, si quisiera imitarlo con mis pasos, me arriesgaría a confundir el *tempo* por exceso de musicalidad y por prurito de no parecer un zafio. En otros tiempos, cuando se usaban todavía los vestidos de cola, hubiera tenido miedo de pisarla a cada paso.

No bailo y me gusta, sin que me dé envidia, mirar cómo lo hacen los demás, sobre todo si la *jazz-band* toca «Valencia». Apenas comienzan a sonar los primeros compases, los palillos de la percusión trituran la melodía, como una sustancia desmenuzare de la que se expandiera un olor ligeramente amargo, un algo de delicado y de barbárico al mismo tiempo. En el espacio libre del *hall*, entre la orquesta y las butacas de cuero, las parejas se aprietan ondulándose, con pasos tan cortos e insistentes —las mujeres sobre las puntas de los pies vibrantes sobre el pavimento como láminas de acero— que uno no miraría más que hacia abajo: hasta tal punto pierde atractivo el aspecto de las personas danzantes al enfrentarse

con ese juego desenfrenado y flexible; pierden atractivo incluso las cabezas de las mujeres —no todas ellas hermosas, por supuesto— apoyadas sin abandono ni comedimiento sobre los hombros de los varones, y las nucas, ya sin sombra alguna de lindos rizos, completamente desnudas, y las confidencias que se susurran desde los labios al oído, momentáneas, olvidadas al instante, y las sonrisas, repentinas y frías como los resplandores de un cristal que se abre contra un reflejo de sol, o fijas sobre las mejillas como una suave estupidez.

Me he pasado horas y horas de ocio, por la tarde y por la noche, frente a este espectáculo, durante mi última estancia de dos semanas en el Strand Palace. ¡Qué extrañeza, cuando la orquesta, de tarde en tarde, ataca un antiguo vals! La mayoría se las ingenia para bailarlo como si pasearan, sonriendo con esa bonachona indulgencia que merece un pasado inútil; pero un señor ancianote y gordinflón, con las colas del *tight* en volandas, no se avergüenza de su fogosidad de siglo pasado, y salta y brinca con arrojo, ebrio de vértigo, arrastrando en el vértigo, en el torbellino del baile, a su querida consorte, rolliza como él, lozana, un poco más desabotonada de lo necesario. Sí, volvemos a ver los famosos «torbellinos de la danza», o mejor, un único torbellino: una doble peonza que zumba en un salón, un pequeño ciclón prisionero dentro de un invernadero de cristal. Y el torbellino de la danza nos hace reír. A nosotros no puede gustarnos más que el baile moderno, medido e irónico, un frenesí, como lo es toda nuestra vida, que imita a la razón.

Ahora los músicos han acabado de tocar y los bailarines han vuelto a su sitio. No se oye más que algún tintineo de tazas y vasos y la seca polvareda de la conversación. Pero si se aguza un poco el oído, desde el otro lado de los ventanales, se oye el suspiro del mar y el canto del vals continúa flotando en el aire. ¡Qué ridículo era verse bailar y, en cambio, qué hermoso y qué triste nos parece al recordarlo! La música de hoy tiene un sabor material, que puede más o menos gustar, pero no deja añoranza. Las últimas melancolías fueron las del tango.

Han pasado días y días, todos ellos iguales. Ya me siento hastiado y hastiada se siente la mujer que me acompaña.

Gente que parte y gente que llega, siempre la misma. Si no fueran tan bien educados, se morderían las uñas de aburrimiento.

Estamos desencantados del reposo, cansados de la soledad en medio del tumulto. Nos molestan esos hombres y esas mujeres sin imaginación que no disfrutan del juego de la vida si no es en una mesa de póker y que no sienten el tiempo si no es en el *tempo* de un *fox-trot*.

Como me sucede siempre en el mundo del gran lujo, todo a mi alrededor se ha convertido en un desierto: el desierto del gran hotel, de las crudas luces, de las perlas, de los escotes, de los hombros rosados, de los bostezos con dientes de oro.

Sin embargo, la desidia nos impide alejarnos de él. Ya es mucho si conseguimos distanciarnos un poco. Durante estos últimos días, en lugar de en el *hall*, solemos quedarnos en el salón de al lado, yo con un libro, ella con una labor de abalorios; pero del *hall* no nos separa más que un gran vano cuadrado abierto en el tabique, de modo que, si se quiere mirar, no hay más que volver un poco la cabeza, y oír se oye, aunque no se quiera, igual que si estuviéramos allí en medio.

Hoy ha ocurrido algo nuevo. Tengo el pecho lleno de tristeza, una tristeza sin motivo que me oprime la garganta, un deseo sin meta, un remordimiento que ha olvidado la culpa. Dentro de poco —son las cuatro y media— empezará la música. ¿Cómo esperará «divertirme» este hocico melancólico de músico tañedor de tres instrumentos alegres: el pitoche, el *flexiton* y el silbato atronante? Estoy seguro de que no podré soportarlo; tendré que marcharme. Las luces de esta tarde de marzo son punzantes, afiladas por el viento, y el mar está embravecido por primera vez desde que estoy aquí, y muerde la escollera, y deja en ella sus babas. Pero, en la sala cerrada, el fragor casi no se oye, como si fuera subterráneo.

Son nuevas también las viajeras que se nos sientan casi enfrente, al otro lado del vano, y que sin hacer nada miran hacia el *hall*. Madre e hija llegaron ayer, pero hasta ahora no se habían dejado ver en sociedad. Yo sólo había podido entrever a la joven esta mañana, mientras subía, vestida de azul y con paso encantador, la escalinata exterior de la parte del mar, que estaba toda rociada de sol como una escalera del Paraíso.

Extranjeras, sin duda, del Norte, ¿pero de qué país?, y añadiría: ¿de qué época? Recuerdan a ciertas porcelanas de Meissen; el óvalo de su rostro tiene delicadezas del setecientos.

¡Lástima que la madre, todavía lozana, no lleve sobre su alta frente una peluca blanca! Dos hermosos brillantes relucen en sus orejas. La hija es rubia, auténtica, y no se ha cortado el pelo, sino que se lo ha recogido sobre la nuca para aparentar una cabeza de las de hoy. Y también su vestido, por la forma en que está hecho, ha sido cortado por una modista de las de hoy, pero resulta extraño ese terciopelo azul cielo entremezclado con esas cintas de plata, colores de plenilunio y de música de Mozart.

—Es ésa —me dice en voz baja mi compañera.

—¿Ésa? ¿Cuál?

—Ésa —insiste y añade apenas susurrando—: la enferma.

Sí, me han dicho que una joven que ha llegado hace poco, la más hermosa del hotel, está tísica sin remedio. Es ésa. Nadie lo diría. Se ha pintado un poco los labios y se ha puesto colorete en las mejillas, pero se lo ha extendido tan bien que la ha hecho volverse toda sonrosada, con el rostro ligeramente enrojecido como por un pudor repentino o una alegría pueril. Y hasta el maquillaje es en ella inocencia; los labios, aunque pintados, permanecen castos; el artificio y el colorete son purificados por la mirada increíble de esos ojos, celestes, puros, virgíneos, inmensos, tan increíblemente pasados de moda que a uno le gustaría verlos llorar y apiadarse de ellos para poder creer otra vez en el dolor.

Agitación en el *hall*; sonido de pasos sobre el podio del *jazz*, va, pues, a comenzar.

Ella abre la boca, con un movimiento de cándida curiosidad; sus pupilas se encienden de un amor desprovisto de avidez. Ella no bailará y se deleitará mirando bailar a las otras.

Pero tres hombres, indolentes, dejan la mesa de juego que hay al fondo de la sala en la que estamos nosotros, avanzan hacia el tabique y ocupan todo el umbral para presenciar el baile desde allí. Ella ya no podrá ver. Abre un poco más la boca, mueve apenas el índice de su mano izquierda, dice, casi sin voz…: «¡Oh!… ¡Ohhhh!», con un lamento un poco jocoso, casi inaudible, que sólo yo he oído, con el tono de una niña ya crecidita a la que bromeando se le ha quitado un juguete. Y se resigna y apoya el mentón sobre el pecho, pero le siguen brillando los ojos.

Los tres hombres no se han dado cuenta. Me levanto para advertirlos, pero ahora ya es tarde. Bien sea por su propio impulso o por algún tipo de inquietud que por fin los alcanza desde aquel suspiro no oído, se mueven retrocediendo y regresan hacia la mesa del fondo. Sus miradas acarician la rubia cabeza sin detenerse. La vista está libre.

Ella está rebosante de gratitud.

Dichosa y beatífica, tiene puestos sus cinco sentidos en el baile que ya ha comenzado.

Sí, «Valencia», el más bello de los *fox-trots*.

De todos los bailes nuevos que yo conozco, éste es quizás el único que puede ser recordado con melancolía, el único que deja una huella en el alma, como la caricia que nos provoca un escalofrío. Desde el mismo instante en que lo oigo empiezo a revivirlos como un recuerdo.

Los palillos de la percusión lo van marcando, extrayendo de él vapores olorosos, secretos perfumes de tierras que yo nunca llegaré a conocer, invitaciones a las que nunca responderé. Las parejas adultas se balancean, casi sin avanzar, suspendidas en el ritmo acompasado. Un jovencito con pantalones cortos y su hermanita bailan a lo largo, atravesando el *batí* de punta a punta, alegre y velozmente, como si fuera un *galop*.

Esta música tiene sordina y silencio. Parece la música de a bordo de un navío que ha zarpado y se aleja, y que el viento ora eleva su intensidad ora la extingue.

La extranjera está completamente absorta, mirando con sus grandes ojos radiantes. Es su corazón solitario el que baila. El color sonrosado de su cara se ha convertido en un rojo subido.

De mis ojos empiezan a brotar lágrimas y no quiero ocultarlas.

—¿Qué te pasa? —dice mi mujer—. ¿Qué ocurre? ¿Te sientes mal?

—Es sólo —digo yo, aprovechando un crescendo del *jazz*— que, si a estas alturas no he aprendido a vivir, ya no aprenderé nunca. ¡Tú la ves! —y señalo con un ademán a la extranjera.

—¡Quieres acabar de una vez! —insiste ella, irritada—. ¡Estás dando un espectáculo! Al menos podrías volverte hacia allá.

Tiene razón. Es lo menos que puedo hacer. Pego mi cara contra la cristalera. El mar se ha calmado de repente y se ha vuelto más azul que el cielo. Me parece ver la nave que se aleja. Manda música hasta la orilla y desde la orilla acuden a su encuentro los olores del jardín.

Pero yo lloro libremente, como un tonto, como un niño, con la cabeza entre las manos y los hombros agitados por los sollozos.

Dulce y vil infelicidad de sentirme, finalmente, infeliz por otro.

Ha sido una crisis; ya ha pasado. Ahora puedo volverme de nuevo, secarme los ojos y dejarme ver. Es justo el momento en el que acaba «Valencia». Pero los bailarines, inmóviles en medio del *hall*, batiendo un poco las palmas, piden que se repita otra vez. Empieza de nuevo. Los palillos exultan en su ligero alborozo.

La muchacha ha tenido un pequeño acceso de tos, exquisitamente gracioso, el único que durante todo este tiempo yo haya oído. Ha girado ligeramente la cabeza sobre el hermoso cuello y me ha mirado por primera vez. Algo en mi rostro turbado, en mis ojos enrojecidos, la ha atraído y se queda mirándome fijamente durante un instante, con mirada piadosa. Luego se ha inclinado hacia la madre y le ha susurrado algunas palabras al oído.

Pero he alcanzado a oír una de ellas: «*unglücklich*», aunque con un acento que no puede haberme engañado. Ha dicho que debo ser muy «infeliz» para poder llorar en público sin avergonzarme, para poder mostrarme en público de esta forma.

Me mira una vez más, con distante benevolencia. Luego sus ojos, nuevamente iluminados, regresan al baile.

Ella es perfectamente feliz. *Ella* ha sentido piedad por mí y nunca podría creer que yo he creído sufrir por ella.

En la serenidad de sus ojos, límpidos, como lo es ahora el mar, mi dolor vagabundo ha naufragado en silencio.

El muchacho

«El carguero no prosigue hasta Mesina. El *Buena Fortuna* permanece en Génova para ser reparado. Seriamente averiado por la borrasca. Tendrá para tres meses».

En parte leía en voz alta el telegrama y en parte lo parafraseaba de memoria. Y se lo apartaba de los ojos para mirarlo al trasluz, como se hace con los billetes de banco para ver si son falsos.

—¡Y a ese armatoste lo llaman *Buena Fortuna*, a ese catafalco! «Aguardamos órdenes respecto a las mercancías de fácil deterioro». ¡Qué órdenes ni que…!

Ninguno de los miembros de la familia rechistó.

—¡Oh, Virgen Santísima! —empezó de nuevo, golpeándose una mano contra la otra—. Si no voy a Génova, si no voy en persona a echar un vistazo, el que se va a ir a pique soy yo. ¡Y todo este tinglado conmigo!

—¿Tú? —suspiró su mujer—. ¿Y cómo vas a arreglártelas para hacer el viaje?

Él llevaba tres días en un sillón con la pierna gotosa extendida sobre una silla, tan entumecido por el dolor que ni siquiera se había atrevido a dejarse meter en la cama. Por un momento creyó que la necesidad lo había curado como por milagro y se desvendó la rodilla, que apareció reluciente y enorme. Dejó caer la cabeza, pero quiso intentarlo de nuevo y, apoyándose en el bastón que tenía al alcance de la mano, puso el pie en el suelo y se incorporó. Volvió a caer sentado, con la boca abierta de par en par como la de una máscara

trágica, llena de un mudo gemido. La mujer acudió temblorosa y le arregló el camastro.

—¡Consolata! —volvió a llamarla un poco después, en un tono de voz que las dos niñas y el muchacho comprendieron y obedecieron al instante abandonando la estancia en fila india.

—El chico —preguntó vacilando, cuando estuvo solo con la mujer —, ¿podrá ir a Génova? ¿Sabrá hacerlo?

—El chico es de oro puro —se le respondió.

Y así se decidió que Nicolangelo, que tenía diecinueve años y nunca había salido de Messina, Nicolangelo, que después del tercer año de instituto, aparte de las cuatro paredes de la casa, lo único que había visto era la penumbra del almacén y el muelle del puerto, partiese para esa fabulosa expedición. Cuando sus hermanas pequeñas conocieron la gran noticia, se quedaron contemplándolo de arriba abajo como a un numen. Era en verdad un muchacho de oro puro, aunque de tez aceitunada y pálida, con un cabello abundante, ligeramente rizado, negrísimo y sin brillo, y no era consciente de haber cometido en toda su vida otro pecado que el de haberse fumado a escondidas algún que otro cigarrillo. Que fuese un «hijo guapo», lo sabía sólo por su madre, ya que él se guardaba bien de las otras mujeres; a su madre la tuteaba, mientras que al padre, ya viejo, tanto que hubiera podido ser su abuelo, lo trataba según la antigua usanza: con el besamanos y el vuestra señoría.

A las minuciosas instrucciones que el padre le iba espetando para el viaje, no respondía otra cosa que: «Sí, vuestra señoría» y «No lo dude vuestra señoría», cuando no lo hacía de forma mucho más simple con una obsequiosa inclinación del mentón. Lo vistieron con su trajecito oscuro de ceremonia y la negra corbata de lazo. El padre le confió el dinero necesario prescribiéndole que anotara todos los gastos hasta el último céntimo y lo abasteció de prolijas cartas de recomendación para los empleados de la Compañía y de la Aduana y para el propietario de una pensión en la que él mismo se había alojado quince años antes; la madre le regaló algunas liras y una figurita de la Virgen De la Lettera.

Y así, acompañado por la madre y por las hermanas anegadas en llanto, Nicolangelo partió. El padre se había incorporado sobre los almohadones para seguirlo con los ojos hasta donde le fuera posible, más o menos hasta la altura del rellano.

De día y de noche, entre sueño y vigilia, el muchacho vio y entrevió túneles y montes, playas y olas de mar. La maleta de tela negra estaba atada con cadenas y candado a las rejillas del compartimento por miedo a los ladrones.

Pero, en Génova, el propietario del Hotel del Piloto no se acordaba en absoluto del viajante mesinés que había estado en su casa quince años antes y, agitando la cabeza y alargando los labios, leyó la curiosa misiva, redactada en un lenguaje tan solemne como el de una credencial. «Por aquí pasa tanta gente; quince años son muchos años», dijo como conclusión y, devolviéndole la carta, le indicó una habitación en el primer piso, la única que, por pura casualidad, quedaba libre con todo aquel tumulto. Por una parte la fría acogida y el inesperado precio del alojamiento, por otra, dieron al muchacho la impresión de haber sido traicionado y abandonado; y se ensombreció y miró con recelo a su alrededor, como si le hubieran preparado quién sabe qué emboscada. No tuvo ganas de nada hasta que no se hizo de noche; se quedó en la habitación custodiando su maleta, confiando en despacharlo todo al día siguiente y regresar a Mesina de inmediato.

Luego bajó al comedor, pensando únicamente en estudiar con detenimiento la lista de precios y en elegir las viandas más baratas. La sala del comedor era mediocre, poco iluminada, y no todos los manteles eran blancos. Pero en Génova, durante aquella primavera, los extranjeros se alojaban donde podían, a la espera de que quedaran habitaciones libres en cualquiera de los hoteles de la costa, y Nicolangelo vio en una mesa cercana a la suya gente de otra raza y de otro sol: dos hombres rubios y altos, de ademanes amplios y desenvueltos, de risa potente, con pechera blanca, y los

dos con una perla en el ojal del tamaño de un garbanzo; y entre ellos una mujer, alta y rubia también ella, con los hombros y la garganta desnudos o apenas cubiertos por un velo suelto ligeramente violeta como una niebla sobre un bellísimo monte rodeado de sol, una visión espléndida, un ser divino, una reina que casi podía tocarse con la mano. Eran sin duda ricos, «millonarios», «americanos», rebosantes de salud y de alegría. Y sin duda se reían de la azarosa necesidad que los había obligado a buscar hospedaje por una noche en aquella especie de tugurio, de la ocurrencia caprichosa que los había impulsado a comerse una fritura en aquella especie de taberna. Tras acabarse la fritura, pelaban los plátanos, troceaban las piñas que se habían traído de la calle envueltas en papel de seda, se servían champán y se reían, y entre las risas intercalaban gorjeos y gorgoritos deliciosos y extraños.

De lo que pudiera pasarles por la cabeza y de lo que pudieran significar sus palabras, el muchacho no comprendía ni lo más mínimo. Lo único que comprendía era que la mujer se lo quedaba mirando fijamente a cada momento. ¿Por qué? ¿Tan ridículo y mísero era? ¿Acaso quería darle unas monedas de limosna para ayudarlo a pagar la cena y no hacerlo quedar delante de su padre como un manirroto? Turbado, subió a la habitación y, a la luz de la lamparita, se miró la cara en el espejo del armario, de frente y de perfil, se arregló la corbata y se tiró de los bordes de la chaqueta para ajustársela a la cintura. De repente, un pensamiento le afloró desde el pecho, demasiado tumultuoso para ser sofocado: que él fuera realmente un «hijo guapo», que su nariz precisa, su profunda palidez, sus ojos de terciopelo, su cabellera rizada y noble, como la que tienen las estatuas, gustasen a aquella divinidad, que aquella mujer «lo amase». Casi sintiéndose sin una gota de sangre en las venas volvió al comedor y, al llegar al umbral, la mirada que desde aquellas pestañas de oro vino a su encuentro fue una mirada apasionada y seria. La mujer, sin ser observada por sus compañeros, alzó la copa hacia él y bebió a su salud. Luego, cuando él se sentó, se levantaron para salir, pero ella, encontrando el modo de quedarse

la última, pasó por su lado y dejó caer sobre su cabeza una palabra, inaferrable y perfumada como un copo blanco que se desprende de un árbol en flor.

Entonces él se encerró en la habitación sin echar el pestillo y, con el corazón en la garganta, permaneció al acecho, hasta que pasada la medianoche oyó unos pasos en el corredor que le resultaron conocidos. Se abrieron algunas puertas, los sonidos se apagaron. Al asomar la cabeza vio que la mujer lo esperaba en el umbral de su habitación y que le hacía señas sólo con la mirada. Al acercarse no pudo evitar murmurar: «¿Vuestra señoría me ha llamado?». Pero ella lo hizo callar y lo atrajo hacia sí.

A veces, durante aquellas horas, le vinieron deseos de gritar. Ella le tapaba la boca con la mano, que emanaba un perfume más fuerte que el incienso.

Le preguntó dos veces: «¿Cómo te llamas?». Ella sacudió la cabeza y se rio. Y al oírla reír hubiera querido matarla.

Cuando llegó el momento de dejarla se sintió gallito y le dijo con firmeza: «¿Mañana?», y ella, entreteniéndolo todavía un poco, fue a hojear un pequeño diccionario rojo. «Nada de mañana», dijo después de haberse documentado y lo echó fuera suavemente, acariciándole el pelo.

El muchacho no durmió. Con las primeras luces del alba se vistió cuidadosamente y, mucho antes de que el portón del hotel estuviera abierto, se sentó en una silla de mimbre y se quedó esperando frente al mostrador del portero mientras el botones barría. Lo miraron con auténtico recelo. Pero a él no le importaba y esperó durante horas.

Nada más aparecer la mujer, tan liviana y serena que se la hubiera podido creer ligeramente alada, él fue a su encuentro. Ella, sin alterarse, volvió la cabeza hacia el otro lado e intentó proseguir hasta la salida. Él se interpuso en medio. Entonces, la mujer, enrojeciendo, retrocedió sobre sus pasos y volvió a subir las

escaleras. Pasó algún tiempo hasta que volvió a bajar, entre sus dos compañeros. Se le parecían; sin duda eran sus hermanos.

Nicolangelo se puso de nuevo en pie y avanzó como para decir algo. Los tres se quedaron desconcertados sólo un instante y uno de los dos hombres, dejando algo más atrás a su compañera, casi bajo la protección del otro, dijo ásperamente: «*Get out of the way*». Dicho esto, volvió a acoplarse junto a los otros, ocupando así toda la anchura del vestíbulo, y salieron a la calle.

Él se quedó temblando, sin moverse, como si los pies le hubieran echado raíces, y todo el cuerpo le vibraba. Pero no le tembló la voz cuando preguntó al patrón, que desde un rincón había presenciado la escena:

—¿Quiénes son ésos? ¿Cómo se llaman?

—Su habitación —le respondió el hotelero— está comprometida. Sírvase desalojarla antes de mediodía.

Entonces él también salió y, casi sonámbulo, buscó una armería. Tal vez si alguien le hubiera preguntado lo que se proponía hacer, saliendo de aquella ofuscación con un sobresalto hubiera respondido que había decidido matarse. Más tarde consiguió recordar que le había costado bastante decidirse en la elección de la pistola, porque la quería buena pero barata y le parecía que tenía que anotar el gasto en el librito de cuentas que le había dado su padre.

Regresó frente al hotel con el arma en el bolsillo y estuvo paseándose por la acera de arriba abajo, bajo el sol. Cuando los tres regresaron, volvió a entrar deprisa y se detuvo frente a ellos.

—La señorita es mi esposa.

Y dijo estas palabras absurdas con un gesto absurdo de la mano derecha, como si ofreciera un ramo de flores. Incluso llegó a tocar la mano de la mujer, que retrocedió.

—*Get off the earth, you ridiculous…* —dijo uno de los dos. Y, volviéndose al patrón y al portero—: ¡Echad de aquí a este sinvergüenza!

El portero fue el primero en aferrar al muchacho por el hombro. Pero él dio un salto hacia atrás y, tras sacar el arma, dijo:

—Tu hermana es una… —y disparó contra su rostro.

Los jurados lo absolvieron. Si le hubieran echado algunos años de cárcel no hubiera sido ni mejor ni peor para él. Su padre murió durante el proceso de un ataque cardíaco. Ahora, en Mesina, todo el mundo puede ver a ése que hasta no hace muchos años era el pobre «muchacho de oro puro», cuando durante los largos atardeceres del verano toma el fresco a la puerta del oscuro almacén. Está delgado como entonces y viste de negro, y su antigua palidez sigue siendo la misma que tanto gusta a las viajeras y hacia la que se sienten fatalmente atraídas. Sólo unas cuantas hebras prematuras grises han ajado su compacta cabellera y es aún más silencioso que entonces. No tiene nada que decir a nadie.

Las manos

A pesar de que ella es muy joven —no tendrá veinticuatro años—, una de las venas de su mano, la que le baja desde el índice al pulgar, tiene ya un fuerte relieve y se pierde en la concavidad que en el dorso de la mano corresponde al Monte de Venus, como lo llaman los quiromantes. Si se mira atentamente se descubren otras venas, sobre todo en la delgadez del pulso, en la parte de la palma, pero ésta de la que hablo es la que se ve primero, en la que más sangre fluye, una sangre roja dentro de una vaina azul. Yo, desde que nos amamos, he marcado más de una vez sobre su piel el trazo de esta vena, sin herirla, con el dorso de una uña, o he marcado sobre ella otro trazo, de besos menudos, y le he dicho: «He aquí el riachuelo azul de Basilia, escondido entre helechos de oro». Así le digo, sin avergonzarme, porque he descubierto (de nuevo en mi vida «he descubierto») que, cuando torna el amor, se dicen las mismas tonterías alocadas.

No consigo entender cómo pueden coexistir sobre esa mano, que no es muy pequeña, mano de muñeca, pero que tampoco es grande, cómo pueden coexistir juntos rasgos de juventud, más aún, de adolescencia, y rasgos que no son ni de juventud ni de ninguna otra cosa, sino firmes, semejantes a un destino. La concavidad es tierna, de un rosor blanquecino, un color tan nuevo que parece recién lavado en un agua del paraíso terrenal, tan desnudo que parece ruborizarse un poco de su propia desnudez, y cuando lo miro me parece increíble que yo haya besado a esta mujer. Pero el otro lado de la mano, ése que siempre está expuesto a las miradas y a la

luz, es el de una criatura diferente, aceitunado, tenaz, o, bajo determinados reflejos, henchido de pajitas de oro oscuro. ¡Rosa tostado —no sabría describirlo de otro modo— bajo las uñas, aromas atrapados y cautivos bajo cinco taponcitos de ónice! ¡Vena pensativa! ¡Complicados, inextricables nudillos de las falanges, como nudillos leonardescos, como tus obstinaciones y tus silencios, Basilia! Y el pulso en cambio es tan frágil que a menudo, si cierro los ojos, tengo que imaginármelo amputado, sangrante.

¡Fueron muchas, tantas, las veces que ella me había mirado a lo largo de tantos meses! Luego, cuando todo sucedió entre nosotros, con esa voz velada que le sale cuando habla de sí misma, me dijo que desde la primera vez que me vio «todo estuvo decidido». ¿Pero cómo podía yo darme cuenta entonces? ¿Cómo podía yo interpretarlo de ese modo? ¡Tan joven, poco más que una adolescente, con una niña de pocos meses que yo nunca había visto (¡y que tampoco he visto después!) y que debía ser para ella como una muñeca nueva!; ¡tan taciturna y reservada! Durante las veladas, el marido, alto y pálido, permanecía de pie detrás de su silla, unos pasos más allá; no la perdía de vista; con sus miradas, que lo hacían todavía más pálido, filtrándose a través de los anchos y rubios párpados, parecía tejer un lienzo de invisibilidad, extenderlo sobre los hombros desnudos de su esposa para que nadie pudiera verla.

La mirada de ella se posaba sobre mí, sin temor alguno. Era como si no supiera nada acerca del peligro, del mal; buscaba no sé qué en mis ojos; así sucede a veces cuando un pajarito que ha entrado por la ventana se pone a curiosear en medio de la habitación, sin miedo a que alguien pueda sorprenderlo. En realidad, sus ojos tenían un color modesto, de pluma de ruiseñor, de ala de pájaro. Eran tenaces, pero suaves. Yo dejaba errar aquella mirada, no me atrevía a capturarla y aún no me daba cuenta de que obraba así por temor a que, al intentar apresarla, se asustara y emprendiera la huida.

Creía estar convencido de que esta mujer carecía de importancia. Su nombre, Basilia, me sonaba extrañamente desproporcionado. En

sociedad era una especie de comparsa, parca en palabras, y hasta resultaba extraño verla sonreír alguna vez.

Una noche —nos habíamos encontrado por casualidad sentados uno junto al otro en un banquito, en la sala de música, lejos de los demás—, esa noche ella se quitó lentamente el guante derecho bajo mis ojos y mis ojos descubrieron por primera vez la fisonomía de su mano. Entonces el corazón empezó a latirme tan fuerte como si estuviera a punto de estallar. Casi temí que ella, que estaba a mi lado, pudiera oírlo. Para no agarrarme a ella, me agarré con la mano a la tela de mi asiento.

Así se decidió todo.

Toda la historia de nuestro amor transcurrió sin palabras hasta el final.

Mirándonos a las pupilas, buscándonos y rehuyéndonos, aprendimos día a día una lengua preciosa y extraña que nadie llegará nunca a conocer como nosotros. Todas las cosas que cuentan en nuestra vida, las espléndidas y las tristes, han sucedido y seguirán sucediendo en silencio.

Gran parte de nuestra historia se centró en mi deseo de aprisionar su mano, en el oponer resistencia a esta tentación y en el temor de echarla a perder.

Otros ojos preferían sus hombros, redondos y suaves como los de una Psique, y otros ojos sin freno buscaban sus rodillas entre las medias de organdí rosa. La larga vigilia de nuestro terrible pecado fue pura —si es que esta palabra puede pronunciarse— como debía de serlo la vigilia de una boda.

Me parecía no sentir atracción más que por aquello que todos podían tener, por aquella mano que tantos otros podían besar, por aquellos dedos que tantos otros podían estrechar entre los suyos al saludarla. Pero ellos no sabían lo que besaban, ni lo que estrechaban. A mí los cinco dedos se me aparecían como flores prodigiosas, orquídeas únicas en el fondo de no sé qué bosque de

sombras, nenúfares lejanos sobre aguas de perdición, y no sabía qué día tendría que cogerlas. Su mano derecha llevaba un único anillo, un rubí en el que se diría que se hallaba congregada toda la sangre de aquella mano; la otra, la llevaba enteramente desnuda. Resulta extraño que sólo muy de tarde en tarde me diera por mirar las dos a la vez. Entonces era como si la izquierda no tuviese vida propia, como si sólo fuera la imagen de la otra reflejada en el aire, y resultaba increíble que el espejo del aire no repitiese también aquel grumo de sangre resplandeciente.

¡Cuántas precauciones para no tocarla con esa leve caricia que delata el amor! Cuando me veía obligado a estrechar su mano, lo hacía casi con brusquedad, como suele hacerse entre hombres; y si tenía que besársela, esperaba a que estuviera encerrada dentro del guante. Una vez se le cayó a los pies un pequeño pañuelo; yo lo recogí y se lo entregué, desde lo más lejos que pude, evitando incluso rozar las yemas de sus dedos. Tenía miedo de ponerme a gritar si llegaba a tocarla. Una noche, mientras le abría la portezuela del automóvil, faltó poco para que nuestras manos se entrelazaran sobre el manillar. Retiré la mía. Casi temía que me susurrase convencionalmente: «¡Oh, discúlpeme!», y que todo acabara para siempre. En el lago remábamos a un tiempo, yo frente a ella, y su prima sentada al timón. El movimiento de los remos nos llevaba alternativamente hacia lejanías melodiosas y hacia cercanías que hasta el último instante parecían sin remedio. Las mansas aguas bailaban al son de un vértigo en el que yo me hundía.

Y vértigo sentía en el palco del teatro donde nos encontrábamos a veces. Al quitarse el abrigo, sus lozanos brazos olían a perfume; sobre sus brazos morenos las cicatrices de la vacuna eran como sellos sobre la corteza de un pan caliente y aromático. Se quitaba los guantes lentamente y parecía que nunca iba a acabar de hacerlo. El guante, abandonado allí cerca, seguía henchido de la hermosa forma ausente. Ahora la mano yacía sobre la barandilla de terciopelo y era como si fuera ella entera, Basilia improvisamente descubierta.

Luego, cuando mi mano descendió por fin sobre la suya, fue como un frío gélido y un ardor al mismo tiempo. Era una tarde de setiembre tan larga, con nubes tan estables en el cielo, que parecía que nunca, en ningún lugar del mundo, tendría que ocurrir nada más.

De repente, una hoja de magnolio se desprendió de su árbol y sonando se posó contra la grava. Más que caer descendió, hasta tal punto fue lenta, y era como si todo lo que había a su alrededor la estuviera mirando.

Estábamos nosotros solos, Basilia y yo, en la amplia terraza vacía de su casa a orillas del lago. Ella estaba sentada cerca de una balaustrada de piedra, apoyada en el pretil ligeramente verdoso de musgo, y miraba las flores. Yo estaba de pie, detrás de su silla, en la misma posición en la que tantas veces había visto a su marido, y al darme cuenta de ello tuve la extraña sensación de que yo ya no era yo.

La hoja del magnolio yacía en el suelo desde hacía algunos instantes. Desde la espesura del mismo árbol, un pájaro se puso a cantar. Entonces fue como si las nubes y el agua se hubieran despertado, con no sé qué padecimiento, y como si el tiempo se hubiera puesto de nuevo en marcha.

Ella volvió la cabeza hacia mí, levantó el rostro hacia mí, su rostro, torturado como nunca lo había visto. Pero tampoco entonces dijo una palabra. Su mano estaba sobre el pretil, sin anillos.

Yo la cubrí con la mía. ¡Qué largos fueron los instantes antes de tocarla! Cada uno de ellos preciso como un toque de campana.

Con la misma presión de mis dedos sentí el calor aterciopelado de su piel, calor de pluma, y la sequedad de sus tendones, una aridez vibrante de mariposa prisionera.

¡Oh amada, y cuántas penalidades luego, entre tanta ventura, ha habido entre nosotros! Hoy día todo el mundo sabe recoger la alegría sin esfuerzo: basta con alargar la mano; y nosotros hemos tenido que desangrarnos a través de mil heridas. Tu hijita, a la que yo nunca he visto, tú no has vuelto a verla más; tu casa está

cerrada; cada nuevo día que viene a mi encuentro esconde una amenaza y a menudo la noche desciende con un remordimiento.

Pero yo aún puedo resucitar el tiempo en el que todavía teníamos un mañana, en el que todavía eras mía. Con una mirada incesante sobre tu mano cubierta, con una súplica en ese lenguaje silencioso que ya en aquel tiempo habías aprendido a comprender, de vez en cuando te ruego que te quites un guante. Tú lo haces y apenas sonríes.

Entonces yo aferro tu mano, me apodero de ella como de un bien prohibido. Luego la conservo largamente dentro de la mía, esta imagen de ti: esta mano tuya, morena, seria como tu cara, palpitante como tu corazón.

El espejismo

Partimos mucho antes del alba, con las estrellas y el cielo negro sobre nuestras cabezas. Los faros enrubiaron los espinos de una mata de chumberas, que en seguida dejamos atrás, y el motor, al ser acelerado por primera vez, lanzó un rugido.

—Tal vez —dijo Analía inesperadamente— éste sea el único rugido que oigamos durante todo el camino.

—No te quepa duda —confirmó sin reírse y sin alzar la voz el marido. Y un poco después, cuando yo había olvidado ya el motivo de la conversación, añadió:

—Ni siquiera encontraremos el león de Tartarín.

Íbamos, a una misma velocidad, por la ruta de las caravanas rociada de nuestra luz. Habíamos calculado bien que, incluso yendo despacio, deberíamos llegar a Bumunach no más de una o dos horas después del mediodía. Nos habíamos provisto de papel, de sobre y de otros utensilios, así como de víveres y bebidas que habrían sido suficientes para un viaje al menos tres veces más largo (hasta el punto de que nosotros mismos habíamos sonreído mientras metíamos apretadamente las botellas, los termos y las latas en el baúl que luego hicimos atar en la parte trasera del coche), sin contar el capacho atiborrado de regaluchos que destinábamos a los habitantes del oasis donde Analía tenía intención de adquirir ciertos *burnús* blancos y ciertos collares o rosarios tallados que son famosos en todo el país.

Las palabras de Analía se habían quedado flotando en el aire y el llamado «rugido» del motor hacía recordarlas.

—La voz de una mujer sobre el umbral del desierto tiene un sonido extraordinariamente fresco. Como una fuente. Provoca sed.

Así dije, sin malicia alguna, y el marido, sin ironía, aludiendo a las provisiones refrescantes que viajaban con nosotros:

—Vamos bien provistos.

¿Pero es necesario explicar que lo que se decía y se pensaba entre nosotros tres carecía de ironía o de malicia? Nuestras relaciones, aunque difícilmente se confiesen estados de ánimo tan vibrantes y frágiles, eran de un género quizá menos raro de lo que habitualmente suele creerse. Conrado y yo, los indivisibles, habíamos conocido a Analía el mismo día y, durante meses y meses, habíamos hablado de ella entre nosotros como de tantas otras personas y cosas; pero, según iban pasando los días, habíamos empezado a hablar un poco más de ella y un poco menos de todo lo demás, exaltándonos, sin darnos perfecta cuenta de ello, en una admiración creciente que llegó a convertirse en idolatría hacia una beldad física, hacia una gracia espiritual como no conocíamos otra igual. Lo que nos diferenció a Conrado y a mí, sin que consiguiera separarnos, fue que él, de repente, se dio cuenta antes que yo de que aquella idolatría era amor y se lo dijo a ella, que acabó convirtiéndose en su esposa. Quizás hasta aquel momento Analía nos había amado a los «dos» sin distinguir con demasiada claridad entre él uno y el otro; y yo, en lo más íntimo de mí mismo, nunca conseguí reprimir el pensamiento de que ella habría aceptado mi mano con idéntico candor en el caso de que hubiese sido yo el primero en dar un nombre y una finalidad al delicioso sentimiento que nos unía a los tres sin oprimirnos todavía a ninguno.

Una situación de este tipo tendría que conducir al final de la amistad, o a cualquier cosa subrepticia y repugnante. Pero para «nosotros tres» no fue así e insisto en creer que los hombres y las mujeres son capaces de vivir una vida bella mucho más a menudo de lo que se atreven a confesar. Nos atrevíamos a decir «nosotros tres» abiertamente, sin preocuparnos del cariz que nuestra trinidad debía asumir de cara a la maledicencia. También aquella noche

habíamos sentido la extraña necesidad de ser «nosotros tres», nosotros solos en el desierto, dejando en Rahal-Hamud al mecánico y evitando la comitiva que había venido con nosotros desde Europa.

Al igual que otros se esfuerzan por conseguir una elegancia de movimientos o la precisión de los músculos en un juego deportivo, nosotros nos ejercitábamos durante el primer año de casada de Analía: Conrado, para contrastar la inclinación a los celos, y yo, para reprimir cada uno de los movimientos de mi ánimo que no estuviera guiado por la fraternidad. Lo conseguimos sin demasiadas dificultades y obtuvimos como compensación un modo de sentir la vida, un modo, podría decirse, de respirar, puro y grandioso, como si en nuestro pecho no entrara más que el aire de la aurora. Analía, por su parte, no dio muestras visibles de tener que superar dificultad alguna y yo tuve siempre la impresión de que, cada uno a su modo, los dos le éramos indispensables. Me atrevería a decir, con un lenguaje anticuado que hoy puede mover a risa, que Conrado era para ella la realidad y yo el ideal.

Nos tuteábamos.

—Tú —me decía ella— vives siempre para el mañana, para aquello que está lejos. Tu mente está llena de cosas grandes, imposibles…

La verdad es que yo casi nunca reconozco por la calle a quien viene de frente y que mi mirada pasa por encima de todo el mundo buscando el horizonte.

Puesto que ninguno de nosotros había tenido hermanos, considerábamos la fraternidad como algo paradisíaco, como un bien perdido y prometido. Vivíamos como si yo fuera hermano de Conrado y de su mujer al mismo tiempo. Yo, sin sentirme culpable, podía acariciarle rápidamente los ojos y decirle en broma: —Ábrelos, no te creo.

De hecho, resultaba increíble que sus ojos, en una cara tan morena como la suya, fueran tan verdes como eran: verdes como la malaquita, con una pupila estrechísima e inexplotable, semejante al pequeño orificio que abre en una gema una aguja de diamante.

Ella los abría riéndose. Entonces quedaban a la vista sus encías —era su único defecto, pero otorgaba cierta vaguedad a una belleza que de otro modo hubiera sido demasiado perfecta—, y daba la impresión de que sus finos labios se tornaban más gruesos y la boca parecía un clavel.

Así vi sus ojos y su sonrisa aquella mañana, cuando la luz del alba se dilató sobre el desierto. El coche se detuvo.

—Ahí está —dijo Analía volviéndose hacia mí, pero sin señalar el paisaje—, ahí está lo que habíamos soñado.

La soledad ondulada era una visión. La luz, que en el horizonte tenía color de lirio, era sobre la tierra un lavacro de rosas. La nitidez contraía las distancias y parecía vivir dentro de un gran globo de cristal inmóvil.

—Ahora somos felices —dije yo—. Al partir no éramos felices.

A menudo compartíamos los mismos sentimientos sin necesidad de comunicárnoslos. Por la noche, en el momento de la partida y poco antes de que el motor comenzara a «rugir», nos habíamos sentido angustiados, como si fuéramos al encuentro del destino.

—Ahora —añadí riendo— tendremos las alucinaciones del oído y de la vista. Oiremos el tambor del desierto. Veremos los espejismos.

—¡Los espejismos! —dijo Analía dirigiéndose hacia mí—. Las cosas imposibles y grandiosas. ¡El mañana!

Ya en otras ocasiones me había dicho palabras iguales o muy parecidas a éstas, pero yo siempre había conseguido defenderme de la sospecha de que ella, entre la añoranza y la ironía, quisiera aludir a mi propia manera de ser, tan confiada en el porvenir como perpleja, incapaz de germinar, frente al presente, y que casi quisiera reprocharme no haber sabido anticiparme a Conrado y amarla por mí mismo. Este pensamiento, que me resultaba insoportable, me asaltó de repente durante el descanso matutino y me turbó.

Desayunamos sin echar mano de las provisiones propiamente dichas, sirviéndonos de una cesta de mimbre que traíamos aparte, y

nos pusimos de nuevo en marcha. Analía iba al volante y, volviéndose hacia atrás, dijo: «¡Adiós! ¡Adiós!», con un acento más patético que alegre, como si se despidiera para siempre de una Rahal-Hamud invisible, del mundo habitado, del pasado, de todo.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Conrado, con una cierta aspereza—, ¡Ahora valdría más que regresáramos! —pero no obtuvo respuesta.

Conocíamos la dirección, sabíamos que la ruta de las caravanas era frecuentada cotidianamente y dos días antes habíamos explorado una veintena de kilómetros para no equivocarnos en cierta bifurcación de la que nos habían hablado. En realidad no éramos los primeros en atravesar (¡y por un trecho tan breve!) el desierto en automóvil y ninguno de nosotros tres era de temperamento asustadizo. No obstante, cada uno de nosotros sentía la inquietud de los demás como un haz de cercanas vibraciones.

El aire se volvió pronto abrasador, y el bochorno parecía descomponer los cuerpos y las almas. El relampagueo grisalino del pedregal era vertiginoso, hasta el punto de que a veces se tenía la impresión de avanzar entre pequeños remolinos de plata viva. De pronto, tuvimos que afrontar una pendiente pedregosa de la que no teníamos la menor noticia y dudamos del camino; pero, mirando hacia atrás y reflejándonos en nuestros propios rostros, demacrados y afanosos, consideramos imposible el retorno. Cuando el coche, al chocar contra un desnivel que había escapado a la atención de Conrado (hacía ya un buen rato que él había cogido el volante sustituyendo a su mujer), empezó a brincar como si se rebelara, tuvimos un sentimiento de liberación, porque ahora ya la tensión del ánimo, a la espera de un mal que nos parecía inminente y seguro, se había vuelto insoportable.

En seguida oímos un golpetazo y luego otros más precipitados. El baúl, que había sido atado de mala manera y que el traqueteo del coche acabó por desatar del todo, rodaba por la pendiente. Lo alcanzamos en el fondo, medio destrozado; muchas de las botellas de agua mineral, champán y demás bebidas, se habían hecho

añicos, y un batiburrillo tibio y pringoso infectaba los víveres. Estrangulados por imaginarios tormentos de sed, salvamos ávidamente lo que pudimos y, jadeantes, transportamos el baúl a lo largo de la pendiente. Analía, con la frente pálida, nos esperaba arriba. Dado que el coche no habría sufrido daños de consideración, pudimos reemprender la marcha. El baúl, ya medio vacío, acompañaba cada traqueteo con un fragor odioso de latas que chocaban unas contra otras.

Todas las huellas habían desaparecido. El cielo estaba cubierto de violentas pinceladas sulfúreas. De pronto, me incorporé y, señalando el horizonte, exclamé:

—¡Ahí está!

Minaretes blancos, jardines tupidos, palacios moriscos con las ventanas repletas de una luz fresca como la beatitud y filas de camellos inmóviles sobre el borde de la sombra se revelaban a nuestros ojos. Durante la contemplación, el perfil de Analía era angélico. Nosotros sabíamos que el pequeño oasis de Bumunach no tenía estas maravillas y la visión no nos engañó. Pero quien no haya visto un espejismo no puede llegar a comprender la terrible alegría que es capaz de dar por unos instantes.

Agachamos los ojos y reemprendimos la marcha. Habría transcurrido aproximadamente una hora cuando Analía, susurrando, preguntó:

—¿No son las campanas de la iglesia de Rahal-Hamud?

—¡Pero…! ¡No digas tonterías! —la denostó el marido—. No es posible oír las campanas de la iglesia cristiana de Rahal-Hamud.

Hacia el anochecer tuvimos otra aparición. Vimos un pabellón de lapislázuli y de oro, más hermoso que la Mezquita de Omar. Pero ninguno de nosotros dijo una palabra. Cuando se hizo de noche descendimos del automóvil.

Las estrellas ardían. No hablamos durante un buen rato. Luego Analía, sin mirar a las estrellas, dijo:

—Debe de haber algo divino…, algo inconcebible, en ésta o en otra vida.

—¿Qué significa Bumunach? —preguntó un poco después.

—Munach —respondió yo, que sabía alguna palabra de árabe—, el lugar donde los camellos se arrodillan.

Luego no dijimos nada más.

Dormimos durante mucho tiempo. El sol despiadado nos despertó aguijoneándonos los ojos. Nuestra única esperanza de salvación era un encuentro o un milagro.

A mediodía se levantó un viento tempestuoso que arrojó sobre nosotros olas de arena y de fuego. Pero a través de la arena yo divisé una mancha, la mancha del oasis, igual que una nube más oscura al otro lado de una nube más clara, y extendiendo el brazo grité:

—¡Ahí está!

—¡No! ¡No! —exclamó con ira Conrado. Y Ana— lía, cerrando los ojos:

—El tercer espejismo. Y el último.

El coche ya no podía seguir y la arena lo estaba cubriendo.

—¡Por aquí! ¡Seguidme! —dije yo, con toda la fuerza que tenía en el alma. Pero no pude persuadirlos y Conrado retenía con la mano a su esposa.

Quizá porque yo había creído en el espejismo pude alcanzarlo. Agachándome, casi arrastrándome, salí de la zona tempestuosa y, después de seis horas de marcha, casi loco de cansancio y de terror, entré en Bumunach. Las sombras de las palmeras iban al encuentro de la sombra de la noche y cerca del pozo vi ojos destellantes, silenciosos y negros, de mujeres; los ojos verdes de Analía, sin duda, se habían cerrado para siempre. El jefe del oasis me ofreció asilo y café, negro como la noche.

Le conté lo que había sucedido. Él sólo dijo:

—Os habéis equivocado de camino. Rahal-Hamud no está lejos.

A mí ya no me quedaban lágrimas. Les pedía una caravana para buscar al amanecer a mis queridos compañeros y, si era posible,

repatriar sus cuerpos.

—Lo que es necesario debe hacerse —respondió él—. Esto es necesario.



GIUSEPPE-ANTONIO BORGESE (Polizzi Generosa, 1882 - Fiesole, 1952) comenzó su carrera literaria como crítico hasta que se produjo, cuando había cumplido ya treinta años, un cambio de fe, una conversión que lo llevó a la poesía y a la ficción. Su primera novela, *Rubé* (1921) lo consagró entre los escritores de primera clase en Italia. Sus *Retratos de mujeres guapas* (*Le belle*) lo encuentra en la cumbre de su madurez como escritor. Casado con una de las hijas de Thomas Mann, en 1931 debe huir de Sicilia, perseguido por el régimen de Mussolini. Se instala en Nueva York, donde escribe un largo ensayo, fundamental para la comprensión del fenómeno fascista en Italia: *Goliat, la marcha del fascismo*. Amargamente desengañado de su patria, elige el inglés como forma de expresión. Regresa a Italia al finalizar la guerra y es víctima del doble silencio al que la memoria corta del siglo ha condenado a muchos escritores: el de la represión fascista primero, el olvido de los antifascistas después. Su obra se ha rescatado recientemente

(1982) y Leonardo Sciascia ha sido uno de los principales responsables de ese rescate.